

EDUARDO MARQUINA

UNIV. OF ARIZONA

863.59 M35c

mn

Marquina, Eduardo/Almas anonimas : novel



3 9001 03944 5773



ALMAS: ANONIMAS





ALMAS ANÓNIMAS



EDUARDO MARQUINA



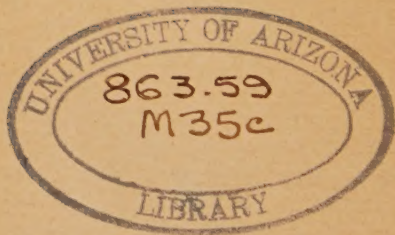
Almas anónimas

NOVELA



BARCELONA ~~~~~
E. DOMENECH, EDITOR
~~~~~ 1909

ES PROPIEDAD







## CAPÍTULO PRIMERO

### I



—¿VISTE los perros esta noche, Talo?

—Ladraron á la madrugada, señorita Agueda Pía.

—Como locos... Despertaron á mi madre.

—Ladraron los de Vds. y más abajo la perra de la Huerta y el lebel del cura y el mastín del Faro.

—¿Qué pasaba?

—Como no ladraran á la gente del yate italiano que entró, de madrugada, con los reflectores encendidos...

—¿Tenemos forasteros?

—No se sabe... El yate apagó fuegos, apenas anclado... Se oyó, en aquellos silencios de la hora, ya los conoce usted,

una voz que daba órdenes... Arrastraron unos bultos sobre cubierta... y luego nada... Hasta el amanecer ha habido hacia la proa una lucecita roja. —Se apagó, al rayar el alba... Ahora el barco duerme, anclado en la mitad del puerto, blanco y esbelto como una gaviota en el momento de rozar el agua con las alas.

—¿Quién viene en el barco?

—No se sabe.

—¿Había tocado puerto alguna vez?

—En el pueblo nadie lo recuerda.

—¿Puedo verlo, desde aquí?

—Desde aquí no, señorita Agueda Pía. La Isla se lo esconde. Dé V. unos pasos hacia el Pico... desde allí verá.

—Buenos días, Talo.

—Buenos los tenga, señorita Agueda Pía.

Y por el sendero estrecho, llevando al hombro la red, bordeada de plomos, que, como todas las madrugadas, le había servido para cubrir, lanzándola hábilmente, los peces roqueños, perdióse Talo en la limpia vibración de aquella mañana de junio, camino del enano pueblecito.

## II

Agueda Pía permaneció todavía unos instantes, sobre el banco de pizarra,

adosado á la pared de la casa, tan resplandeciente de cal, en el albor de la mañana, tan inmaculada y cándida, en el árido oro viejo de las rocas y de los yerbajos, que parecía hecha con espumas del mar, en aquella punta de tierra. En el pueblo no la nombraban de otro modo que la «Casa Blanca».

Era baja y ancha. Invitaba á la paz y á la contemplación. Tenía muchas ventanas en los muros. Muchas ventanas y tres puertas; salían curiosidad y ansias de vida por la dilatada y franca abertura de las ventanas; velaba en los quicios de las puertas, como una diosa, á la vez doméstica y sociable, la hospitalidad.

Agueda Pía tenía, á sus pies, los dos hermosos perros cuyos ladridos la inquietaron á la noche y despertaron á su madre.

En la inacción de su actitud contemplativa, doblaba de vez en cuando, el talle fino para pasarles, ahora al uno, ahora al otro, la mano por el cuello. Y decía:

—Stop... Yap...

Y en la domesticidad apacible, entrañable, cordial, de la hora, del sitio y de su misma figura honestísima, sonaban con un dejo inquietante y extraño los dos nombres exóticos...

## III

Un poco á la izquierda y un poco alta, en el muro, se abría, á espaldas del banco en que estaba sentada Agueda Pía, una de las múltiples ventanas de la Casa Blanca.

Tenían estas ventanas, á la parte exterior, postigos de madera pintados de verde. Abiertos los postigos y sujetos al muro blanco con dos garfios de hierro, aparecía el alféizar de la ventana, ancho de casi dos palmos y cubierto de macetas con geranios rojos. Detrás de las macetas estaba la vidriera de dos hojas, con cristales cuadrados y menudos que daban un vago aspecto de ventanuca normanda á las de aquella cómoda vivienda de nuestras costas de Levante.

Una cabeza gris, de nobilísimo perfil, apareció, sobre las macetas de geranios, en la ventana que tenía á su espalda Agueda Pía.

—¡Nena!... ¿Dónde estás?

—Aquí, mamá; no puedes verme; en el banco...

—¿Has descansado?

—¿Y tú?... ¿Dormiste al fin?... ¡Estos perros!... Ya os daré, ya os daré yo... ¡fieras, infames!... No dejasteis dormir á la abuelita!... ¡Ah!... ¡ah!

Se había levantado. Los dos perros,



atemorizados con la fingida repulsa, se habían puesto sobre sus patas; pero movían las colas, bajaban los cuellos, estiraban los hocicos y abrían y cerraban los ojos dolorosamente, mansísimamente, con resignación enternecedora, soportando de antemano el castigo que los gritos de su dueña presagiaban.

La cabeza gris se había como iluminado de orgullo y de cariño, detrás de los geranios, en cuanto se puso al alcance de sus miradas, que la acariciaban, Agueda Pía, esbelta y radiosa, con gestos de severa elegancia, riñendo á sus canes.

—Loca... ¡déjales! ¿qué saben ellos?

—Es que han despertado á la abuelita... y su mamá les riñe... ¡Vaya!

Temblaban los dos perros: el más dulcemente hipócrita, Stop, inició un aullido languidísimo, que pedía conmisericordia.

Enternecióse Agueda Pía.

—No; pobrecitos, no... Tiene razón la abuela.—Vosotros qué sabéis... Tomad, tomad; ya estoy contenta, ya os perdono.—Ved.

Se había inclinado; les abrazaba á los dos: la cabeza gris sonreía...

—¿Es verdad que han llegado forasteros, Nena?

—Sí; un yate italiano... ¡Pobre Stop!... ¿Tenías miedo?

—¿Lo has visto?

—No...

—¿Cómo es eso? ¿Novedades en el pueblo, y tú no me las cuentas? ¿Qué va á ser de la Casita Blanca, si le quitan su campana?...

—Se estará callada... blanca y callada es la nieve.

—Me engañas. Entra, Nena. Me contarás almorzando lo que sabes.

—No sé nada.

Agueda Pía se había desinteresado de los perros.—Estos, conociéndolo, sin necesidad de que su dueña les despidiera, echaron á correr, dando saltos, tendiendo los cuellos, por el mismo sendero que antes había cruzado el Talo; pero en dirección inversa. La tierra se adelgazaba, por aquel lado, formando un cabo estrecho que entraba en el mar. A aquel delta roqueño y áspero le llamaban el Pico. Desde allí sostenía Talo que podía verse el yate, anclado en mitad del puerto. Allí se detuvieron los dos perros, olfatearon y volvieron á ladrar.

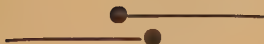
Oyóles Agueda Pía. Entonces, precisamente, acababa de entrar en la casita y daba los buenos días á su madre. La había besado ésta, y la tenía abrazada todavía...

—¿A quién ladran los perros, Nena?

—A ese barco... ¿por qué vendrán á inquietarnos esas gentes?

Había, sobre la mesa, un jarro de leche, una cafetera de barro panzudita y humeante: dos panecillos abiertos. dos tazas, azúcar, manteca y frutas.

Un hilo de sol, entrando por la rendija de una ventana, ponía un nimbo de púrpura en el velludo suave de un albaricoque.









## CAPÍTULO SEGUNDO

### I



A siesta.

Agueda Pía, en aquella hora quietamente fervorosa del verano, gustaba de estar sola, al aire libre.

La vida beata de las dos mujeres que conocen ya nuestros lectores, en la Casa Blanca, no recordaba Agueda Pía que se hubiera apartado, en muchos años, de la misma pauta.

Por la mañana quehaceres domésticos, jabón y agua-manos, con misa de añadidura los domingos; por la tarde, labor de ropa blanca, visitas muy discretas, lectura, algunas cartas, rosario los viernes y paseo de doña Dolores, á su paso paso, con el sol aun alto; por

las noches, risueñas farsas de Agueda á los perros, para despedirse de ellos, cierre de ventanas, atrancar de puertas, ovillar de madejas de lana y estambre debajo de las lámparas, plan del otro día, procesión diminuta de candelas y descanso general.

Comían á las doce, de ordinario las dos mujeres solas; pero solían sentar á su mesa á Mosén Pedro, el cura, todos los sábados; cenaban á las ocho, se acostaban á las diez, se levantaban á las seis y, á veces, antes.

Esta vida patriarcal que, á primera vista, podría atribuirse á una influencia natural del medio en almas dulcemente femeninas y pasivas, era la obra cuidada, paciente, reflexiva y voluntaria, en que ponía todas las escasas energías de su corazón asustadizo Mamá Dolores.

## II

Fuera de las dos mujeres, que ya conocemos, únicamente habitaban en la espaciosa holgura de la Casa Blanca, Mari-Pepa la cocinera y su marido, el viejo Chopo, adicto fidelísimo.

No distaba el pueblecito marinero, donde comienza nuestra historia, de una populosa villa, cabeza de partido en una de las provincias catalanas, vecina á la frontera.

Como las gentes de la Casa Blanca, que vivían confortablemente, tenían hábitos señoriles y aun refinamientos de un lujo muy selecto y casi exótico, necesitaban, para el abastecimiento de la casa, de un carro que, dos veces por semana, hacía el viaje, en siete horas, á la susodicha villa. Cuidaba del caballo, de las cuadras y de otros menesteres igualmente hombrunos, el viejo Chopo, marido, como hemos dicho, de Mari-Pepa. Había sido contrabandista, en sus mocedades y contaba historias muy sabrosas de aquellos buenos tiempos de su vida aventurera.

El viejo Chopo tenía también el cargo general y no difícil de las tierras. Estaba empotrada la Casa Blanca en la mitad de un promontorio rocoso que, en forma de cabo, estrechándose y adelgazándose hacia el Pico, entraba en el mar. La áspera catadura del terreno solicitaba cuidados escasísimos. Se habían llenado, en algunos sitios, los cuencos naturales de las rocas con tierra de cultivo, se abonaba aquello bien y en torno á la Casa Blanca, emergían, aquí y allá, con el mar azul turquí, de fondo, recios pinos marítimos, cedros de ramaje cónico y verdes tamarindos...

El viejo Chopo, de vez en cuando, tomaba á sueldo dos hombres del pueblo

que le ayudaban á pulir, mondar, limpiar y darle riego á todo aquello.

En invierno, de las junturas de las rocas, brotaban, con la humedad, yerbas parásitas, que con el sol de junio se abrasaban, veteando de amarillo el gris azulado de las piedras pizarrosas y cuajando, hacia las puntas, grumos de oro ardiente, sobre el azul del mar.

### III

Pero tenía, en sus alrededores, la Casa Blanca, un paraje exótico y extraño que en lo interrumpido de su figuración artificial y vaga, decía una tragedia.

Esta tragedia era la historia de la Casa Blanca, historia de que ya hacían los del pueblo una leyenda, nimbando de poesía y de misterio las dos frentes de aquellas dos mujeres nobilísimas y suaves, que, al comenzar los sucesos de nuestro relato, la habitaban.

Al pie mismo del Pico, se abrían naturalmente las rocas, dejando entrar el mar en ellas. El Mediterráneo—*magna parens*—tiene hacia el Levante de España, esas mansedumbres tentadoras, esa domesticidad familiar y materna que no he visto en otro mar. Viene á buscar vuestros pies, para bañarlos, tan suave y dulcemente que os le encon-



tráis en casa y se os vuelca en el alma y os baña las entrañas sin sentirlo. Los otros mares os ganan por la fuerza y la bravura. El Mediterráneo por la gracia y el amor.

Trasciende hasta las últimas inflexiones de sus aguas la maravilla rítmica de su armoniosa curva total.

Las tempestades del Mediterráneo son juegos olímpicos de Tritones y Sirenas. Y en el retumbo de los truenos sobre sus aguas procelosas, en invierno, hay un dejo sonoro á fanfarrias alegres de mitológicas deidades que hacen sonar el caracol marino. El poema del Mediterráneo no está escrito.

Aquella mansedumbre doméstica del mar, colándose en el cuenco que los siglos le labraron en el Pico, debió tentar á los fundadores de la Casa Blanca.

Y de esa tentación nació la tragedia que decían permanentemente las formas esbozadas, las columnas rotas antes de aguantar una cornisa quimérica, los montones de piedras que fueron ruina, antes de ser obra, en el paraje aquel.

#### IV

Llamaban á este sitio los de la Casa y los del pueblo, dando carta de naturaleza á un nombre arcaico «Las Termas».

Efectivamente, se advierten en el

fondo rocoso de aquella piscina natural que forman con el mar las dos antenas gigantes del Pico, huellas de haber sido artificialmente labrado y rebajado. El agua, que al principio debió tenderse allí en una capa suavísima, levantando del suelo un dedo apenas, tiene ahora, en toda la extensión de «Las Termas», por lo menos tres metros de profundidad.

Arrancando de la chata extremidad de las antenas y formando anfiteatro al pie mismo del Pico, una doble hilera de columnas jónicas levanta en el aire la teoría dolorosa de su inutilidad... Hay, en el anfiteatro, bajo dos columnas, las únicas acabadas, una con su capitel y otra con un trozo de cornisa en equilibrio muerto, una escalinata de jaspe que descende al fondo mismo de la piscina natural. Los primeros peldaños arden, dorados bajo el agua clara; los últimos se pierden delicadamente en una neblina de agua azul...

Ya hemos dicho que por todo aquel paraje está la tierra removida y en catástrofe; montones de piedras, que han ido patinando y redondeando la humedad, el yodo y el salitre, atestiguan de la lejana fecha en que se interrumpieron bruscamente, los trabajos gigantes.

El agua salta por sobre la extremidad

de las antenas, mordiendo condientes de mujer, la harmoniosa curva blanca de los primeros trozos de columna.

Y en los crepúsculos tranquilos y en las divinas noches blancas en que la luna aquieta el mar, con el óleo resbaladizo de su luz, toda la harmoniosa teoría de columnas rotas se refleja en el agua suavemente iluminada, evocando la paz de un mausoleo quimérico, remoto, absurdo y encantado, que guardara, en el sueño del agua quieta, la momia embalsamada y suave de las «vidas anteriores».

## V

Agueda Pía tiene predilección por este sitio.

Os dirá que no puede visitarlo por las noches: es cierto. Era casi niña la primera vez que quiso verlo, en una noche de paz y claridad. Huyó á los pocos momentos con miedo de sí misma.

Benditos los que se temen.

El misterio y el poder del espíritu humano son tan grandes, que no basta la efímera pequeñez de una vida para soportarlos. Generalmente vivimos en paz porque no nos conocemos. Nuestro propio misterio—y nuestra propia fuerza—nos parecen tolerables porque no los hemos *visto* nunca. Si una vez llega-

mos á *verlos*, ó nuestra vida se rompe, ó en un delirio de producción y de acción, busquemos desembarazarnos de ellos para seguir pidiendo á Dios, en paz, el pan de cada día.

Hay gentes que nacen y mueren sin haberse *visto*. La mitología cristiana ha creado el Limbo para esas gentes. Ibsen, en una imagen gráfica, dice en el «Peer Gynt» que, luego de muertos, la naturaleza, descontenta de ellos, los funde para darles forma nueva. Porque está escrito que todo espíritu debe realizarse y toda fuerza entrar en juego.

Sea como sea, Agueda Pía tuvo miedo de sí misma la única vez que visitó de noche «Las Termas» incumplidas. Creyó que, del fondo de la piscina, entre el aro de columnas reflejadas, emergían sombras pavorosas y blancas que salían á buscarla. Oyó una dulcísima armonía que la ayudaba á morir... Inconscientemente llegó á los peldaños de jaspe y, cediendo á la atracción que tiraba de ella irresistible, como si su carne, por la primera vez, notara el peso de unas invisibles y finísimas raíces que la tenían prisionera de aquella paz mortal, avanzó un pie, metiéndolo en el agua... Vibró toda la piscina en ondas circulares, deshaciéndose el encanto: el contacto del agua, dióle á



Agueda Pía la sensación horrible del frío de la muerte.

Sus diez y ocho abriles cantaron en su corazón primaveral una sinfonía de pánico y alarma. La niña escapó de la mujer futura; trepó á lo alto del Pico, llamó á sus perros, bajó por el sendero, que ya conocemos, y corrió á refugiarse en los brazos de su madre que, toda asustada, resucitó su almita alegre, con besos y caricias.

Aquella noche, antes de acostarse y cediendo á la presión de su curiosidad de niña, Mamá Dolores, devota y cuidadosamente, le explicó la historia de «Las Termas».

Del alma de la madre, perfumada de piedad, como los arcones viejos de alhucema, fueron pasando los recuerdos al fresco recinto que, en su corazón recién abierto, les deparaba Agueda Pía, instaurando allí los primeros cimientos incommovibles de una nueva vida espiritual. Ni ella, ni su madre volvieron á hablar de aquellas cosas.

Pero Mamá Dolores pudo seguir, durante unos días, con angustia y con amor, los balbuceos, los tanteos, las dubitaciones y finalmente la orientación definitiva de su alma, que acababa de adquirir forma maciza, como su cuerpo tierno y floreal la había adqui-

rido, cuatro años antes, también después de un pánico, cuando la crisis de su pubertad.

## VI

Agueda Pía encontró manera de conciliar la predilección devota que sentía por «Las Termas» con el miedo aquel á sí misma y á cosas inefables, que la hizo escapar de ellas, cuando las vió, de noche.

Ahora todas las tardes, en la siesta, cuando Mamá Dolores, en su cuarto-alcoba, solía darse una hora larga de descanso, Agueda Pía bajaba á la piscina, se sentaba sobre un roto capitel de mármol y allí se le iba el tiempo sin sentirlo, en una contemplación vaga, imprecisa en que todo se le volvía sugestión apenas susurraba de un misterio remoto que unas veces parecía el eco de su propio pasado y otras el atisbo de un porvenir obsedante.

Para alguien que hubiera podido observarla desde la altura del Pico, la figura de Agueda Pía, sentada en una extremidad del anfiteatro, al pie de la cuarta columna que le hacía sombra, en la gran luz canicular pasmada y quieta, habría acabado de revelarle la tragedia muda del lugar aquel.

Toda la dolorosa inutilidad de aquella harmonía truncada, el perpétuo sa-

crificio de tantos equilibrios sin ritmo porque la obra futura no acababa de llegar, el pasmo de aquellas formas en el aire, el misterio de aquella arquitectura arcaica materialmente relevada de un dolor actual, caían y como que se recogían en la gracia futil y suave de su cuerpo candidísimo, ungiéndolo, en el hechizo de una magia solapada y fatal, para destinos desolados...

Agueda Pía, instintivamente recelosa de aquel inefable influjo que ejercían «Las Termas» en su alma, no le hablaba á su madre de sus visitas diarias á la piscina.

Y en las tardes grises del invierno, cuando la vibración solar y el crugir de las rocas que se resquebrajaban abrasadas, y el reptar de los insectos y la reverberación plateada del agua, no ponían un contrapeso en su alma á aquella desolación de las ruinas muertas, solía llamar á sus dos perros, les obligaba á bajar con ella á la piscina, y los nombraba de vez en cuando, para que, moviendo ellos las colas, hicieran un poco de ruido y pusieran una vaga piedad de amor en aquella paz horrible.

## VII

No: no es cierto que la llegada de aquel yate italiano que había puesto

en conmoción al pueblecito, que tenía inquietos á los perros y del que la propia Mamá Dolores acababa de hablarle durante la comida con curiosidad, no hubiese interesado á Agueda Pía.

Lo que hay es que, de un tiempo á esta parte, desde la noche del miedo, su corazón cambiaba. Aquella viva, generosa y franca curiosidad con que su corazón se abría, como las ventanas de la Casa Blanca, á los ruidos de la vida, iba convirtiéndose en un recelo pánico á toda novedad, en una instintiva repulsión, mezclada de atracción enfermiza, hacia todo lo que representara un cambio, un accidente en la monotonía trivial de su existencia.

Habríase dicho que el corazón de Agueda Pía aguardaba una fatalidad inminente y la temía. Ella no se daba exacta cuenta del estado de su espíritu; pero procedía como si lo conociera reflexivamente.

Ya, durante toda la noche, no le dejaron descansar los ladridos de los perros. Cuando Talo le había asegurado que, desde la altura del Pico, vería el yate, le costó un esfuerzo dominar su natural curiosidad; pero logró dominarla, como si adivinara en ella un peligro vitando.

Y ahora mismo, en esta siesta de junio, mientras hace, como todos los días, su camino habitual hacia «Las Termas»,

ella no sabe que recónditas alarmas ponen su alma en angustia y su corazón en sobresaltos.

Hoy la paz del sitio, como un bálsamo sedante, aquieta benéficamente aquellas turbulencias. Tal vez por esto, prolonga más su estancia y, rompiendo su costumbre, deja el capitel, en que estaba sentada, y da unos pasos...

## VIII

Oye ruido y vuelve la cabeza... Entre las dos columnas altas, en pie, apoyado en una de ellas, delante de la escalinata de jaspe, la cabeza descubierta, y en una forzada inmovilidad, tal vez para no ser visto, interrumpiendo la meditación de Agueda Pía, hay un hombre.

La mujercita se asusta, sin saber por qué. Quiere marcharse.

El desconocido avanza.

—¿He sido indiscreto, sin querer?—No conozco el país: perdón.

—¡Oh, no señor, no! Sino que la sorpresa...

—Es natural... Quise marcharme en cuanto la vi llegar; pero mi desconocimiento del terreno lo ha impedido. He cometido la torpeza de despedir la barca en que he venido aquí... ¿Por dónde puedo ganar la altura y regresar, por tierra, al pueblo?



—Venga V. hacia mí; por esta parte es imposible: aquí, á mi derecha está el sendero...

Un silencio.

El desconocido se acerca á Agueda Pía que, clavada en su sitio, tiene que apoyarse con el hombro en las rocas, ladeándose un poco, para dejarle paso, entre ella y las columnas.

—Otra vez perdón...

Agueda Pía calla: le mira con ojos atemorizados.

El desconocido se ha vuelto y está parado, á pocos pasos de ella: es alto, bronceada la piel del aire de mar; lleva un traje claro y su silueta, ágil y elegante, entona con el sitio: la cabeza descubierta es de una harmoniosa perfección no exenta de fuerza: el pelo negro.

—Todavía una pregunta... Esta Casa Blanca del promontorio... ¿es de ustedes?

—De mi madre; sí, señor...

—Abusaré más... ¿y este terreno? ¿y esta extraña arquitectura?

—Nuestros también.

Evidentemente el desconocido seguiría hablando. Pero Agueda Pía está encendida de un rubor suavísimo. Los labios, las fauces se le han secado y habla torpemente.

Su interlocutor debe darse cuenta de

todo esto, porque, dominando del todo su curiosidad y para no prolongar la situación, ya difícil de sostener, se inclina cortesmente, da las gracias, murmura «perdón» por última vez y entra decididamente en el sendero, cubriéndose la cabeza cuando llega á la plataforma del Pico.

## IX

Agueda Pía piensa entonces:

—Debe haber llegado en el yate...

Y en seguida, como si aquella explicación la calmara por completo; se ríe de su turbación de hace un momento y dice:

—Me habrá creído una chiquilla...

Decididamente—y á pesar del influjo del sitio—ó, tal vez porque el sitio pierde un poco de su influjo en su corazón que toca á gloria, la pasada aventura le da risa.

Y piensa ahora.

—Mamá Dolores reirá conmigo cuando se lo cuente.

Pero en seguida:

—No; *por hoy* es preferible que no le diga nada á Mamá Dolores.

¿Por qué *es preferible*?... ¡Ah vírgenes malicias de un corazón de virgen! ¿quién podrá desentrañaros?

—Si volviera otra vez...

Un relámpago de indignación en su carita suave... Sin saber por qué ha dejado «Las Termas» y precipitadamente gana la empinada cuesta del sendero.

—Si volviera otra vez...

Ahora es una infinita complacencia, relevada de una punta de malicia picaresca y joven, la que se manifiesta en su semblante. Y al llegar á la plataforma del Pico, respirando á pulmón pleno el aire salitroso, porque la ascensión ha sido penosa, la muchachita termina su hipótesis condicional, de esta manera enigmática:

—Si volviera otra vez... entonces, veremos.

## X

Deben ser las tres... A medio sendero, entre las abrasadas flores rojas de un adelfo, un enjambre de abejas de oro, runrunea y traza círculos fervientes... Agueda Pía suele detenerse todas las tardes á contemplar unos instantes, intrigada, la labor de las abejas... ¿Por qué esta tarde no?

Va deprisa, va deprisa, como una bíblica aparición por el sendero.

Sus dos perros, unos pasos más allá, le salen al encuentro. También otras tardes suele interrumpirse en su camino, para jugarles farsas. Y esta tarde, no...

Los perros aullan quejumbrosos, llamándola; pero ella ni siquiera vuelve la cabeza.

Por la tierra dura, entre las vetas amarillas de los yerbajos secos, á través de los troncos de los pinos y los tamarindos, con el pecho jadeante de una emoción desconocida, va deprisa, va deprisa, como una bíblica aparición, por el sendero.

Ella misma no se da exacta cuenta de lo que le sucede; llega á la Casa Blanca, pasa por la puerta, la deja un trecho atrás... ¿á dónde va?

Finalmente ha visto. Descendiendo del promontorio, allí, á sus pies, cerca ya del pueblo, cuyas primeras casitas tocan con la linde de su hacienda, una silueta ágil y elegante, la saca de dudas... Pero la silueta, también, va deprisa, va deprisa, como su propio corazón, por el sendero...









## CAPÍTULO TERCERO

### I



ARCO FORTIS era un hombre de su tiempo.

Estamos lejos, muy lejos de la Casa Blanca. Marco Fortis no conoce las distancias y en sus grandes momentos de planes quiméricos ó absurdos, suele decir como los yankees «el mundo es pequeño».

Orientémonos. Estas escalinatas anchas y suaves que á la luz de la luna, adquieren una matidez grisácea, esta agua blanda que parece estancada bajo las escalinatas anchas y la alta curva del puente monumental; este mismo puente gracioso y montante por de fuera, ancho en el interior, con menu-das y arcaicas construcciones á los la-

dos, esta ciudad de sueño que blanquea la luna, estos melancólicos rumores, este espejeo de aguas por los recodos más oscuros, como si la ciudad maravillosa que desconocemos, emergiera, blanca y somnolente, de un plano de cristal... ¿no traen á nuestra memoria, inconfundible, un nombre dulce y lleno de prestigios?

Sí; no dudemos más: esta es Venecia. Por estas escalinatas bajaremos al Canal: este puente que tenemos á nuestra espalda es el Rialto; allí Santa María del Fiore; el Campanile de San Giorgio, los viejos palacios á la derecha... Aguardad un momento... Un grito vago, otro grito; un ruido de agua; la reptación solapada de dos sombras negras, el golpe seco de los remos: dos góndolas, con las lucecitas rojas en el espolón, pasan de largo...

Está la luna alta y serena.

En las escaleras del puente del Rialto, hay dos hombres sentados, que hablan. Otro, en pie, fumando, apoyado lánguidamente en el barandal los oye. A pocos pasos de ellos, en el Canal, una góndola. Debe aguardarles porque el *gondogliere*, tendido á lo largo, sobre la cubierta, unas veces bosteza y otras veces ronca.

—Marco, dice uno de los dos que están sentados, al que permanece en pie es-

cuchándoles, ¿cuándo, el viaje á España?

—Mañana, si me acompañas, Gabry: me aburro opíparamente en el Adriático.

—No hagas caso Orosio, dice el llamado Gabry á su otro compañero que, oyendo las palabras de Marco Fortis, le mira con extrañeza. Marco es de este modo. Ni se aburre en el Adriático, ni nos dejará mañana, ni piensa hacer un viaje á España, ni la tórrida Hesperia le interesa. Pero le gustan los efectos bruscos y los juegos arrogantes de palabras.

Marco Fortis sonríe. Por todo comentario añade:

—Jugué ayer en Bon-Bosco...

—¿Y has perdido?

—Quiere viajar... No se lo preguntes... Huye de la mala suerte... ¡pobre amigo!, dice Orosio, contestando á la pregunta de Gabry.

—Ni gané, ni perdí, prosigue Marco. Pero tuve mi juego al siete toda la noche y esto suele sucederme indefectiblemente todas las vísperas de viaje. De momento no me permiten mis capitales subir á Escandinavia y me resigno con saltar á España. Veré catedrales y mujeres.

—Como esto no tiene ninguna lógica, explicó Gabry á Orosio, ahora es cuando

voy creyendo que nuestro amigo nos dejará mañana para marchar á España. ¿Por mar? volvióse á preguntarle á Marco.

—Por mar.

—¿Quién te deja el yate?

—Mónica Poldo. ¿Me acompañas?

—Me aburriré, como tu dices, opíparamente. Dos amantes...

—De ninguna manera: iré yo solo.

—¿Mónica te abandona á las sirenas del Mediterráneo?

Marco Fortis calla. Desde que el nombre de Mónica ha salido de sus labios ha podido observarse un cambio en su fisonomía.

No podría asegurarse por la expresión de su rostro si las bromas de sus amigos le divierten ó le contrarían.

—¡Enigmático! observa Gabry: es la expresión de los amores trágicos.

Orosio aventura esta pregunta...

—¿Fuga ó ruptura, Marco Fortis?

El aludido sonríe con melancolía:

—¡Locos!... ¿Entonces no me acompañáis?

—Decididamente no puedo, Marco, dice Gabry, poniéndose serio: trabajo, trabajo mucho estos días.

—¿Escribes?

—No; estudio.

—Con la fresca Catalina: no le creas.

—Sí, si estudio, insiste Gabry cada

vez más serio. Y permanece unos momentos pensativo... Su monda cabezuela harmoniosa, ceñida como de una tonsura, de un cerco de cabellos rojizos, muy cortados, se ha erguido en la diaphanidad impalpable de la atmósfera. Sus ojillos de tigre verdosos y serenos, dan á su fisonomía un interés de enigma... ¡La fresca Catalina, la gorda Catalina, la grasa Catalina! Reíos... Ya veréis después... Si no sabéis leer una epopeya de esplendores arcaicos y remotos, en este graso pescuezo de la Catalina, no sois nada. Y tú, Orosio, debes romper tus pinceles y abrirte el vientre como los japoneses, un buen día, porque eres indigno de ejercitar el arte mismo que ejercitaba Paolo Veronese.

Todo esto sonaba de una manera maravillosa: con esta ausencia de emoción y de valor, que para nosotros, tartamudeantes españoles, suele tener la conversación italiana, sabia y perfectísima de formas.

Los dos que estaban sentados, acababan de levantarse. Marco Fortis no cambió de postura.

Gabry, echando á andar, le dijo:

—¿No vienes?

—¿Dónde vais?

—Al templo untuoso y admirable de la fresca Catalina—dijo Gabry: Orosio se ha empeñado.

Este sonreía, siguiéndole.

Marco Fortis no se movía.

Los dos amigos llegaron á la góndola. Gabry tomando un puñado de agua con las manos despertó bruscamente al *gondogliere*, dejandoselo caer sobre los ojos...

—¡Para no dormir, para no dormir, ribaldo! Y ahora, donde siempre: ya lo sabes. Pero ¿no vienes, Marco Fortis?

—No...

La góndola se mueve. Las últimas palabras suenan, hiriendo la calma del Canal.

—Entonces ¿sales mañana?

—¡Salgo!...

—Te hago una predicción, Marco Fortis, oye: ¡no volverás de España!

El aludido sonríe...

La góndola se sume en un recodo: duran todavía un rato sobre el agua quieta, los rumores aislados de unas voces que se pierden.

## II

Marco Fortis deja el Rialto, gana el muelle de los palacios, se mete por un callejón estrecho y desemboca á un *campo* (plaza) solitario.

Uno de los lados del silencioso campo lo ocupa entero la fachada sombría de un palacio del siglo XIII. Fortis se acerca



al muro de aquella fachada, lo sigue en toda su extensión, llega al extremo, gira á la izquierda, busca en el muro de otro callejón estrecho una puerta diminuta, la abre con una llave que lleva en la mano y empieza á subir por una escalera altísima, de piedra.

Aquella es la casa de Mónica Poldo, en Venecia.

Marco Fortis tiene, en un pabellón aislado del palacio, su estudio de arquitecto. Mónica Poldo y su marido, que ha sido Embajador de Italia en casi todas las grandes capitales europeas, tienen, como los grandes Mecenas del Renacimiento, la pasión monumental. Su inmensa fortuna la dilapidan, á manos llenas, en construcciones estrambóticas, absurdas, suntuosas, quiméricas, con que en vano procuran ocupar el ansia de acción característica de las almas privilegiadas, en la calma expectante de la sociedad actual.

Marco Fortis trabó relaciones con el Conde Poldo, en Niza.

Fué, para el Conde, un encuentro felicísimo. Aquel espíritu vivo, ardiente, dominador de la materia, un poco desigual y un poco misterioso, pero audaz y emprendedor del joven arquitecto, parecía hecho adrede para comprender y realizar las monumentales quimeras del noble Embajador.

Fortis diseñó y dirigió la construcción de aquel maravilloso *Palacio de las rosas* que parece la petrificación de una leyenda franciscana y que poseen, junto á una colina, cerca de mar, los esposos Poldo, en Niza.

Mónica Poldo, más viva de imaginación que su marido y más artista, aunque menos voluntaria, adivinó en Marco Fortis, la traza genial de los creadores privilegiados.

Y desde aquel entonces, Marco Fortis no es un extraño en el Palacio Poldo. Su fortuna estuvo hecha: su nombre, de un vuelo triunfal, atravesó la Europa.

Los de su nación saludaron en «El Constructor», único nombre que le daban, al genio de la nueva arquitectura.

### III

El Conde Poldo contaría entonces cincuenta años. Mónica no pasaría de los treinta y cinco.

Veneciana, de alcurnia nobilísima, casó con el conde Poldo, enamorada de él. No habían existido en el matrimonio diferencias ni disturbios. El conde era un mundano, que supo llevar al hogar, un girón de la galantería italiana, un poco teatral, con que oportunamente lograba esconder y simular las quiebras de la edad. Mónica, en toda su

figura plena, pero bien tallada y nobilísima, tenía este reposo sensual que ha dejado, en sus cabezas de mujer, el Veronés, tapando con la dureza de las telas brocadas, la suavidad florida y deliciosa de su carne.

Alguien había dicho de ella: «Es un hogar, cuidadosamente cubierto de cenizas blancas».

En todo caso el conde no sopló nunca en el hogar; aunque, de tanto en tanto, para que los rescoldos se avivaran con el aire, apartara galantemente las cenizas.

La intimidad que Marco Fortis halló en el palacio Poldo, fué un tanto nociva á la reputación de Mónica. Afortunadamente el conde, que amaba á su mujer, con toda la generosa serenidad de un verdadero *galantuomo*, mientras estuviera seguro de su honor, despreciaba las hablillas.

Además la vida que llevaban los esposos Poldo era un poco accidentada y los frecuentes cambios de medio social, en que los viajes les ponían, mantenían su nombre al abrigo de las murmuraciones excesivas.

Claro que hay un mundo aparte, en el gran mundo: *la diplomacia*, que, según Abel Hermant, se llama «la carrera» por autonomasia y que, en cada distinta nación, tiene un círculo determinado y estrecho, formado por las

mismas gentes, que turnan con los años; sujeto á las mismas leyes, viviendo por la misma pauta y donde las murmuraciones y las hablillas, prenden maravillosamente, por lo mismo que es reducido y limitado el espacio en que se mueven.

Tal vez si el conde Poldo hubiera sido más aficionado á llevar á su mujer á las salas de las Embajadas, aquella intimidad, muy comprensible y nada pecaminosa con Marco Fortis, dadas las aficiones de los Poldo, le habría costado ya más de un disgusto.

Pero el noble Embajador era un diplomático con alma de *condottiero*. Servía á su Italia en las cancillerías con una cierta aspereza de soldado. Era un hombre poco avenido con toda la pompa decorativa de la diplomacia; y, por lo demás, rígidamente patricio, no quería que los banales objetivos de las grandes ilustraciones, al día siguiente de cualquiera de estas fiestas oficiales que á menudo le repugnaban, sorprendieran, en el eterno rincón de las salas de Embajada, á su excelencia Mónica Poldo, tres veces noble, hablando con la mujer de su segundo secretario.

El conde Poldo había ido á la Diplomacia para servir á Italia. No le pedía un rango, ni una situación social, que no necesitaba.

Resultaba de todo esto que, estando perfectamente deslindados los campos y el tren de vida entre los esposos Poldo, él cumplía rigurosamente y austeramente sus deberes diplomáticos no exentos de ciertas iniciativas cesaristas, que en determinadas ocasiones, hacían oscilar á las potencias, mientras ella, un poco nómada y otro poco imprudente, recorría Europa, con Marco Fortis al estribo, toda de sus obras y de sus planes, decidiendo la decoración de un palacio en las montañas de Córcega, mientras mordían en su corazón los primeros deseos de comprar un «fjord» en Noruega, influída su fantasía con las últimas lecturas de algún autor noruego.

#### IV

Nos apresuramos á decirlo, porque la conversación que hemos sorprendido en el Rialto, entre Marco Fortis y sus dos compañeros Gabry y Orosio podría llevar á nuestros lectores á levantar falsos testimonios. Hasta el momento en que se apodera de ellos nuestra historia, nada había existido en las relaciones de Mónica Poldo con su Constructor, que pudiera justificar, ya no las dudas, pero ni siquiera los recelos del marido más exigente y receloso.

El vulgo hablaba en Venecia de aquellas ausencias del Conde y de la vida un poco rara de Mónica Poldo, viajando con Marco Fortis, de posesión en posesión, y teniéndole en su casa y sentándolo á su mesa mientras permanecían en Venecia.

Ya hemos visto que Marco Fortis no se atrevía á desmentir estas hablillas.

La misma turbación que revelaba en su rostro cuando sus amigos le hablaban de la Embajadora, parecía fomentarlas.

Había además la vida privada del Constructor.

Misógino, tímido y sensual al mismo tiempo, sólo un gran amor podía explicar satisfactoriamente estas tres condiciones que tenía comunes con otros grandes artistas de su tiempo, Marco Fortis.

No se concebía degeneración en creador tan fuerte como era el «Constructor».

¿Qué había pues de verdadero en sus relaciones con la Embajadora?

Aconsejamos á nuestros lectores que mientras llega el momento de averiguarlo concienzudamente, pongan en cuarentena las vulgares malicias que hemos escuchado al pie del Rialto, porque, como dijo Gabry á su manera, un poco campanuda y rimbombante, no sólo Marco Fortis, sino toda Italia «gusta de los juegos arrogantes de palabras».





## CAPÍTULO CUARTO

### I



El taller del Constructor en el Palazzo Poldo.

Un ventanal enorme de menuda cristalería á cuadros se abre en uno de los muros sobre el «campo» solitario que hace unos instantes ha atravesado Marco Fortis, haciendo resonar sus pasos en el silencio de la noche.

Frente al ventanal, una puertecita menuda que comunica con la larga escalerilla de piedra en que le dejamos enfrascado.

A la izquierda otra puerta que comunica con las habitaciones fastuosas del arquitecto-artista.

Y otra puerta á la derecha que da á

un corredor por el que se une el pabellón de Marco Fortis, al resto de la espléndida morada.

Ya temos dado una idea de la escena. ¿Describiremos los accesorios?... ¿Para qué?... Cada cual tiene una idea vaga de lo que debe ser el taller de un artista. Eso. Marco Fortis sentiría que le hiciéramos traición defraudando con una descripción á destiempo el alma de una atenta lectora sentimental y provinciana.

Añadamos que el enorme ventanal, al pie del cual, sobre una mesa desmesuradamente larga, se amontonan planos, lápices, tintas, flores, yesos y otros artefactos, tiene unas grandes cortinas negras, partidas en estolas verticales, para graduar la luz. En este momento, la claridad serena de la luna se filtra por un trozo del ventanal, bañando y encantando la gran sala.

Por el corredor que va desde el taller á la morada señorial, avanza una figura lentamente. Trae, en las manos, una lámpara y, como el corredor es largo, solo muy borrosamente advertimos que es mujer y que su rostro, recogiendo todo el haz de resplandores de la lámpara, emerge de la obscuridad apacible y dorado como un sol.

Se abre la puerta que comunica con la larga escalerilla.

La figura que venía avanzando por el corredor, se detiene unos instantes.

Marco Fortis entra en el taller.

La figura reanuda su marcha penetrando, casi al mismo tiempo.

—Buenas noches, Mónica Poldo... Me entretuvieron los amigos, los quehaceres, los despidos.

—Y tal vez los amores... ¡Oh, mi querido Marco, no le pido á V. cuentas de su tiempo! Pero deseaba hacerle todavía unas indicaciones respecto á nuestro proyecto y me ha hecho V. velar...

—Lamento...

—Abrevie V. lamentaciones y libreme del peso de esta lámpara... Vea, no tengo vocación de musa iluminadora en asilos de artistas sin galantería...

—¡Oh!...

Marco Fortis, aparece dominado, cohibido, torpe, delante de la imponente veneciana... ¡qué otro del que se forja el vulgo por el solo aspecto dominador y recio de su obra!

Casi temblando toma de manos de Mónica Poldo que le mira en pleno rostro, tranquila, con una semi-sonrisa burlona, la lámpara pequeña. La coloca sobre su mesa de trabajo, y permanece allí, como esperando órdenes.

—¿No nos sentamos, Marco?

El Constructor acerca unas sillas: aquella serenidad y calma de la vene-

ciana le humillan, sin saber por qué. En estos momentos la odia.

Ella se ha sentado.

Marco Fortis continúa en pie, junto á su mesa.

¡Ah! ¿por qué no encuentra, en estos momentos, dentro de su alma aquellos arranques de energía y orgullo satánico con que el Buonarotti atemorizaba al Papa tirano, trazando sus frescos, en las bóvedas de la Sixtina?...

Marco Fortis se muerde los labios y su alma se le encabrita dentro del cuerpo, agresiva, aguardando el momento de tomar su desquite sobre la veneciana.

## II

—Creo que ha comprendido bien mi idea, Marco Fortis—dice ella.—Es preciso que los planos estén listos, y echados los cimientos cuando el conde y yo lleguemos á España.

—Todo eso es material, Mónica, no insista—replica Marco.—Hay una cierta brusquedad en sus palabras: un ligerísimo rubor en su piel de artista libre, al recibir las órdenes. Mónica finge no advertirlo, como cada vez que esto sucede, para darse el placer, tal vez muy femenino, de apoyar en ello.

—Material; pero necesario. No tiene

usted otro defecto que la pereza, Marco. —Hay que enseñarle ellátigo.—Y luego, suavemente, bañando con un bálsamo de dulcísima alabanza, la recién abierta herida:

—En cambio no insisto sobre el asunto; ni le hablo de las proporciones, ni le doy siquiera una idea: aquí mi pobre fuerza material no puede nada y todo lo dejo en sus manos, menos la admiración que me conviene.

Marco Fortis sonríe... Y con más libertad ya, porque su alma de artista de hoy, un poco misógina, se encuentra en su terreno:

—Precisamente del asunto—dice—es de lo que me interesa hablar. Confieso mi torpeza. Estoy desorientado... muy desorientado... ¿Tiene usted tiempo?

—Nadie me aguarda.

—Entonces, hablemos...

Marco Fortis llega á su silla y se sienta. Ha estado torpe.

Mónica, que se sentó la primera, lo hizo de espaldas á la luz y su rostro, en sombras, tiene de su parte la impunidad de lo invisible para la escena que va á suceder. En cambio Marco recibiendo sobre su figura toda la luz de la lámpara, está desarmado. El Constructor hace esta observación maliciosa en el momento de sentarse y, aunque tiene

impulsos de cambiar la lámpara de sitio, se sienta sin hacerlo.

Mientras tanto Mónica, junto á la mesa, hojea unos planos.

### III

Como la dama no parece decidida á romper el silencio, habla el artista.

—Confía V. demasiado en mis escasas fuerzas, Mónica.

—¡Oh, nunca bastante!

—Sí, sí; dejemos á un lado cortesías; demasiado. La idea que V. me ha expuesto es grande. Pero ¿será realizable? Veá V.: las ideas grandes y armoniosas antes de la realización, suelen ser estériles.

—No, si el artista las expresa bien.

—Yo me entiendo, las ideas grandes ya están expresadas. Se necesita para ponerse á la labor un boceto de idea casi informe, vaga. Es la obra futura la que ha de darle forma, Mónica. Pero divago: todas estas teorías no significan nada. La razón del arte está en las fuerzas del artista. Bien: pues yo no me veo con fuerzas, así, de buenas á primeras, para realizar la idea de que me hablaba V.

—¿Ha leído V. el libro que le he dado?

—¿Las «Provincias Romanas»?—Sí.—Lo leí todo esta tarde.



—¿Y qué?

—El conde Poldo es un espíritu privilegiado, señora...

¿Por qué la voz de Marco Fortis se vela imperceptiblemente pronunciando el nombre del Embajador?—Ha pasado rápidamente por el elogio, ya apuntado, para concluir:

—... pero no es un artista. Es todo lo contrario de un artista. Un hombre de acción, que se empeña en justificar su carácter con ideas generales. En las «Provincias Romanas» explica el Conde Poldo su obsesión magnífica de los destinos imperiales de nuestra raza. Todo eso es política, es filosofía, Mónica, es grande, si V. quiere, pero no es arte. En las «Provincias Romanas» he encontrado tónicas moralidades que me infiltraban orgullos de estirpe. Pero no he encontrado una sola *intuición* de la realidad, hecha plástica. Y mi obra ha de derivar de esos *fantasmas claros, precisos, visibles*; no de las ideas generales.

—Pero las ideas generales...

—Las ideas generales estorban para producir. El misticismo mata el amor.

¿Por qué un rubor, en el rostro de Marco Fortis? ¿por qué una sonrisa indefinible en la boca graciosa y fresca de Mónica Poldo?

¿Qué prestigio tiene esta palabra

—*amor*—que no suena una vez sola en el vasto aire de los Universos sin dejar su huella en él?

#### IV

Mónica Poldo continúa:

—Paso porque en el libro del Embajador no haya encontrado V. más que ideas generales. Ellas no le darán la expresión artística, bien lo sé; aunque, llevándolas V. dentro, á hurtadillas de usted mismo, reforzarán esa expresión. Pero, aparte de eso. Lo que yo le he dicho ¿son también ideas generales? Me parece que no.

—Veamos, veamos, Mónica; replica Marco, más tranquilizado. A ver si hacemos algo. El plan de V. es este. Monumentalizar, en cada una de las antiguas provincias del Imperio romano, la vieja idea imperial de la Raza madre. De este modo le daremos á la Estirpe una especie de epopeya de piedra, cada uno de cuyos Cantos radicará en una de las provincias primitivas. Empezaremos por España, seguirán las Galias, la Germania, la Galo-britania, etc. El vasto sueño de dominio de nuestra raza resurgirá del sueño de los siglos y haciéndose plástico, creará almas capaces de amarlo, de comprenderlo y de realizarlo... ¿Es esto?

—¡Esto!... Los ojos resplandecientes de la veneciana tienen ahora un brillo ducal, indefinible...

Marco Fortis se levanta:

—Mónica Poldo—dice con cierta sequedad apremiante, en la entonación y el gesto:—diga V. cómo han de ser estos monumentos... ¿Palacios, templos, mausoleos, urnas?

—No sé...

—Sí; V. lo sabe: en este momento usted lo sabe: lo ve: adivino que lo está viendo: ¡hable!

—No puedo decir lo que veo; no se explica.

—¡Piense en voz alta! Ansíe, pida, jadee con palabras!

—Sí; si ya haré algo de eso.

—¡Pronto!

—Palacios no, pero esplendores—dice Mónica;—templos, tal vez, pero sin cúpulas: mausoleos, pero donde los muertos divaguen en una juventud olímpica... ¿lo ve usted?... Urnas, urnas decididamente que guarden las cenizas de la raza, pero ante las cuales arda perenne el óleo de su espíritu... ¿Me sigue, Marco?

Este le ha cogido una mano, como si quisiera por la yuxtaposición de fluídos que se infiltrara en él, de una manera material—¡oh materia, santa, santa, santa materia, madre del arte verdade-

ro!—todo el ardor sibilino de la veneciana.

—No lo olvide, Marco.—En estas lámparas—¿cómo dará V. á su obra la eficacia reveladora que tiene esta palabra: *lámparas*?—en estas lámparas, que arden é iluminan de una manera perennal, quiero que esté todo el secreto y el encanto de la obra.

La mano que dejan libre á Mónica Poldo, las del artista, ha venido á posarse, dominadora, sobre el hombro de éste.

Bello aquel momento; bella la actitud; pero turbándolas de intento, añade la mujer:

—Basta: Marco Fortis, ahora tiene usted algo más que una idea general.

Sonríe.

Y retirando su mano, de entre las creadoras manos del artista dice, más femeninamente, quejándose:

—¡Me duele!...

¿Ha visto algo en la actitud de Marco Fortis? Porque, como si éste la amenazara, dá la mujer un paso atrás y levanta la mano izquierda, á la altura del hombro derecho, en la actitud esquiva de quien se impone dominador.

Marco Fortis ha bajado los ojos y se muerde los labios.

## V

Hay un silencio... Mónica Poldo ha vuelto la espalda al artista y en pie junto á la mesa de trabajo, ordena planos y papeles.

Los pasos de Marco Fortis que entra y sale de su habitación, poniendo también en orden ropas, cajas, mantas, correas y pequeños artefactos de última hora, para el viaje, miden, más que interrumpen, á intervalos monótonos, el silencio embarazoso.

Sobre la mesa del artista hay un jarro con rosas.

Marco Fortis ha entrado en su habitación.

Mónica Poldo está sola, en el taller.

Furtivamente lleva su mano á las rosas: las coge en un puñado, las oprime y aprieta con furia, deshojándolas: abre la mano: caen las flores muertas sobre la mesa: Mónica Poldo se lleva con avidez la mano al rostro y aspira, estática, todo el aroma de las moribundas.

## VI

Lívida, el alba, desflora como una fosforescencia, á través del ventanal, las nubes lejanas.

—¡La aurora del viaje, Marco!—dice Mónica,—volviéndose hacia el artista,

que ha acabado de ajetrear, que ha tenido un gesto de cansancio, y que finalmente se ha sumido en una otomana larga, en un rincón.

—¡Mónica!—gime más que articula el Constructor—¿por qué mandarme solo, por qué este viaje horrible? ¿qué queja tiene V. de mí?... ¿dejé de servirla alguna vez? ¿tuve rebeliones absurdas? ¿no fueron de V. las energías de mi cerebro, las criaturas de mi alma, los poderes de mi mano?

Mónica calla.

Marco Fortis cierra los ojos en su otomana para imaginarse más solo... Agradece á la mujer aquel silencio piadoso que le permite ir continuando sus lamentaciones.

—¡Mónica! ¿Dejé de estar sumiso alguna vez?... ¿y tomó V. el tributo de esclavitud de mi arte para jugar con mi corazón de esta manera?... ¡Las obras! ¡Roma, el Imperio, las provincias, qué me importan!...

—¡Marco!—grita imperiosamente la mujer.

El artista se ha callado. Rebulle en la otomana, quejumbroso como una bestia sumisa que oye crujir el látigo del domador.

La veneciana sonríe de una manera inefable. Se acerca á la otomana; se sienta en ella. Vuelve á colocar su mano



sobre el hombro del artista y suavemente, sin que él oponga resistencia le obliga á reclinar la cabeza contra su corazón.

—¡Mónica!

—¡Chist... silencio, silencio y juicio, pobre niño!... ¡y yo me ofendía!... Yo era capaz de ofenderme al escucharle... ¡Pobre niño grande, pobre grande hombre sin experiencia, que pierde mi sombra, mi protección, mis solicitudes y con un gesto de pánico, volviendo á mi ambas manos, me grita: ¡ven! ¡no me dejes! ¡tengo miedo! ¡Egoísta, como todos los niños, egoísta! ¡pobre Marco! ¿qué va á ser de él en esta separación? ¡Pobre alma-príncipe, hecha á vivir en el lujo y la opulencia de sus ideas-flores!... ¿ves ahora que hay garras en el mundo, ves que hay puñales en las calles, ves que hay fango, ves que hay sangre en el camino?...

Marco Fortis medio tendido en la oscuridad de la otomana, medio recostado en los brazos de Mónica Poldo, creía estar soñando... Le sorprendía el abandono aquel en la mujer que no le había permitido jamás ni el asomo de una galantería. Le daba miedo (y le encantaba al mismo tiempo), aquella seguridad con que ella iba leyendo en su espíritu, haciéndole más llevaderas sus angustias, desde que, al darles forma,

parecía que se las quitara con los labios de encima del alma.

—¡Mónica!—dijo dulcemente, cogiéndole una mano y tratando de besarla.

—¡Lejos!—gritó la patricia, irguiéndose con un salto de tigre.—¡Lejos!

La mano y el brazo tendidos agrandaban la figura.

Marco Fortis estuvo á punto de arro-  
dillarse.

Pero el mismo aturdimiento que le produjo el inesperado desenlace de aquella escena incomprensible, le clavó inmóvil, en su sitio.

—¡Perdón!—murmuró.

—¡Perdón, perdón, perdón!... ¿no sabes otra palabra, miserable? ¡Lejos, lejos! esta vida no puede, no podía continuar. Lo hecho está hecho... ¡Y es mejor así!

Una imperceptible turbación interior —¿ira? ¿contrariedad? ¿orgullo ofendido?—hacía chocar unas con otras, en la boca de la veneciana, las perlas de sus dientes.

—Tengo frío... el frío de la madrugada. He perdido una noche, una noche inútil por V., Marco. ¡Qué V. mismo pueda perdonárselo un día; como yo trataré de perdonármelo!

Le tendió la mano.

—Gracias á Dios, esto concluye—dijo—  
al sentir sobre su piel dorada, el beso

respetuoso y tímido que Marco dejaba allí, en señal de despedida.

—Mi recuerdo le acompañará unos días todavía. He dispuesto por mí misma en nuestro yate la cámara que va á ser suya... Mi *solicitud maternal* no se desmentirá un momento, pobre niño... ¡Corra usted mundo, solo!... ¡Sufra, llore!... Grande hombre, grande hombre... aprenda á ser hombre una hora sola... ¡y recuérdeme, al sentirse barro!

—¿No hemos de vernos más?—sollozó casi Marco Fortis.

—Como hoy nos vemos, nunca más.

—¡Mónica!

—¡Oh, este nombre con la mansa inflexión que V. le dá, me pone furiosa! En adelante, Fortis, cuando trabajando en la labor que ha de ser mía, piense usted en mí, y quiera darme un nombre que me encierre toda, diga enérgicamente, como su martillo de obrero, cuando muerde el marmol: ¡Imperio!...

No supo el Constructor qué responder.

Ella le miró un rato todavía, como para acabarle de aniquilar con su mirada.

El estaba rendido de las contradictorias emociones. Se perdía en una incompresión angustiosa y torturadora.

Mónica Poldo, volvió á tomar la lámpara, sonrió triunfalmente, y como el

destino después de haber dictaminado, salió del taller, llevándose la luz y los consuelos.

. . . . .  
Marco Fortis se dejó caer en la otomana, se llevó las manos al rostro y sollozó.





## CAPÍTULO QUINTO

### I



así nos había llegado á España, hacía unos meses, Marco Fortis, con una aureola de artista aventurero y nómada, de gran constructor, de gran innovador, de gran mantenedor de los destinos de la Raza.

La solicitud de la incomprensible Embajadora iba sembrando su camino de flores, desde lejos, Las embajadas operaron. La de Italia, dióle, en Madrid, una fiesta, agrupando en torno al hijo errante, cuantos nombres tenían algún prestigio como representantes de la nobleza de la sangre ó del cerebro.

Los periódicos, hábilmente manejados por manos expertas, describieron en

distintas ocasiones con prolija abundancia de detalles, la misión sobre-nacional con que venía á España el Arquitecto. Resucitáronse viejas declamaciones sobre la unión de todos los pueblos latinos, en una iniciativa común y soberana, parabolóse en grande y, aunque, á decir verdad, no pasó de una reducida minoría la que siguió con interés el ruido aquel, Marco Fortis pudo beber á grandes sorbos, en un soberano deliquio de apoteosis, el vino de la vanidad, dulce á los italianos, dorado por el sol de España.

Recorrió con avidez curiosa la península. De cuando en cuando recogía en los hoteles, en los oscuros paraderos de provincia, en los sitios más inverosímiles y cuando menos lo esperaba, cartas á su nombre, donde una mano vigorosa y dura, había escrito en recios trazos: «No olvidar la obra. El tiempo pasa, criatura del Imperio». Y más abajo: «No me escriba V.; no quiero saber nada de usted: viva, trabaje».

## II

Estas cartas solían dejar malhumorado á Marco Fortis.

Poco á poco fué derivando de ellas, en la conciencia del artista, un estado luminoso y clarísimo.

Había leído, una tarde, en el patio de los Naranjos, en Córdoba, unas páginas de la acaramelada España del bien intencionado D'Amicis... Unos muchachuelos brunos, dorados, armoniosos en su complexión de estatuas proporcionadas y enanas, jugaban cerca de él... Mujeres acudían á la fuente, con rosas y claveles en el pelo. Mediaba mayo.

El calor del día se evaporaba crepitando, suavemente, en el deliquio crepuscular.

Del alma del artista en aquella inmensa paz que rayaban risas infantiles y charla de mujeres, se desprendían también, como evaporándose, las nieblas de su vida, las oscuridades, los prejuicios, los alambicados artificios, que la corrupción, la vejez de las razas, la intelectualidad aridísima, el arte y la labor enjuta habían depositado sobre su armazón humana.

Siete meses llevaba el artista, en vacación de toda práctica intelectual recorriendo un dulce país semi-salvaje.

Aplicóse, con tenacidad, desde el primer momento, al estudio de nuestra lengua. Y fué hada bienhechora la gramática, sumiéndole en un estado de beata inconsciencia y trayéndole, como á los niños, con la novedad de las palabras, un poco de la novedad perpétua



de las cosas, espléndido tributo que en el espacio brevísimo de aquellos pocos meses, le había servido para hacer la revisión total del mundo y de las ideas generales.

Nacía en él un hombre nuevo.

Y el artista se sentía tan bien en aquella novedad radiante y expresiva, que no hubiera querido, por nada del mundo, salir de su estado de beatitud y formación.

Desgraciadamente, las órdenes imperiosas de la Embajadora eran como la argolla de oro que venía á morderle los tobillos, recordándole, en las libertades de su nueva iniciación humana, la cárcel de su destino irrevocable.

Y haciendo aquella tarde una ilación de imágenes, como lo pedían su idiosincrasia de artista, y la viva influencia fantástica del sitio en que se hallaba, el Constructor vió claro.

### III

Sí; vió claro en su destino. Vió claro en las dulzuras y en las crueldades de esfinge de Mónica Poldo. Vió claro en aquellas órdenes breves, conminantes, intolerables. Vió claro en su última noche veneciana: en aquella noche cuya descomposición ilógica, llevaba todavía dentro de su alma como una pesadilla.

¿Hay alguna lectora, entre las que la casualidad nos depare, aficionada por curiosidad un poco natural y un poco malsana, á penetrar en las inextricables malezas de una alma compleja y masculina? Yo la invito respetuosamente á no pasar de largo por estas páginas sinceras. Yo la insto á hacer prosélitos entre las de su sexo, á esta lectora privilegiada y curiosa.

Se quejan con frecuencia las mujeres del abandono en que las tienen sus hermanos, sus maridos, sus amantes. Pero, por otra parte las mujeres suelen ser simplistas y poco pacientes. Tienen formada del hombre una idea convencional y no le siguen fuera de ella. Condenan lo que sale de su círculo comprensivo y no saben que la mayor parte de las veces, pierden lo mejor, privándose de aquello.

Es extraño en vosotras, dulcísimas mujeres, porque yo os he visto muchas veces, en tardes luminosas, comiendo una naranja, aplicar los labios excitados y golosos al zumo que resbala por los dedos y por la muñeca, despreciando, por menos dulce y menos sabrosa, la pulpa y carnadura.

El hombre será vuestro del todo, cuando le conozcáis del todo: no os asusten las complicaciones, las sinuosidades del alma, los laberintos oscuros de su con-

ciencia: hay luz en vuestros ojos para andar á seguras, por los sitios más horribles.

#### IV

Marco Fortis pensó, aquella tarde:

«Grave tragedia la nuestra, Mónica Poldo, porque no tiene desenlace. Hemos pecado. Hemos llevado nuestras almas, por caminos tortuosos y violentos, á un sitio de martirio eterno, porque allí no puede entrar el amor para unir las y redimirlas... ¡El amor!... ¿qué sitio le hemos reservado, qué facultad guarda su lámpara, qué potencia mantiene sus aras en nuestro espíritu y en nuestra vida?... ¡Triste Mónica Poldo!... ¡triste deformación de un alma grande, criatura de hoy, mujer sin lágrimas!... ¿Y es esta nuestra obra?... Veo en tí el ápice culminante y doloroso de la tragedia actual, Mónica Poldo. Todo tiene sitio en nuestras almas: toda energía la hemos llevado al extremo de su potencialidad, toda fuerza se ha hecho una arma poderosa en nuestras manos. El hombre, casi Dios, se yergue complejo sobre la tierra, reduciendo sus misterios, arrancándole sus tributos violentamente, para decorar su alcázar imperial. Hemos triplicado la velocidad de nuestro destino. Una pasión insaciable

de dominio nos ha encendido las entrañas, volatilizando su fervor humano.

La vida moderna ha escrito su cifra en la página del tiempo mezclando cosas fútiles y cosas descomunales, todas llevadas al ápice de su potencia: velocidad, internacionalismo; aviación, imperio, radio, anarquía... ¡Mascarada siniestra!... ¡Ensayos de divinidad humana, sobre un fondo de crímenes y sangre!

Mónica Poldo, tú, que eres de hoy, ¿estás contenta?... La ansiedad, la fiebre, la insaciable velocidad necesaria ha quitado los estorbos. Los sexos, en una orgía inversa, en una represalia indomable del amor, han lanzado un grito de pánico, muriendo... ¿Qué horror es éste?...

«Hagamos nuestra personalidad...»  
«Levantémonos sobre los demás:» «armémonos del látigo para encontrarnos con mujeres...» Estas incongruencias satánicas han sido el aborto de una civilización demasiado vieja, demasiado gastada, para llegar al parto feliz de lo futuro.

Mónica... ¿crees qué no te veo? ¿qué no te entiendo?... ¿qué no te odio?... ¿qué no te compadezco?

## V

«Yo, mejor que tú, porque soy hombre,—¡hombre!—¡Qué dolorosa crispación tienen todas mis líneas de carica-

tura humana:— porque soy lo que llamamos un hombre, sé lo que ha hecho del amor la vida moderna.

Yo sé que no ha entrado en ella sino por los bajos del espléndido edificio. Yo sé que hacemos ciencia, que hacemos arte, que hacemos filosofía en las alturas y amamos en los sótanos, á duras prisas, con una brutalidad más refinada que nuestros antiguos, porque somos capaces de comprenderla y despreciarla.

Para simplificar la marcha del mundo, para apuntarnos doble cifra de velocidad,—quimera senil—hemos dado á la humanidad un patrón único.

Con la mano sobre mi corazón, juro que no he creído en el amor desde que vivo. Ni cuando á solas contigo en mi taller Mónica Poldo, mis ojos se velaban y mis labios murmuraban quejas infantiles, ni cuando lloré la noche aquella extraña de nuestra separación, creía en el amor.

¿Sabes lo que para nosotros quiere decir el amor? Carne... No pasa más allá de esta miseria el ansia de la moderna personalidad aislada y triunfante.

Mónica Poldo, jamás tu orgullo patrio pondrá en mis brazos esta trivial ofrenda de serrallo.

Y desde que hombres y mujeres, en la

sequedad cordial y furiosa de nuestra vida, no podemos hacer que nuestras almas se comuniquen por el amor, ha venido el ansia odiosa y tiránica de la moderna vida intelectual á darnos labios de vampiro, para asomarnos furiosos los unos á las almas de los otros, sustituyendo al mútuo sacrificio gracioso, la dominación ardiente y exclusiva; á la tributación sentimental, la ley del despojo ávido: al amor, el odio: á la paz de dos personalidades que se funden floreciendo, el ansia de una personalidad que aspira á imponerse.

Me pides obras: te ruborizarías del gesto de Ruth, bíblicamente dulce.

## VI

«Yo soy como he salido, á duros golpes, en la lucha por la vida. Potente en las creaciones bárbaras y fieras, que me pide mi tiempo jadeante... Pobre, según tú dices, echándome en cara lo que es tu propia obra acaso, como un niño; ignorante y tímido, en la complexión humana de mi alma, como un adolescente...

Le he dado á mi sed de amor el pasto prematuro y trivial que la civilización puso en mis manos: la prostitución desenfrenada, alternando con la prostitución legal...

Todo esto queda tan lejos de mi alma que mi corazón es virgen y morirá con sed.

Tengo tanto miedo á estarme á solas con mi corazón que me odia, Mónica Poldo, que, en todas las ágrias circunstancias de mi vida, he bendecido esta carrera vertiginosa, característica de nuestro tiempo, que es la forma social de nuestra fiebre.

Viajes, círculos, juegos, congresos, problemas, campañas, fiestas, deportes, ascensiones, travesías, luchas, espectáculos, concursos, exposiciones, tráfico: el hombre busca al hombre huyendo de sí mismo, descontento; en el alarido de la aglutinación social hay el grito exasperado de una personalidad potente que trata de acabar con todas las demás: por este camino vamos á un punto de civilización tan definitiva que el último campeón del mundo en el record de la mundialidad, con la manivela de alguna máquina futura y prodigiosa aniquilará á toda la humanidad adversaria, nuevo Caín y nuevo César, matándose después en el cansancio, en el hastío, en el odio y en el asco de sí mismo».

## VII

«Y tú, forma suprema y admirable de esta vida torturada, falsa; y yo su criatura, su víctima, su sacerdote, por



una fatalidad de las funestas circunstancias, nos hallamos frente á frente...

Tú debes amarme, Mónica Poldo, yo te habría amado si en mi corazón no fuera el amor una lámpara sin óleo.

Yo sufro tu *sugestión*, casi tu *hechizo*: recurro á todo el arsenal de teorías patológicas con que vamos limitando los modernos las operaciones del amor.

Tú te erijes en dueña mía, en soberana mía, en mi dictamen, en mi Imperio...

Has debido sufrir Mónica Poldo... En ocasiones debes haber maldecido, jadeante como las panteras en la arena del desierto, del complicado y genial constructor que sentaban á tu lado, en lugar del hombre, la ciencia, el arte y la modernidad.

Sí; ahora recuerdo alguna de estas maldiciones tuyas, Mónica Poldo, pantera en el desierto.

«Perdón, perdón, perdón—¿no sabes otra palabra que esta, miserable?»

No, Mónica Poldo, no sé otra: porque la misma ley de vida que nos dice trocando con todas las ansiedades de nuestro tiempo «dominio», nos dice, para garantizar y hacer posible este dominio mismo, «esclavitud».

Nuestra moral está entera en estas dos palabras: tiranos cuando nos dejan, esclavos cuando nos tiranizan. Y toda

nuestra despreciable vida espiritual es un flujo y reflujo de estas dos bellasquerías.

Ni más soberbios déspotas, ni más bajos canallas que nosotros han existido nunca.

Hemos perdido la llave de oro de los milagros espirituales.

Hemos hecho el espíritu á imagen de la carne.

Mónica, te hastiaba mi sumisión y al mismo tiempo relampagueabas imponiéndola. Te contrariaba mi silencio y me habías tú misma cerrado los labios del alma.

¡Ah, Mónica Poldo, criatura desdichada!... ¿no era nuestra vida un encanto de modernidad?...

Teníamos, para los ratos de amor, tú, las corrupciones de una sociedad donde lo puede todo el oro; yo, la grasa Catalina que hechiza y hace sabio á Gabry. ¿Por qué has deseado más? ¿por qué yo mismo, casi á gritos, como un niño, perseguía fantasmas dulces?...

Dos sencillos boyerizos de la Etruria, en nuestro caso, la noche de nuestra despedida, habrían encontrado naturalmente el abrazo bucólico y eterno, que les habría llevado á fundir en el amor sus diferencias...

Pero nosotros... ¡estamos tan lejos de ese gesto atávico!...

Ni tú lograste inspirármelo; ni yo supe encerrar en él aquella lucha encarnizada y fraccionaria.

Tú necesitabas de una boca, donde, á todos los orgullos de tu estirpe, se unieran fuerzas para contentar largas generaciones de privación, de ausencia de amor y de maceramientos...

Yo, en los aguzamientos de mi supra-sensibilidad, me he vuelto insensible á la monda inexpressión del pobre gesto humano. Habría necesitado, para comprenderte, de un gesto alambicadamente impositivo y luminoso, en cuya significación tronaran, reunidas, todas las expresiones agudísimas que he puesto en todas las formas delicuescentes de mis obras y una expresión sintética y mayor en que cupieran todas.

Pero tú y yo solos, tú, mujer sola, yo, hombre apenas, perecimos, anegados en la inundación de nuestra vida cerebral.

Hiciste bien el día que decidiste separarme de tu lado, librarme de tu presencia, Mónica Poldo.

Tu instinto maternal, *única fuerza femenina que todavía sobrenada en el naufragio moderno de la feminidad*, te inspiró mi salvación.

Porque la espantosa tragedia que se estaba levantando entre nosotros, aunque tal vez la hubiera resuelto el beso de los boyerizos, por el camino que nos-

otros habíamos emprendido más allá del beso, no tenía solución.

O la tenía sangrienta.

Mónica Poldo, adiós!...»

## VIII

Callaba el aire, en el patio de los Naranjos, después de este difícil soliloquio...

A Marco Fortis parecióle entonces regresar de un viaje... La comparación no es exacta... El creía que, si alguna vez el Fausto legendario había tenido vísceras en sus entrañas y carne de realidad sobre sus huesos, al encontrarse, después de su entrevista y del pacto fatal con Mefistófeles, joven y ya, sin ver á Margarita, enamorado de ella, debió experimentar una sensación exacta á la que á él, Marco Fortis, el Constructor, en el instante aquel, le dominaba.

## IX

Salió á la calle... ¿no conocéis Córdoba?... No sabeis lo que es ausencia de fiebre, beatitud civil, encantamiento, áureo reposo, leyenda amortiguada de ciudad...

Para su fatalidad cuando, en aquella rara ingravidez de espíritu, tarde ya, en la noche, después de recorrer la vega, á caballo, penetraba en el patio, con claveles y agua, de su hotel, Marco

Fortis, viendo un sobre con su nombre, leyó en él estas líneas:

«El Mediterráneo espera tu obra. ¿Duermes?... Serás capaz, semi-dios odiado, de convertirte en hombre despreciable. Sería una infamia que no toleraré bajo mi Imperio.»

Por la primera vez le hicieron sonreír estos renglones... ¿Qué tienes, España, en tus gongorismos, de reposadamente sobrio y natural, que das en seguida el sentido de lo justo, de lo medido, de lo verdadero?...

La voz de Mónica Poldo sonaba á hueco en la dormida Córdoba.

## X

Ignoramos porque última sumisión involuntaria de su espíritu hechizado, al día siguiente, Marco Fortis, como si obedeciera á la voz de su destino, y á pesar de sus sensatas reflexiones del Patio de los Naranjos, interrumpió su viaje y se trasladó al Mediterráneo.

Llevaría un mes recorriendo aquellas costas, cuando en una siesta, por un modo intempestivo, la casualidad puso aquella alma compleja en el camino de Agueda Pía...

Recordemos que los perros, como si presagiaran una desgracia, ladraron toda la noche desde el promontorio.





## CAPÍTULO SEXTO

### I

**E**n el cuarto de Agueda Pía, la ventanita de los cristales cuadrados y de los geranios, tiene por dentro unas cortinillas blancas, de tul, á pliegues, muy planchadas, muy huecas, como si más que un valladar al sol, fueran un juego maravilloso, una especie de espuma que hiciera la luz al chocar con los cristales bien bruñidos.

Esto dá al cuarto de Agueda Pía una semi-veladura de paz en el resplandor, muy en consonancia con las timideces, infinitamente sensibles de su alma.

Agueda Pía no tiene la costumbre de saborear, en esta hora de sol, la calma bienhechora de su cuarto.



Por el corredor ha golpeado la puerta del cuarto de Mamá Dolores, que, ahuecando los postigos verdes, debe dormir en paz su siesta habitual.

También Agueda Pía se disponía á su habitual descenso á «Las Termas».

Pero se ha detenido en el umbral mismo de la puerta.

¿Por qué?

Ha vuelto á su cuarto... Melancólicamente ha soltado el lazo liviano y grande del chal azul obscuro que, por una rara casualidad, se puso esta tarde á la cabeza.

Ha dejado su sombrilla blanca en un rincón.

Y, sobre su mesita enana donde se amontonan libros, ha buscado uno.

Finalmente, y después de un rato de vaguería muda, en que sus ojos grandes y negros tenían una mirada ausente, se ha sentado en un sillón de junco, con almohadones blancos y ha abierto su libro.

Es una vieja novela italiana... ¿Por qué, italiana?

En el lomo hay este título dulcísimo: «I promessi sposi».

## II

Por el sendero que va del pueblo al Pico, los dos perros un poco impacien-

tes, como si notaran la tardanza de su dueña, triscan.

Y por el sendero también, en la cristalización meridiana de la luz, viniendo del pueblo, avanza Marco Fortis.

No ha vuelto á pensar en su encuentro de ayer.

Recuerda vagamente, al pasar por delante de la Casa Blanca, la blanda majestad de aparición con que le sorprendió en «Las Termas» —debía ser ayer, debía ser á estas horas— la mansa figura de Agueda Pía.

Tal vez por esto, Marco Fortis aviva un poco el paso.

Pero los dos canes, como si cumplieran en ello una consigna, se han puesto en el centro del sendero, tienden rígidamente las patas delanteras, como afianzándose para un ataque, y, furiosamente, ladran al extraño, cerrándole el camino.

### III

En su sillón de juncos Agueda Pía, cerrando el libro, piensa:

—Despertarán los perros á Mamá Dolores...

Y se ha levantado.

Iba á salir; pero se dice:

—Ladran al forastero de ayer... No salgo.

Efectivamente, vuelve á ganar su cuartito y su mano blanca sube á la altura de su pelo negro, en un gesto consuetudinario suyo, para disponerlo mejor sobre su frente.

Una furtiva mirada al espejo la convence de que todo está en perfecta compostura.

Los perros no callan...

—No puede ser; no puede ser... ¡Pasa por todo, Agueda Pía!... Mamá Dolores debe descansar.

Y la mujercita se dice esto á sí misma, como para justificar la precipitación con que ha vuelto á cubrirse la cabeza con el chal azul, ha vuelto á prender la livianísima lazada debajo de su barba fina, un poco redonda, y ha vuelto á salir de su cuarto: esta vez, definitivamente.

#### IV

—¿Qué tienen esos perros? — ¡Oh, perdón!

—No; por favor, señorita, no me deje usted; le pido auxilio.

Agueda sonríe. Ella misma se asombra de aquella serenidad inexplicable, que la hace bruscamente dueña de la situación.

—¿Le dan miedo mis perros?

—Miedo no; pero soy incapaz de ha-

cerles daño y me tienen sitiado en el sendero hace ya rato.

—¿Va V. á «Las Termas»?...

—Quería ir; pero ya estaba renunciando.

Al ver salir á su dueña, los perros sumisos han venido á colocarse á su lado y roncan, de vez en vez, lanzando á Marco Fortis miradas amenazadoras y hoscas.

—Ahora, continúa el forastero, con una calma que contradice la expresión un poco artificial, de su léxico aprendido en libros, me apresuré á pasar.

Y sigue quieto.

Bien es verdad que ambos perros roncan, apenas intenta un movimiento.

Por decir algo, Agueda Pía, viendo en las manos de Marco Fortis una cajita parecida en todo á las que usan los pintores en el campo, le pregunta:

—¿Es V. pintor?... Suelen venir algunos á estos sitios.

—Soy arquitecto, señorita.

Y en seguida, inclinándose, con perfecta urbanidad:

—Marco Fortis, italiano, para servirla á usted.

El constructor esperaba que la mujercita manifestara una cierta sorpresa de hallarse hablando con Marco Fortis en persona. A Agueda Pía le satisface en su interior que aquella persona se

llame Marco Fortis, porque este nombre le es eufónico.

Ha cruzado los brazos á la altura de su talle nobilísimo y dice:

—También era italiano el arquitecto que empezó «Las Termas».

—Son una hermosa obra; aunque la mayor parte de su encanto está en el sitio y en las extrañas ruinas que hizo el tiempo de lo que nunca fué edificio.

—Justamente... También á mí me gustan por eso...

—Ya noté ayer que más que la obra le interesaba el sitio.

—¿Cómo pudo notarlo?

—No miró V. ni un momento las columnas: no apartó sus ojos del mar.

—Aunque lo tengo tan visto, no me cansa nunca.

—¿Va V. con frecuencia á «Las Termas»?

—Todos los días, á esta misma hora...

Lo había dicho Agueda Pía sin pensar.

Pero Marco Fortis, sinceramente cohibido, observó:

—Entonces yo... tal vez estorbo.

—¡Oh, de ninguna manera!...

Agueda Pía estaba encendida: truncó el diálogo...

—¿Va V. á tomar una nota de este sitio?

—Eso pensaba...

No era cierto. Sino que, en aquel momento y á decir verdad, Marco Fortis no sabía de una manera precisa á qué iba á «Las Termas».

Agueda Pía sonrió. Había vuelto á recobrar su calma.

—Le dejo á V., entonces.

Marco Fortis saludó.

La muchacha se dirigió á sus perros:

—¡Catma! ¿eh?... Al señor no se le ladra... ¿entendemos? ¡Ah!—Mamá Dolores duerme.—¡Basta, Yap!... Y además, el señor es un amigo...

Los perros callaron ..

Marco Fortis, admiraba, de pie en el sendero, la inefable blandura de aquel escorzo de mujer, que se había inclinado elegantemente para hablar á los perros.

Irguióse, después de acariciarles...

Como la abundante negrura de sus rebeldes ondas se le había desplomado, al inclinarse, sobre la frente, Agueda Pía tuvo que llevarse otra vez la mano blanca á la cabeza, para componerse el pelo. Fué un gesto oportuno, porque entonces sí que estaba encendida.

Sencillamente y con los ojos todavía cubiertos por su mano, dijo á Marco Fortis:

—Buenas tardes.

El arquitecto creyó que Agueda Pía iba á tenderle su mano y preparó la suya.

La mujercita, adivinando el movimiento, no quiso que tuviera Marco Fortis aquel gesto izquierdo y entonces, apresuradamente, le alargó la diestra.

Pero el Arquitecto, entre tanto, había corregido la intención y ella y él, los dos indecisos, los dos cohibidos, no pudieron evitar una sonrisa y un rubor, en la deliciosa, inelegante y simpática torpeza de su despedida...

Volvió á dirigirse Agueda Pía hacia la Casa Blanca.

Recuerda que hubiera querido volar en el momento aquel. Pero extremó la calma y majestad del paso, precisamente porque adivinaba que, á su espalda, ávidamente y acaso maliciosamente, las miradas del forastero la seguían.

## V

Marco Fortis quedó un rato, fijo en su sitio, la cara vuelta hacia la lejana puertecita de la casa, cuya vacía obscuridad le parecía el último suspiro de una ilusión muerta, desde que en ella se sumió la blanca aparición de Agueda Pía.

Fausto volvía á cantar en el corazón de Marco y varias veces derramó por el ávido paisaje miradas circulantes, como si buscara á Mefistófeles.



—Los perros, aquellos perros gruñones que debían llevar el diablo en el cuerpo ¿por qué no venían ahora?

Nada. En la limpidez cristalina del aire, temblaba, á flor de tierra, dañando los ojos, la evaporación del humo.

Se oía el golpe acompasado de unos remos... En la curva de la bahía luminosa, más allá del Pico, una menuda barca, negra en la luz, atravesaba el agua serenísima, de un azul litúrgico.

Y en aquella calma fervorosa pensó Marco Fortis fervorosamente:

—Ella ha dicho á sus perros: «el señor es un *amigo*».

También era amigo de Mónica Pol-do... Al cabo ¿qué cosa más común que la amistad?

Pero á Marco Fortis, aquella palabra, dicha en aquel sitio, por aquellos labios un poco lascivos, en la honestidad del rostro, y de aquella manera tan humana, tan jugosa, tan vital y hasta tan sensual, hablando á unos perros, le había producido una sensación inexplicable, nueva, viva.

Esta amistad que los mismos perros entendían porque se habían callado, estaba hecha de cosas que, hasta ayer, no tuvieron valor para Marco Fortis: miradas, rubores, torpezas, simpatía física, caricia del mismo aire que lleva á un cuerpo los efluvios del otro, intimi-

dad de llenar al mismo tiempo un hueco en la luz, ausencia total de conocimiento, de reflexión, de relaciones ideales. A Marco Fortis se le antoja esta amistad la fuente de una nueva vida.

Está á punto de bendecirla como un don de la naturaleza; como la salud.

Porque nada ve en ella de que pueda recelar, como de su amistad con Mónica Poldo.

Orgullos, ambiciones, intereses, artificios, intelectualidad... ¡qué lejos está todo eso de la que ya, para calmar los gritos de unos perros, le ha llamado amigo!

Y camino andando, hacia «Las Termas», Marco Fortis, aprieta involuntariamente el paso en el ansia de llevar el compás de su marcha, pronunciando esta palabra de virtud desconocida:

—Amigo... amigo... amigo... ¡su amigo!





## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I



LA cocina de la Casa Blanca, tiene para el orden y la comodidad mayor de su servicio, puerta al campo.

Esta puerta, un poco alta, se calza con dos limpios peldaños de pizarra. Hay, á un lado, un escaño alto, hecho también de pizarra y mano de obra. Y en la punta de este escaño largo, un grifo enorme de cobre, figurando una cabeza de delfín, se abre sobre un pilón ancho, de piedra.

En casi todas las casas del pueblo podréis ver el mismo escaño éste, junto á la puerta, con agua ó sin agua, que sirve para rajar, limpiar, cortar y escamondar el pescado, recién salido del agua.

El escaño de la Casa Blanca, tuvo fama en otros tiempos yendo á morir sobre él los mejores dentones, los salmonetes más recios, las langostas más negras, y los lenguados más finos que se pescaban en el golfo.

En el último peldaño de la puertecita, sentado cómodamente y fumando en pipa trozos de cigarro que él llama *charutos*, se pasa las mañanas el viejo Chopo, mientras su mujer, Mari-Pepa — una levantina enjuta y dorada, de cabellos grises, con cara de sibila nobilísima — ajetrea y manipula por lo interior de la cocina.

El viejo Chopo, cuando no se ofrecen más duros menesteres para el orden y mantenimiento de la casa, astilla leña, remienda viejas sillas ó tuesta café en un menudo hornillo ahumado que él conoce y que hace girar beatamente, sonriendo, en las mañanas claras, radiantes los ojos y el espíritu, al penetrante cosquilleo de aquel aroma fuerte, en una resurrección de viejos recuerdos juveniles, cuando sus largas correrías y sus largas aventuras por tierra colonial.

## II

Generalmente el paisaje, por la parte de la cocina, no tiene más vida que la que le presta la nervuda y sóbria ma-

jestad, ya un poco senil, del viejo Chopo.

Pero, en los grandes días, para las grandes circunstancias, la puertecita enana de la cocina se engalana de una inusitada animación, como un farol que se encandila.

Señorita Agueda Pía, con un cumplido delantal azul de tela recia, que le cubre las faldas, el pecho y la espalda, dejando al descubierto, hasta un poco más allá del codo, sus brazos de nieve, sale á la cocina.

El viejo Chopo deja su ordinario asiento, redoblando de oficiosidad paternal y bonachona, para agasajarla, cumplimentarla y ayudarla en todo lo que hace.

Mari-Pepa desde la cocina se da á gritar gritos furiosos riñendo á su marido, que no le parecería que sirve con puntualidad á ñita Agueda Pía, aunque tuviera treinta manos.

Agueda Pía suele reir toda la mañana á grandes risas de las disputas de los dos esposos. Cabalmente, la línea de colinas enanas que forman la costa, tiene un eco triple en aquel sitio y las carcajadas de Agueda Pía, ruedan por aquellas serenidades inalterablemente, persiguiéndose las unas á las otras, como bandadas de canarios en el aire.

## III

El viejo Chopo es un hablador incorregible.

No deja de poner comentarios á las manifestaciones de su joven dueña, mientras va ayudándola y, acaso por eso, á Mari-Pepa, desde la cocina se le tuestan las sangres y grita, creyendo que su marido, mientras habla, descuida la faena.

Mari-Pepa, muy habladora también, no puede hablar y trabajar al mismo tiempo. En tal extremo que las pocas veces que en su vida probó á rezar el rosario tuvo que desistir de ello porque los dedos se le atascaban en la primera decena. Ahora busca á Mamá Dolores, que sabe pasar cuentas, mientras las dos rezan.

Por esta razón, cuarenta años de matrimonio y vida en común no han bastado á convencerla de que el gran camándula de su marido, con lo cerrado que es de entendederas, porque eso ella lo sabe, se las componga tan perfectamente para hablar y trabajar al tiempo que habla.

—¿De modo que hoy tenemos mesa grande, ñita Agueda Pía?

—¡El cuchillo para el pescado á la señorita y calla, hombre de Dios! —grita Mari-Pepa — desde la cocina...

—¡Si lo tiene ya, mujer; acabo de dárselo!

—¡No es posible; hablabas; te estoy oyendo!

—Sí, Mari-Pepa, sí; ya tengo el cuchillo; no te apures.

—¡Aunque me lo juraran!

Y Mari-Pepa sale al marco de la puerta á convencerse de que, ñita Agueda Pía, como ella es tan buena, no le esconde las faltas del marido.

La señorita, muy metida en faena, después de abrirle bien el vientre, rociándolo en el caño de agua hasta que brota limpia como sobre marmol blanco, está escamando un soberano denton, de casco, papada y cogote morados, azules, verdes...

El viejo Chopo hace una mueca á su mujer.

Y la enjuta Mari-Pepa, con su dignidad de Sibila, casi contrariada, vuelve á entrar en su oficina.

#### IV

Media la mañana. Deben ser las diez.

Llega Talo con una cesta de langostas: las vacía sobre las losas de pizarra de la cocina: hay que escoger las dos mejores.

Entra, siguiéndole, Agueda Pía y tras esta, haciendo observaciones, el viejo Chopo.



—Son preferibles tres pequeñas de roca que dos grandes de *baho*... No se precipite; créame.

Se llama á Mamá Dolores. Hay que buscarla. Anda toda laboriosa por la casa, revolviendo armarios, sacando vajillas, viejos cubiertos de plata, vasos, cristal...

Tiene Mamá Dolores en los ojos un remozamiento picante de antiguos días dichosos de ajetreo y de festín.

En la rígida silueta, un poco ascética de la anciana solitaria, reviven luminosas las maneras de la sociabilidad que parecían somuertas...

Cantan y trinean en su cinturón las llaves, plateadas por el roce y por el uso, hadas menudas cuyos dientecitos agudos van diciendo el poema de la domesticidad.

Cuando Mamá Dolores llega á la cocina, además del Talo, aguardan dos muchachos uno con un cesto de moscateles ambarinos y gordos, otro con unas docenas de melocotones rojos, en un saco...

Agueda Pía, Mari-Pepa, el viejo Chopo, el Talo y los dos muchachos están en pie, formando círculo: en el centro de la cocina, sobre el suelo, aguardando la definitiva entrada en posesión de la Señora, y revolcándose en el gran cuadro de sol que entra por la

puerta, las langostas y las frutas, todo el mar y toda la montaña; magnífico botín.

Agueda Pía tiene ya escogidas las langostas, dos muy grandes, de antenas poderosas y decorativas.

Testarudo, el viejo Chopo insiste en su preferencia por la menuda langosta negra, de roca.

—Es más fina, ñita Pía, créame.

—¡La señora dirá!... gruñe Mari-Pepa, asaeteando con sus ojos de carbunclo, como los de algunas testas romanas, al incorregible charlatán...

—Sí, Mamá; ¡decide!

—¿Tú que dices, Nena?

—Ella... aventura Chopo...

—¡Calla...!—grita la Sibila.

En aquel punto, aparece un nuevo personaje en el dintel de la puerta, llenándola casi, y tapando el vivo sol que enardecía el cuadro.

Y Agueda Pía, acudiendo al recién venido y obligándole á entrar en la cocina, sin darle tiempo á saludar á nadie porque le trae cogido del brazo y le planta bruscamente delante de las langostas, concluye:

—No; que él mismo decida: á ver, Marco, ¿qué langostas de estas nos comemos hoy...?

Y en seguida, temerosa de que, por una casualidad, la elección de Marco

Fortis no coincida con la suya, hace observar:

—Yo escogí estas dos.

No solo escoge las mismas Marco Fortis, sino que tomándolas por las antenas, una en cada mano, y levantándolas en el aire mientras las bestezuelas tabletean, y se crispan y retuercen como dos llamas gemelas, hace su elogio...

## V

Se pasa á los moscateles.

Mamá Dolores en un rincón, después de sonreír á Marco, ajusta sus langostas con el Talo...

Este muchachito que trajo los moscateles es todavía un niño: le ríen los ojos, le ríen los labios, le ríe la carita bruna, mientras habla para contestar á Agueda Pía.

Es pequeño y bien proporcionado: se afirman en su blanda contextura infantil, fuertes, pero graciosas todavía, las líneas del hombre.

A Marco Fortis, le hace pensar, no sabe porque, en el David del Donatello.

Agueda Pía dice:

—Vamos á ver, Raminchu, ¿cuántos moscateles traes aquí?

—Ya verán Vdes., señorita: madre no los ha pesado.

—Chopo... vé; trae la romana; dí qué pesa todo.

—¡Valiente haragana, tu madre! —runrunea el Chopo.—¡Tras de que le compran, dar trabajo! ¿Tenía más que pesarlos ella...? ¡Será por falta de tiempo...! ¡Como la aguardan en el lavadero de la Huerta...! ¡Chismorreos...! ¡Los chismes y los falsos testimonios le pesaría yo, *baldragas*...!

—¿Pero no traes la romana, Chopo? ¿no dejas de hablar?

—¡Quince libras!

El viejo Chopo que, como de costumbre, ha ido haciendo y diciendo, lanza con una soberbia triunfal, estas palabras á la cara de su mujer, que se muerde los labios.

Mientras tanto Agueda Pía, Raminchu y Marco Fortis van hablando.

—Son—dice Raminchu respondiendo á una pregunta de Agueda Pía—de la viña del tío Poda, sobre Tabellera, dos cerros más allá del Manso de la Sala.

—No recuerdo ..

—Sí; donde estuvo la señorita, siendo niña, con el carro; que mi padre la llevó un octubre para las vendimias.

—¡Ahora caigo! Mira Chopo, son de la viña del tío Poda: deben ser de aquella hilera de cepas moscatel, donde el Yap botó una liebre hace seis años!

—La misma: el tío Poda lo contaba ayer...

—¡Pobre tío Poda! ¡Mira cómo lo recuerda...! Pero me dijeron que estuvo enfermo este verano el tío Poda.

—No él; su hijo. Murió, de resultas.

—¡Pobre Moisés! ¿se llamaba Moisés, verdad...? ¡Tanto como jugamos con él en la viña, el día que me llevó tu padre!

Y vuelta á Marco Fortis, que escuchaba encantado:

—Era mi novio, cuando niños, este Moisés: no crea V. La tarde que decimos... ¡Ah! ¿recuerdas, Chopo, la bandada de cisnes que pasó á la puesta por la viña...?

—¿No he de recordarla? Maté dos de un tiro.

—Es verdad: y yo te reñí mucho.

—Lloró y todo, la señorita. —No me lo diga, porque volveré á puñadas contra mí.

—¡Mal alma!—gruñó la Sibila, ensañándose esta vez, gozosa de tener razón.

—Una cosa soberbia, Marco Fortis —siguió diciendo Agueda—aquella espesa bandada de cisnes, en triángulo, como una punta de flecha descomunal, atravesando el aire. Cubrieron el sol como una nube: pasaron graznando todos y nos parecieron una tempestad.

Y en seguida, á Raminchu:

—Pero me ha dado mucha pena, niño,

lo que me dices de Moisés... Desde que cayó soldado le perdí de vista: no había vuelto á saber de él.—Aquella tarde nos hartamos de correr por la montaña... El hacía, de cuando en cuando, que se fatigaba y se dejaba coger.—¡Yo estaba más contenta!

—¿Qué te debo, Raminchu?

—No; —dijo Marco Fortis, tapando la boca al muchachuelo —no le digas nada.

Y muy serio, para corresponder al gesto de extrañeza que tenían en sus rostros madre é hija, añadió:

—Sería una blasfemia. Todo el oro del mundo no paga esas uvas; créanme.

El viejo Chopo abría tanta boca que daba vértigo mirarle.

Marco Fortis sacó al muchacho de la cocina, salió con él, le puso en la mano un puñado de monedas de plata y de oro, que para aquella gente representaba una fortuna, y le dijo:

—Escapa... Y al tío Poda, si os queda algo de esas monedas, dadle algunas, para que esta tarde, ó mañana, en cuanto pueda, lleve algunas flores á la tumba de ese pobre Moisés.

Raminchu salió corriendo, alto, en el aire, el puño cerrado con las monedas relucientes... Daba gritos, cantaba: se volvía loco.

—Pero ¿qué ha hecho V.?—preguntó

Agueda Pía, riendo, con lágrimas en los ojos, del rasgo de Marco Fortis.

—¡Una tontería más; perdóneme!— Pero es más fuerte que yo. Me están pasando en esta tierra cosas tan extrañas que pierdo por completo el sentido de la realidad.

—¡Pobre Marco! cantó, más que dijo Agueda Pía.—¿De dónde viene V. que le parecen extraordinarias las cosas naturales?

## VI

En la cocina, Mamá Dolores, ajustaba los melocotones.

Salió Mari-Pepa á recoger del escaño el enorme denton, partido á rajadas. En un barreño de barro amarillo y verde lo había dejado Agueda Pía, espolvoreándolo con sal, que daba en la luz, refloreencias irisadas.

Pasó en seguida el viejo Chopo, con unas botellas de cristal en ambas manos, á llenarlas de vino para el almuerzo en la bodega, que estaba un poco más abajo, pegada á la cabaña de las cuadras.

Hacía más de un mes que Agueda Pía y Marco Fortis se encontraron en «Las Termas».

Finalizaba agosto.

Nuestros lectores extrañarán la fran-

ca cordialidad con que, á pesar de los recelos del principio, mira Agueda Pía á Marco Fortis y la especie de llana familiaridad que le conceden los demás moradores de la Casa Blanca...

La explicación de este estado de cosas llenaría muchas páginas inútiles.

La atenta observación de los hechos que vamos relatando puntualmente, dará á los lectores la clave de la situación, sin necesidad de explicaciones embarazosas y monótonas.

Agueda Pía ha escondido, bajo el re-  
cio delantal, sus brazos blancos y desnudos, al quedarse á solas, en la descarada luz, con Marco Fortis.

## VII

—Vea V.—le dice el constructor—en esas uvas, cuando V. las muerda, dentro de unas horas, tendrá V. la imagen del rincón que las crió; los recuerdos de una tarde de infancia, el pasmo de la flecha descomunal de los cisnes en bandada, la bondadosa ancianidad del tío Poda; los cascabeles alegres del caballo tirando del carro que la llevó á la viña; el aire que pasaba caliente, por la senda, perfumado de mosto y de zarzales; la sed de hazañas del viejo Chopo; la curva crispadura de sus perros botando la liebre y el pánico del pobre



animalillo en la gran luz, sus correrías entre matorrales por el monte, el sabor de las uvas, madres de estas, que comió aquel día y hasta un poco del amor aquel sumiso y esclavo que le tuvo, para bendición de su infancia, el pobre Moisés... ¿Tiene precio todo esto...? Agueda Pía, si, durante largos años de su vida, sus cinco sentidos no le hubieran dado más que hartura y nunca espíritu, comprendería mi gesto de hace un rato. No he podido evitarlo... ¡Le deberé tanto á Raminchu y á sus uvas!

Agueda Pía, mueve un poco burlonamente la cabeza:

—¡Loco!

—Ahora, no, mi amiga, ahora no: créame V. Me voy volviendo cuerdo.

—No lo creería Raminchu...

—¿Y V...?

Agueda Pía le mira un momento, sonriendo, dulce:

—Temo que tampoco... Pero ¿qué importa? ¿Por qué ha de cambiar V...? Después no le conocerían en su casa.

—No tengo casa.

—En su familia...

—No tengo familia.

Y, ladeando coquetamente la cabeza, toda ella sonriente, intencionada, maliciosa, porque es el gran momento, concluye:

—Pues no le conocería,—prepárese usted porque voy á decir la palabra que le gusta á V.—no le conocería su *novia*.

—¿Mi novia?—No la he tenido, no creo que la tenga nunca.

¿Es cierto que Agueda Pía le ha dirigido una mirada de indignación?

En todo caso, no sin cierta bravura, como si le retara, le pregunta:

—¿Nunca...? ¿por qué?

Y con una profunda sinceridad, unida á un profundo desaliento, Marco Fortis le responde:

—Porque no sé amar.

Se ha sentado sobre una roca; ha bajado la cabeza y, con mano distraída, arranca unas yerbas.

Después de mirarle un rato compasiva, Agueda Pía, jugando con fuego, se le acerca.

Se inclina un poco para decirle, casi al oído.

—¿Lo ha intentado V. alguna vez...?

A Marco Fortis le parece inmoral con aquella amiga tan inocente, tan franca, tan alegre, tan fuerte, una mentira...

Recordando la trágica historia, abortada, de sus amores con Mónica Poldo, responde:

—¡Sí!

—¿Con toda el alma?

—Con toda mi voluntad, por lo menos.  
A Agueda Pía le empieza á doler el corazón: con tal celeridad palpita.

## VIII

Y viendo una sombra de melancolía sobre la frente, ordinariamente serena de su amigo, le pregunta:

—¿Sufre V.?

—Un poco...

—¿Tengo yo la culpa? ¿Hablé demasiado?—¡Es verdad...! Teníamos pactado no pasar de ciertos límites en nuestros diálogos y creo... ¡loca de mí...! que acabo de pasarme...

—¿Ve V., ve V., Agueda Pía, como hice bien de explicarle á tiempo la leyenda de Lohengrín...? Ya olvida usted que tengo secretos sobre los cuales no debe preguntarme.

Agueda Pía, compungida, dice:

—Es cierto.

—¿Pero lo toma V. en serio, Agueda?

—¿Por qué no?

—Porque aquellos pactos no servían de nada, amiga mía, ni mis secretos tienen el más mínimo interés.

—¿Qué nuestros pactos no sirven de nada?—pregunta la mujercita un poco ofendida.

—De nada—responde el Constructor importurbable—¿los recuerda V.?

—Veamos; quiero repetir sus mismas palabras.

—Con mejor acento...

—¡Serios...!

—Ahora me cogen unas ganas de reir incorregibles.

—¡Me enfado!

—De ninguna manera: yo me moriría.

—Pues viva V., pero oiga el pacto.

—No.

—¡Silencio, silencio!

Y Agueda Pía, contrahaciendo la cara, el gesto y hasta la voz del Constructor, con una gravedad caricatural que la hace encantadora, dice:

—«En adelante, querida amiga, prométame V. no hablarme jamás de las cosas del espíritu. El espíritu es mi enfermedad. Y como á todos los enfermos, en oyendo mentarlos, se me avivan los dolores. Hábleme V. de las cosas que se ven, que se palpan, que se oyen, que se muerden, que se huelen. Eduque usted mis sentidos y *deje mi alma en paz...*»

En la cómica gravedad con que Agueda Pía dijo estas palabras había, sin embargo, un dejo casi imperceptible de amargura.

Marco Fortis tomó la mano de ella que, en un gesto teatral, había quedado tendida en el aire y obligando á la mu-

chachita á sentarse á su lado, le habló así:

—Joven maestra mía, renovemos pactos. Decididamente los viejos no sirven. Ya ve V.; la pequeña aventura con Raminchu acaba de convencerme de que pocas cosas se relacionan tanto con el espíritu, como los sentidos. Es posible, pues, que lo que yo he tomado por espíritu, hasta ahora, no fuera más que una violenta desviación de la materia. Una cerebración deforme y nada más. No, no; en labios de V. no me arredran las cosas espirituales: decididamente, habrá que renovar el pacto.

—De sabios es cambiar de parecer, señor discípulo. Diga V., ahora, á qué nos atendremos. Porque hay una cosa positiva... ¡más positiva que todas sus palabrerías, señor Arquitecto...! Hace unos momentos, mientras yo le hablaba, ha pasado por su frente la sombra de un dolor. Hay que ver por que rendija se ha colado el muy ladino y cerrarle bien la puerta en adelante.

—Tiene V. razón, amiga, y yo se lo agradezco.

—No hay de qué, señor; pero todavía no me ha dicho nada.

—Sí... ¿no lo adivina V...? ¿de qué hablábamos entonces?

—¡De su *novia*!—dijo Agueda Pía—gozándose en perturbar, con aquella pa-

labra, que á Marco Fortis le producía deliquios de ternura y de dolor, el alma de su amigo.

El Constructor bajó sus párpados.

Calló un rato.

—¿Se ha enfadado V. de veras...?

Agueda Pía se había inclinado un poco: aquella inocente tentadora, con la audacia, que da solo la pureza, se había inclinado un poco, poniendo su cara risueña debajo de la cara de Marco Fortis, para verle.

Este tuvo un movimiento de pánico.

Se hizo instintivamente atrás. Afianzóse, con ambas manos, en la roca que le servía de asiento y dijo muy despacio, con una súplica sincera, en el temblor de las palabras.

—Agueda Pía, por piedad.—Hablemos del espíritu y de los sentidos: de lo que vemos y de lo que pensamos: pero del amor, jamás. Del amor nunca; ó, por lo menos, todavía no..

Lentamente, como quien se asoma á las negruras de una cueva ignota, y el aire frío con hosquedades de muerte ó ausencia de vida que sale de allí, le obliga á retirarse, Agueda Pía había ido apartando su rostro, del pálido rostro de su amigo, y estaba, ahora, sentada á su lado, muda, inexpresiva, los brazos caídos, la mirada perdida, en actitud hierática.

## IX

Miróla furtivamente Marco Fortis.

No encontró las palabras adecuadas al momento.

Pasó un rato. Volvió á cruzar por la explanada, la figura reposadamente monótona del viejo Chopo, regresando de las bodegas, con ascuas de oro en las botellas.

Volvió á quedar el paisaje vacío y silencioso.

Se acercaba el mediodía. Había en el fervor de la luz, en todo el alarido vital y soterrado de los gérmenes ocultos que estallaban, crepitaban, reptaban, se henchían, palpitaban, alentaban, gemían ó reventaban en la combustión serena del calor del sol, un himno tan dulce, una manifestación tan entusiasta y al mismo tiempo tan discreta de la universal vitalidad que, Agueda Pía, sintió su corazón oprimido de unas ansias indomables...

Nacieron unos sollozos, que la voluntad mantuvo ocultos en el temblor suavísimo del pecho.

Pero sus grandes ojos inexpresivos y fijos, en aquel momento, bañáronse de lágrimas.

Marco Fortis, que la estaba contemplando, perdió el sentido de las cosas.

Tuvo tan absoluto dolor de aquellas

lágrimas que se le paralizó la voluntad...

—¡Oh, no, no... *Pía, madonnina Pía...*!

Su idioma nativo acudía, naturalmente, á sus labios en la suprema emoción.

Agueda Pía, haciendo un esfuerzo, quiso sonreír.

Rodaron las dos lágrimas...

## X

A tiempo apuntaba, por la senda, la figura recia de Mosén Pedro, el cura párroco que, como Marco Fortis, se sentaba aquel día á la mesa hospitalaria de la Casa Blanca.

Gozosa de aquella liberación Agueda Pía, levantóse para recibirle.

Marco Fortis, distraído, echó á andar...

Sobrevinieron, agitando festivamente sus colas, los dos perros.

Ya le eran familiares: les acarició.

Marco Fortis estaba descontento de sí mismo. Cansado, arrepentido, contrariado.

Sintió que cerca de él, á su espalda, pasaban entonces Agueda Pía y Mosén Pedro. Irían á saludar á Mamá Dolores. No quiso volverse. Fingió estar abstraído en la contemplación del mar, porque la soledad le complacía.



Agueda Pía llamó á los perros.

Ni por ella quiso volver la cabeza Marco Fortis.

—¡Qué necedad!—Hizo mal en prometer que iba á poner la última piedra en la obra de «Las Termas»... No le habría demostrado aquel agradecimiento Agueda Pía; no le habría acogido con tanta cordialidad Mamá Dolores; no se celebraría, ahora, este banquete festivo, sobre el asco y las ruínas de su corazón. ¿Por qué permanecer tanto tiempo en estos sitios?—¡Necio!

¿Y había podido creer que se curaba...? Conocía mejor las cosas de la vida, el poder espiritual de los sentidos, el candor de las almas, la lengua de la vida... ¿Y qué...? Conocía también dolores nuevos... ¡Aquellas lágrimas de su amiga...! ¿Por qué lloró? ¿por qué lloró...?

Y Marco Fortis notó que se hacía golosamente, muchas veces, la misma pregunta.

¿Qué había, en el fondo de aquella pregunta?

¿Por qué desaparecieron todas sus preocupaciones anteriores y sólo quedó ella radiante, en su alma, como un faro después de una tremenda tempestad?

—¿Por qué lloró...? ¿por qué lloró...? ¿por qué lloró?

No se cansaba.

Y cada vez que se hacía esta pregunta, del fondo de las nieblas de sus desilusiones, brotaban estas palabras dulcísimas, balbuceantes, apenas precisas, como una mano lejana que saluda, desde la orilla, en un naufragio.

—¡Tal vez por mí...!

## XI

Cuando, después de un rato largo, el viejo Chopo vino á avisarle al Constructor que en la mesa le aguardaban, Marco Fortis, viendo que el antiguo contrabandista volvía la cabeza de una parte á otra, como si buscara á alguién insistentemente, le preguntó:

—¿A quién busca V., buen hombre?

—A la señorita Agueda Pía—¿no estaba con V.?

—No; entró antes... con el señor cura...

El viejo Chopo calló.

Pero cuando el Arquitecto penetró en el comedor, limpio y clarísimo, Mamá Dolores, que estaba sola allí con Mosén Pedro, le preguntó también:

—¿Y Agueda Pía...?

—No sé: creí que estaba con Vdes.

La buscaron: respondió desde su cuarto. Vino, al poco rato. Tenía los párpados un poco encendidos: esquivó la mirada llena de cariño de Marco Fortis.

—¿Qué hacías, Nena?

La mujercita tardó un poco en contestar.

—Me compuse... Con el aire, como estuve un rato afuera, me había despeinado...

Se sentaron á la mesa: de un lado, Mamá Dolores; Marco Fortis á su derecha: del otro lado, Mosén Pedro y á su derecha, Agueda Pía...

Quisieron entrar los perros, y la mujercita, con mal humor, les despidió...

Marco Fortis seguía pensativo.

Un poco lánguida, aquella comida de la Casa Blanca, á pesar de los sabios y gentiles esfuerzos de Mamá Dolores, que tenía el hábito y el don de la sociabilidad.

Recordando que Marco Fortis era italiano, Mosén Pedro, que era aficionado á la lectura de extraordinarios novelones, con un tacto conmovedor, habló de *Fra-Diávolo*.





## CAPÍTULO OCTAVO

### I

**P**UES yo he de hablar á la señora.

—¡Pues tu no hablarás!

—No es ningún mal; pero como ella creerá eternamente que ñita Agueda Pía es una niña...

—¡Y lo es!

—¡Bueno! lo dices por contradecirme. No me importa. *Yo he visto*: yo no me equivoco: yo hablaré.

—¡Ah, tu hablarás! ¿Te digo que vas á darle un disgusto á la señora, y hablarás...? ¿Este es el cariño y la ley que tienes á los que te dan el pan...? ¿Y he podido vivir cuarenta años con este mónstruo...?

—¡Come, mujer, come! musita el viejo

Chopo socarronamente: que, hasta de comer te olvidas, cuando hablas.

Nuestros lectores ya habrán reconocido, por estas palabras, en su interlocutora, á la enjuta Mari-Pepa.

—¡No me da la gana de comer!—¡No es que me olvide!

El viejo Chopo, mascando, con gula:

—¡Ya!

—¡Parece mentira que estas cosas te dejen insensible!

—¿No decías que eran figuraciones mías?

—¡Yo me entiendo...! Te dije que eran figuraciones, al tanto de que no debías hablar de ello á la señora. Pero, puestos á que se quede entre nosotros, que el señorón, ese forastero, viejo y medio loco, mira á ñita Agueda, de otro modo que como entre amigos manda Dios, salta á la vista.

—¿Ves, mujer?

—¡No! ¡no veo!

—Pues el diablo que te entienda.

—¡Mejor que tú me entendería!

—Tal vez sí: de su piel eres...

—Oye, bestia: la cosa está bien clara. ¿Quieres decirme qué sospechas de ñita Agueda y el forastero? ¿Que se quieren? Sí. ¿Quieres decirme que debemos avisarlo á la señora? No. ¿Lo buscas más claro?

—Mujer, no apartes los platos: come, estamos comiendo.

—¡Estamos comiendo...! ¡Me matas con esa sangre fría...!

—¿Qué más quieres? ¿No me dices que no hable? Me callo...

—Conmigo no.

—Pues contigo también, ¡ea! punto en boca. Y ahora, haz lo que quieras.

Entra, bravamente, en su plato de anchoas y tomates y no responde palabra á la inagotable charla de su mujer, que no para un minuto, como una devanadera.

Silenciosamente, el viejo Chopo acaba de comer, carga su pipa, y sale á los peldaños.

Mari-Pepa añade todavía.

—Y si dices algo de esto á la señora, Chopo, no vuelvas á mirarme á la cara en todos los días de tu vida... ¿entiendes?

El viejo, resignado, acaba:

—Callaré, callaré; puesto que dices que es mejor, te lo prometo.

En estas horas de la digestión, no suele negar nada el viejo Chopo.

## II

Y efectivamente, le habrían matado antes que él dijera una palabra de sus dudas á Mamá Dolores. Porque, en honor de la verdad, hay que decirlo: él es, y ha sido siempre, un hombre así:

cosa que promete, cosa que cumple: su conciencia, dentro de su corteza un poco sibarita, es recta y fiera como una espada.

La que *pe á pa* se lo ha contado todo á la Señora—y no creáis que por malicia—sino impensadamente, media hora después de tener con su marido la conversación que hemos oído, es Mari-Pepa.

Todas las razones, más ó menos capciosas, más ó menos ingenuas que le ha dado al Chopo para exigirle una promesa de silencio, se han borrado como por ensalmo de su alma, al hallarse á solas esta tarde con la señora, delante de su irresistible comezón de hablar.

Viendo el efecto que en Mamá Dolores producían sus palabras, ha recordado confusamente que acaso habría sido más acertado no hablarle de estas cosas. Entonces ha querido enmendarse; echarse atrás; ganar terreno, pero era ya tarde.

Consignemos que Mari-Pepa ha tenido un serio disgusto; que se ha encerrado en su cuarto, que ha llenado de injurias al inocente Chopo, cuando solícito ha acudido á preguntarle la causa de aquellos extremos y que ha hablado fieramente de cortarse la lengua.

Mucio Scévola ancestral, ha pasado un instante por el alma de la honrada cocinera.

## III

Cuanto á Mamá Dolores...

Es noche; cerca de las once... Toda la gente se ha recogido en la Casa Blanca y hay sólo una raya de luz muy suave y fina, por debajo de una puerta, allá al fin de un largo corredor.

Es el cuarto de Agueda Pía.

Se oyen unos pasos furtivos, en el silencio, por el corredor. Hay una sombra negra que dá monótonos paseos, desde un extremo al otro de él. Suele detenerse á la puerta del cuarto de Agueda Pía: escucha unos instantes y vuelve á los paseos. Una vez ha llevado la mano al pomo de la cerradura, probando discretamente á darle vuelta. La puerta no cede. Agueda Pía debe estar cerrada por dentro.

Nuevos paseos de la sombra.

A lo lejos, el reloj del pueblo dá unas horas... Media noche...

Y hay siempre la misma luz, la misma raya fina de resplandor rojizo por debajo de la puertecita cerrada.

La sombra se decide...

Llega al cuarto: da con los nudillos en la puerta; dice, á la vez imperativa y dulce:

—¡Nena! Abre. ¿Qué te pasa?

Es la voz de Mamá Dolores.

Rechina en la obscuridad una cerra-



dura: el cuarto se abre... Adentro una lámpara encendida, la cama hecha, Agueda Pía vestida, llorosa, un poco despeinada; pálida.

—¿Qué tienes, Nena? ¿por qué no te acuestas? ¿por qué lloras?

—Nada, ¿y tú, Mamá? ¿qué quieres? ¿cómo no duermes á estas horas...?

—¡Nena, Nena, Nena mía! ven, responde, ¿qué te han hecho? ¿por qué engañas á tu madre?

Se abrazan: ya no es Agueda sola la que llora; Mamá Dolores la acompaña.

#### IV

Hay, en el cuartito de Agueda Pía, un sillón de junco con almohadones blancos, que nuestros lectores ya conocen. Mamá Dolores se ha sentado allí y, á sus pies, en un escabel chico de rejilla, Agueda Pía...

—Nena—y abrazándole la cabeza y besándola en la frente un poco ardorosa:—¡Nena mía! Cuenta; dí, ¿es verdad...? Ya sabes lo que quiero preguntarte: no me engañes... ¿es verdad?

—No lo sé: no sé nada, Mamá mía: sufro mucho...

—Vamos, vamos, calma, Nena; escucha bien, ¿crees un poco, un poco todavía en el cariño de tu madre...?

—¡Mamá...! ¡Mamá...!

Le coge las dos manos, se las lleva á los labios, después á los ojos llenándolas de lágrimas: llorando allí, con toda libertad, en un abandono completo de su alma, sintiéndose querida, comprendida, consolada.

Mamá Dolores debe recoger las últimas energías de su alma; debe sacar fuerzas inauditas de su heroísmo maternal, porque, á pesar de su dolor, está serena y sus ojos se han secado.

—Vamos á ver, cuéntame... ¿Y tu madre te dejaba sola en este paso...? ¡Pobre vida...! ¿Sabes por qué...? ¡Tu madre te creía tan niña todavía...! Mamá Dolores encantada con las gracias de su hijita no ve pasar el tiempo... ¿cuántos años tienes? Ni lo recuerdo, amor mío... ¡Pobre amor...! ¿ya no te basta con tu madre?

—Sí; mamá, sí; pero...

—Yo te ayudaré, nenina. Vamos, vamos á ver... ¿cuántos días hace que no has visto á Marco?

—Tres... ¡ya no me quiere...!

Y abundante, infantilmente, Agueda Pía llora entonces en anchos sollozos que levantan su pecho como si fuera á estallar; que mandan por todo su cuerpo crispaduras dolorosas, que parece que en ellos se les deshaga el alma, que la combaten y la rinden; pero que la consuelan también y la calman, dando,

por fin, salida franca á la emoción, durante tanto tiempo á duras penas contenida.

Mamá Dolores, sábia en estas crisis dolorosas, levantando los ojos al cielo, suplicantes, como si tratara de aplacar á un Dios vengador, cuyo látigo le fuera conocido, va diciendo:

—Llora, llora, amor; esto consuela.

Y los sollozos de la criatura, como las olas de una tempestad, se amansan en el óleo de la piedad materna; se hacen menos profundos, menos frecuentes, menos dolorosos; quedan reducidos, finalmente, á unos estremecimientos momentáneos, que hacen saltar, muy de tarde en tarde, sobre las rodillas de Mamá Dolores, el medio busto blando, miedosamente acurrucado allí, de Agueda Pía.

Entonces, con mucha dulzura, la madre dice así:

—¿Que Marco no te quiere...? ¿á qué vienen esas palabras, hija mía?

—Es verdad, Mamá; no te he dicho nunca nada; temía darte pena, ¿sabes? —Pero hoy, ya no podía más.—Desde hace tres meses: desde la primera tarde que le ví—tu dormías—en «Las Termas,»—le quiero con toda mi alma: no pienso más que en él.

Cayeron, sobre los ojos doloridos, los párpados de Mamá Dolores.

—¡Pobre niña...!

—¡Sí, pobre, Mamá! porque Marco no sabe nada, no quiere saber nada, no sabrá nunca nada de este cariño mío tan inútil...

—No te calles; sigue... Desahógate...

Conocía Mamá Dolores el alma de su hija: sabía que, si las circunstancias habían hecho inevitable aquella explicación, tal vez nunca más Agueda Pía volvería á ofrecerle coyuntura de reanudarla.

Era una urna dispuesta y embalsamada para el dolor, el corazón de su Nenina.

Si sus alegrías la hacían expansiva, pertenecían á todos, en cambio sus penas la tornaban reconcentrada y eran de ella sola. Ni las suyas únicamente. Todas las penas, todos los dolores que la cercaban se recogían y se empapaban en su corazón, esponja de lágrimas y sangre.

Hay almas de estas propiciatorias, que pasan por el mundo calladamente, benéficamente, redentoras y víctimas, recogiendo los dolores de los torturados, las angustias de los impacientes, los pecados de los pervertidos, las desolaciones de los ambiciosos, los latigazos de los déspotas, los errores de los engañados, para encerrarlos en su corazón; puñales cuyas puntas, metidas en aque-

lla blandura macerada, ya no serán nocivas al mundo, ni á sus dueños.

Hay almas como había sido la de Mamá Dolores, como era, por fatalidad de herencia, la de Agueda Pía, que tienen la voluptuosidad del sacrificio; estirpe anónima, ignorada y dulcísima, que como los primogénitos del pueblo de Israel, en las noches de la persecución, por único distintivo, tienen á su puerta la cruz de sangre que han trazado manos viles y que las destina al sacrificio.

¿Quién sabe...? Acaso ellas, en la inescrutable voluntad divina, perpetúan el misterio y la virtud consoladora de la redención.

Pobres almas anónimas, acaso en su dolor está la garantía de siglos enteros de felicidad para los hombres; como en aquellas siete almas inocentes, hermanas de ellas, que Dios buscó sin encontrarlas, habría estado la salud y la salvación de la Sodoma bíblica.

## V

—No sabrá nada, Mamá Dolores, Mamá mía, no sabrá nunca nada, Marco, de mi cariño inútil... ¿Por qué ha venido aquí...? ¡Yo, era feliz, á tu lado, yo era feliz contigo, nada más que contigo, Mamá mía...! Al principio, más él

que yo misma, parecía desear lo que nació tan pronto... Dejé de ir á «Las Termas» por no verle... Me buscó por todos los senderos y caminos... Era inútil... Mi corazón se acostumbraba á él; se llenaba de él: aprendía sus gestos, sus palabras, sus dolores... ¡Oh, si no hubiera podido consolarle, no le habría amado...! Pero, ¡sufre tanto! Yo habría renunciado á mi felicidad; pero no podía, no sabía, no me atrevía á privarle á él de unas pocas palabras de consuelo... Era necesario que nos viéramos siempre, mamá: cuando me dijo que quería continuar «Las Termas,» tuve la alegría única que me ha dado este paso... ¡iba á pasarse los días á mi lado...! Tu le conocerías; tu le agradecerías aquella buena obra, tu cerrarías los ojos á todo, maravillada, encantada de verle continuar, acabar la obra piadosa, último sueño, último deseo, última voluntad del pobre tío Jorge...! Y así pasó. Marco fué nuestro... ¿Recuerdas el primer día, hace ya un mes, que almorzó Marco en nuestra casa...? Desde entonces sufro... No me querrá nunca... Le canso... ¡El viene de tan lejos! ¡Entran tantas cosas en su vida...! ¡Yo qué sé, pobre de mí...! Le quiero, le adoro, moriría por él... ¡pero esto es tan poco! Hace lo posible porque mi corazón se calle... Se esfuerza en detener el suyo...

Parece que me tenga miedo... Cuando un día hemos estado á punto de hablar y confesarnos, cuando nos ha pasado tan cerca la felicidad que yo me duermo satisfecha, tiemblo al despertar... Pasa lo que ahora... ¡Dos, tres, cuatro días deja de venir...! Sale del pueblo... Temo siempre que no volverá... Y cuando vuelve, le encuentro cambiado, esquivo, huraño: se me ensangrientan otra vez las manos para buscar los caminos de su corazón... ¡Es horrible, mamá mía, es horrible...! Yo no sé qué nos separa; pero no podremos ser felices nunca.

## VI

Había callado la dolorosa mujercita. Conoció Mamá Dolores que no hablaría más.

La estrechó en sus brazos.

—¿Vés cómo no había razón para este llanto, Nena?

—¿Crees, mamá...?

Era peligroso despertar, en aquella alma vivamente impresionable, demasiadas esperanzas. Mamá Dolores lo sabía y anduvo parca y juiciosa en los consuelos. Como un médico, no como una madre.

—Creo... creo... Hasta ahora nada veo, que pueda hacerte pensar mal, en lo

que has dicho... ¿Que Marco huye de tí? Señal que le impresionas... No se huye de lo indiferente.

—Es verdad...

Un ligerísimo brillo de esperanza en las pupilas tempestuosas de la mujer-cita: un arco iris en las lágrimas.

Se había levantado...

—¿Sabes lo qué se me había ocurrido alguna vez, mamá, para darles una explicación á estas extrañas incongruencias de Marco?

—¿Qué?

—Que quiere á otra mujer...

Se estremeció Mamá Dolores. Lo mismo había pensado ella. Esta coincidencia de intuiciones confirmó bruscamente sus sospechas. Sin embargo, aunque tíbiamente, negó.

—No seas bobica... ¿se pasaría meses apartado de ella por el gusto de habitar en un pueblucho, si quisiera á otra mujer?...

—¡Quién sabe!—murmuró Agueda Pía pensativa y al mismo tiempo suplicante, acercándose á su madre y mirándola con ojos zalameros, como si mendigara, de limosna, una negativa más enérgica, una refutación más decidida y cabal de sus sospechas.

Leyó la buena Mamá Dolores aquel deseo en los ojos de su hija; pero no se atrevió á satisfacerlo. Sabía que mante-



nerla en sus sospechas era prolongarle el dolor; pero temía que darle la seguridad de una esperanza era entregarla inerme y fatalmente á la voracidad de un desengaño.

Así pues, como quien unge el cuerpo de un moribundo con fe, por si la vida quiere recogerlo todavía, pero con santa devoción, por si la muerte va á venir sobre él, Mamá Dolores ungió el alma de su hija, dejándola hundida á medias en el dolor y á medias en la esperanza, con estas palabras dolorosamente dulces:

—¡Quién sabe...! Pero sería una espantosa crueldad, y Marco no es cruel...

## VII

Mamá Dolores pensaba todo lo contrario.

A pesar de lo agradecida que le estaba por la continuación de «Las Termas,» no le tenía á Marco ninguna simpatía.

Instintivamente hasta hoy, y desde hoy conscientemente, veía en él al enemigo de su hija.

Pero Mamá Dolores se guardaba estos dolores suyos por no aumentar los de su Nena. Tácitamente se hizo á sí misma la promesa de salvarla, si todavía había salvación, y mientras determinaba para

lo sucesivo un plan de conducta rígido y bravío, trataba de ganarse la difícil confianza de su hija, sin animarla demasiado porque sería acarrearle más dolor, pero sin alarmarla con exceso porque sería privarla de consuelo.

Una cosa, por encima de todas, había de darle á Agueda Pía: la libertad de expansionarse: no ver sufrir á su madre con el relato de sus sufrimientos.

Mamá Dolores, afectó desde el principio una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Y cuando le pareció que Agueda Pía, rendida, necesitaba descanso, y consolada ó dolorida aún, ponía término á sus confesiones,

—No—le dijo—no quiero abandonarte así... Volverías á preocuparte... ¡eres tan boba...! Anda, Nena, acércate; ven que te ayude á recogerte: ¿Y esto es una mujer...? ¡Ah! ¿no te haces de rogar...? ¡Nena, mi Nena...! ¡Niña, siempre niña! ¡Su madre la desnuda!

## VIII

Fué una cosa muy dulce; fué una cosa muy triste para Mamá Dolores. La sentó en sus rodillas: como cuando niña, le soltó las ropas, le quitó las medias, le besó los hombros...

Fué una cosa muy dulce...

Volvió á tomar posesión de aquella carne suave, blanca, florida, que había sido sangre suya; que nació de su amor, que habían animado sus besos.

Fué una cosa muy triste.

Aquello tan suyo, tan íntimamente suyo, aquel tesoro, aquella *otra ella*, infinitamente más dulce, infinitamente más tierna, infinitamente más débil y sensible que ella misma, iba á torcerse, como un lirio en la tempestad, bajo los huracanes del dolor...

Ahora los dos brazos de su Nena—desnudos, graciosos, finos, tan débiles, tan quebradizos en el desamparo humilde de sus gestos intensamente femeninos—como cuando niña, después de la oración, le rodearon el cuello dulcemente.

Y, como cuando niña también, los labios de su Nena le besaron en los dos mejillas.

Solía todas las noches, cuando niña, recogida toda entera en las rodillas de su madre, preguntarle, teniéndola abrazada así:

—¿Me quieres, mamá?

Hoy ha preguntado tímidamente, en voz muy baja:

—¿Me querrá, mamá?

No hay palabras con que pueda expresarse, sin profanarla, toda la amargura de la madre, esta primera vez que su hija, inocentemente cruel, pone su

felicidad más allá de los dominios del corazón materno.

No os dejéis engañar por esta sonrisa de Mamá Dolores; por esta bondad, por esta ternura, al parecer dichosa, con què, tendida su Agueda Pía en su camita blanca, la ayuda á recogerse y arroparse.

Su corazón ha visto bien claro que no había remedio.

Una pobre alma de mujer acababa de nacer para la felicidad ó para el dolor: Mamá Dolores no podía asegurarlo.

Pero estaba segura, terriblemente segura, de que una hija—¡una hija!—acababa de morir para su madre.

Y mientras, sobre la camita blanca, con mimo, con dulzura, casi con respeto, sus manos arropan á la mujer recién nacida, siente cómo, dentro de su corazón, las manos espirituales de la maternidad amortajan á su Nena, recién muerta para siempre.







## CAPÍTULO NOVENO

### I

**E**N su cuarto blanco de la casita que unos pescadores, por indicaciones y empeño de Agueda Pía y de su madre, le alquilaron, junto al mar, á estas avanzadas horas de la noche, el Constructor escribe.

Ha recibido, hace tres días, la segunda carta de Mónica Poldo, desde que está instalado, á orillas del Mediterráneo.

Marco Fortis está desconocido.

Y la última carta de Mónica Poldo, escrita con tinta roja sobre papel ceniza obscuro, que tiene abierta sobre la mesa, al alcance de sus ojos, bajo la lámpara, dá, en algunos párrafos, testimonio pleno del camino andado desde

aquella noche de Venecia, por el alma del Constructor.

«¿Es V. feliz, querido Marco...? Aunque no leo sin experimentar cierta tristeza estas palabras, me alegro de su felicidad, lejos de mí, mi pobre amigo».

Casi toda la carta de Mónica Poldo viene escrita en este tono melancólico que oscila entre la piedad y la ironía. Ella ha cambiado también, sintiendo desde lejos la influencia del cambio de Marco.

«Veo á su lado una mujer. No haga esfuerzos por ocultarme la noticia, Marco, porque la tenía descontada. Le diré más. La quería; la deseaba. Porque llegara este momento, pasé por la amargura un poco grotesca, un mucho insípida de nuestra despedida...»

«¿Ahora tiene V. la plena conciencia de su fuerza...? Adivino la escena, á través de estas palabras, como si la mirara por la diafanidad de un cristal... Habrá usted tenido una de sus bruseas genialidades infantiles y ella ha llorado... ¡Oh, he aquí la clave y la plena conciencia de su fuerza, señor déspota inocente, que yo nunca pude darle...! ¿Dulces, verdad, las lágrimas que hacemos correr, casi sin esfuerzo, y que se desgranán, como las notas de un clave remoto, cantando el poema de nuestro dominio...? ¿Empieza V. á comprender

ciertas durezas, ciertas brusquedades, ciertos rigores míos...? Pero, ahora, ¿de qué le sirve, amigo antiguo, esclavo manumiso, esta comprensión tardía...? ¿Necesita V. más que las blandas obediencias, las lágrimas facilísimas de la dulce provinciana que le adora...?»

Y en estos párrafos precisamente es donde la escritura, intencionadamente gráfica de la Embajadora—fuego y ceniza—adquiere un prestigio tentador, satánico.

«Porque—prosigue la Esfinge—no tenga usted devaneos de amor propio. Considérelo como quiera—y considérelo, porque ello ha de serle útil para su obra—es usted un prófugo del Imperio... ¡Ah, Provincia, Provincia, Provincia, realidad grasa, fuerza sin dictámen, riqueza tributaria, carne blanda, á la vez brazo y alimento del Imperio...! ¿Ve V. mejor su obra? ¿són esto *ideas generales*, todavía...?»

Y naturalmente, Mónica Poldo, cediendo á la inclinación irresistible de su espíritu por las cosas generales, espirituales, intelectuales, secas, elevadas á significación aridísima, sigue discutiendo acerca de la Provincia y del Imperio, como en la noche aquella de Venecia, durante cuatro apretados párrafos, que Marco Fortis se cansa de leer.

¡Ah, está cambiado; muy cambiado...!



## II

Pero el tema querido vuelve á retoñar un poco más abajo:

«No me conteste V... No pierda el tiempo... Dígame sólo una cosa, ¿trabaja? ¿En qué obra le ha metido *ella*...? Porque su espíritu de V., pobre amigo, será esclavo siempre... No es V., con toda la conciencia de su fuerza, un hombre para imposiciones... Naturalmente generoso, porque la superioridad de su alma es un hecho, se librará muy bien de hacer sufrir á la dispensadora... Van á ser para ella las primeras flores sentimentales de su alma... Lo estoy viendo desde aquí: una obra pía, devota, ligeramente funeraria, porque el grande amor balbuceante roza con la muerte; una obra para soñar, para recordar, tal vez para rezar... ¡Oh, no lo niegue V., mi buen amigo...! Estoy segura; segurísima; *debe ser así*...»

A Marco Fortis le desconcertaban estas adivinaciones de su amiga, sentía rebeldías inusitadas dentro de su alma. Habría querido poder negar todas aquellas certeras intuiciones de Mónica Poldo... Le parecía que, de un modo más refinado que antes, y mientras la Embajadora siguiera leyendo con tanta facilidad en su corazón, seguía siendo su esclavo.

Le molestaba, le disgustaba la vulgarísima y trivialísima hilación de su aventura tan usual, tan ordinaria, tan natural, tan lógica, que Mónica Poldo, sin conocerla, podía seguirla paso á paso, con esta seguridad, desde Venecia.

Toda la fresca virginidad de sus amores se le desvanecía entre los intencionados artificios hipotéticos de la Embajadora.

Comenzaba á considerar cuanto le estaba sucediendo, no como una sagrada y espontánea consecuencia de las cosas infinitamente potentes y virtuales en su espiritualidad, sino como resultado de una astucia monstruosa, de un cálculo previo y frío de su amiga.

¿Por qué—si no—aquellas repetidas alusiones á la noche de su despedida...? Ella decía que había previsto: que había *querido* que llegara aquel momento... ¡Oh, venenosa influencia de esta frase...! ¿Sabía Mónica Poldo todo el ácido corrosivo que fluía de ella...? ¿Era una vanidad involuntaria de su alma despechada...? ¿Era sólo un fingimiento...? ¿Era la franqueza enfermiza de un criminal que se delata...?

De todos modos aquella frase había arruinado positivamente el edificio blanco de la regeneración de Marco Fortis...

En el colorido fruto paradisíal de sus amores, acababa de dejar aquella frase los gusanos de la descomposición.

¡Ah, las almas de hoy, las almas de hoy! ¡Cuesta tanto, cuando se ha hablado de *personalidad*, avenirnos de nuevo con la santa vulgaridad de la Naturaleza!

### III

Mónica Poldo continuaba:

«Una buena noticia para V., querido amigo. Ahora la diplomacia bulle en sus cuarteles de verano. El Conde sale para Carlsbad, Marienbad, Varsovia... ¡una *tournée*...! Decididamente tenemos que renunciar á nuestro viaje á España, por ahora... Cierto que el Conde acaba de rogarme que lo haga yo sola... No sabe, el Conde... Imagina que su famosa obra, tantas veces anunciada, debe estar ya casi terminada... Pero yo renuncio al pobrísimo papel de confidente juiciosa y maternal que su nueva situación de espíritu me hace presentir... ¡Muy hermoso todo eso, mi querido Marco! pero ¡tan graso! ¡tan Provincia...! Además... ¿por qué no decirlo todo? Ahora no hay peligro. Además. me tengo miedo. Aunque no lo puede usted creer, le tengo cariño; mucho y positivo cariño á la dulce mujercita que

ha sabido poner en las secas arenas, con espejismos alucinantes, de su espíritu, un poco de barro humano... Le tengo cariño y le tengo odio al mismo tiempo... Desde lejos espero no hacerle ningún daño;... V., que afortunadamente es un artista, puede resistir, según me ha dicho muchas veces, al influjo de las ideas generales... No creo que, desde lejos, la idea que tenga V. de mí le haga ningún daño á la *cosa concreta* que debe ser para V., en este momento, su dulce provinciana... Pero, si no resisto á la tentación del viaje y á mi vez me convierto en *cosa concreta* junto á usted, al lado mismo de la mujercita que V. ame—no lo niegue V.—que usted ama, ¿no sería una cosa cruel hacerle sombra...? Perdón, amigo Marco Fortis: ha sonreído V., escéptico, en este momento, y esta sonrisa no está bien... La plena conciencia de su fuerza es un engaño más, querido amigo. Se cree usted dueño de sus sentimientos y es el esclavo de sus pasiones... Cree V. que ama á la mujercita y su amor no pasa de un agradecimiento muy dulce por el reposo de espíritu que le debe V... Se ha visto en ella más humano y más bueno que en el acero bruñido de mi alma... Sí; cree V. amarla; mientras yo quiera, usted la amará...

Por lo mismo, por lo mismo, Marco,

basta de luchas; tregua á esta tragedia: resignémonos... Mejor dicho, olvidemos.

Yo no iré á España. Viva V. en paz; ame en paz; muera en paz...»

#### IV

Tres días ha estado madurando Marco Fortis la contestación á esta especie de reto lanzado desde Venecia, como una tentación y una promesa, por la mano perfumada y eficaz de Mónica Poldo.

Son los tres días de angustia que han provocado la escena á que acabamos de asistir entre Agueda Pía y su madre.

Esta acababa de arropar cuidadosamente á su Nena; la había visto adormecerse poco á poco, había matado la luz de la lámpara, y estaba saliendo descalza, por no hacer ruido, del cuartito virginal, cuando Marco Fortis, con una extraordinaria sangre fría, acababa de poner su rúbrica á esta carta:

«Descuento, egregia amiga, las amables fantasías que se empeña V. en tejer, armar y disponer, como una decoración adulatora y pomposa, entorno de mi alma.

»Soy el de siempre.

»Venga V. á España ó deje de venir. En ambos casos, haga V. plenamente su voluntad. Prescinda de Marco Fortis, si es verdad que un día tuvo V. por él algo que V. misma quiso llamar *solicitud maternal*.

»Y de todas maneras, querida amiga sea V. franca, llana, sincera, natural conmigo.

»Quisiera poderle decir una infinidad de cosas insignificantes, suaves, banalísimas que todos estos tiempos había pensado para V. Quizás esto no sea posible nunca. Por de pronto, hoy, á pesar de todos mis esfuerzos, me va siendo imposible prolongar esta carta sin estampar en ella algún concepto de los que antes usábamos, entre nosotros.

»¡Antes...! ¿Tendrá V. razón...? ¿Habrá pasado algo por mi alma?

»¡Oh, si fuera verdad, estoy dispuesto á defenderlo con los dientes y las uñas! Mónica Poldo, no tenga nuevas dudas: nada alterará la paz de mi espíritu, si una vez la encuentro.

»¡Trabajo; sí...! Pero ¿á qué hablarle de mis trabajos...? ¿Es verdad que le interesan?

»Decididamente: venga V.

»No quiero engañarme á mí mismo. Quiero estar seguro de mi felicidad ó mi desgracia. Ni tragedia ni felicidad artificial. ¡Los cuatro vientos sobre mi alma

y que la torre de mi destino resista, si está bien construída para ello!

»Suyo, hasta pronto.

*Marco Fortis.»*

## V

Cerró el sobre. Dió un respiro.

—Mónica Poldo vendrá—se dijo.

Salió á la calle.

El pueblecito dormía. Subió aquella cuestecita conocida: llegó frente al buzón enano por donde fluían y reflúan en el pueblecito las palpitaciones fervientes de la vida universal.

Dejó su carta...

Aunque Marco Fortis había cambiado algo; aunque aquella decisión, largamente madurada, era uno de los primeros actos de su voluntad rediviva; aunque no vaciló su corazón, ni tuvo que borrar una sola frase de la carta escrita, todavía Marco Fortis no estaba tan seguro de sí mismo que se expusiera á dejar aquella carta sobre su mesa de trabajo, sujeta á las oscilaciones de sus dudas, una noche entera.

Sintióse aliviado de un gran peso, cuando, desapareciendo su carta en el buzón, tuvo la seguridad del paso aquel...

—*¡Alea jacta est!* debió cantar, en sus entrañas, un eco ancestral.

Y entonces, *solo entonces*, con infinita piedad, acaso con infinito y más vehementemente amor que nunca, se atrevió á pensar en Agueda Pía.

—¿Qué va á ser de ella?

Y en seguida, con mayor zozobra, con un poco de egoísmo quejumbroso:

—¿Qué va á ser de *nosotros*?









## CAPÍTULO DÉCIMO

### I

**E**N pocos días ¡cuánto camino andado! Agueda Pía siente el vértigo de la situación aguda, culminante, insostenible, fatal en que se encuentra.

¡Oh, tanta felicidad lleva algo trágico en sí misma!

No es que Marco Fortis le haya confesado su amor; no es que haya recibido la confianza del cariño de Agueda Pía, con transportes de júbilo; con lágrimas...

Esto lo descontaba Agueda Pía. Sí; cuando dudaba más, lo descontaba, estaba segura de ello.

Pero es que los acontecimientos se han precipitado vertiginosamente desde

el instante aquel. Es que este amor de Marco Fortis, lleva en sí mismo la violencia de las ráfagas tempestuosas y no pasa por el alma florida de Agueda Pía sin quemarla y desolarla.

—Más; ámame más cada día, Agueda, salud mía, salvación mía, destino mío.

Es más que una súplica: es algo como una amenaza inversa: una angustia de todos los momentos. Una fiebre de avaricia que recuenta el oro en todas las tinieblas.

Marco la ama encarnizadamente; como si la defendiera; no como si la deseara.

Agueda Pía, instintivamente, ha visto un peligro... ¿cuál...? No se lo explica; pero vive alerta, en aquel ápice escarpado del absoluto amor, donde la ha puesto Marco.

## II

Ronda Mamá Dolores, con una zozobra infinita, entorno á los enamorados. Mari-Pepa, como una bestia fiel, sin necesidad de recibir órdenes, en la muda reptación de sus esparteñas, por los recodos, por la espalda de las grandes rocas, por los caminos y por los senderos, en las siestas ardorosas, diluye en vigilancias sus alarmas. El viejo Chopo olfatea también algo en el aire, y rea-

nuda conocimiento, por las escarpaduras de las colinas cercanas, con sus antiguos escondrijos de contrabandista.

Agueda Pía no ha vuelto á hablar palabra de sus amores á su madre, desde la noche aquella lacrimosa en que dudaba.

Marco Fortis, al día siguiente, en «Las Termas,» entre el barullo de los obreros que esculpían mármol, le declaró su amor.

Desde aquel punto, vive Agueda en una perpétua continuidad de pasmo radiante. Le sería difícil dar cuenta de sus días... ¿Cuántos han pasado desde entonces...? No lo sabe... ¿Acaso esta situación luminosa dura desde que nació...? Tal vez sí... ¿Han muerto todos los suyos...? No: los lleva dentro de sus entrañas, vivos en su amor, y no necesita comunicarse con ellos, hablando... ¿Lloró su madre ayer...? ¿Por qué lloraba...? No; no puede llorar... Su madre está en ella: es un trozo de su alma y está como todo el resto, empapada, embebida, volatilizada en aquel inmenso amor que la enajena á ella.

Agueda Pía, voluntariamente, quisiera salir alguna vez de aquel encantamiento. En ocasiones, se le imagina que hace traición á todo el doloroso enjambre de mártires humamos, metida como está, sin solución de tiempo, en

este luminoso festín de sus amores... Pasan ráfagas de recuerdos, levantando ondas apenas visibles en el lago de oro fundido de su alma... Las gentes de su casa... Los días de su infancia... Raminchu... Sus perros... Las flores de su ventana, que no riega hace cien años... y su madre... ¡Otra vez su madre...!

En ocasiones, llega á hacerse violencia... ¡Si saliera de sí misma para ir á contarles la nueva paradisíal de su alegría...! ¡Pobres cosas lejanas que se obstinan en no cambiar cuando ella está transfigurada...! Inicia un gesto de piedad: tiene una inclinación condescendiente... Pero se arrepiente luego... ¡Dejar su sueño de beatitud...? Recorre toda su alma una crispación de pánico... ¡Oh, los demás esperarán...! Ya irá ella á juntárseles: ya les verá, ya les hablará, ya les consolará; ya llorará con ellos... Pero, ahora, no... ¡Deseó tanto este momento...! ¡Lo quiere todo entero...! ¡Había codiciado tanto estos lugares santos! Se emperieza en ellos... Tiene una superstición alarmante: acaso ocupa el sitio que es de otro y, si una vez lo deja, va á perderlo sin remedio...

Soñamos, á veces, sueños dulces: un rumor, un grito, un dolor están á punto de despertarnos... Nuestra pobre voluntad sensual protesta con todas sus fuerzas de golosa: ¡no; no quiero disper-

tar...! ¡no; sueña, sueña, sueña, alma bendita...!

En esta situación se encuentra Agueda.

Con el cáliz de cristal de su felicidad entre las manos, alarga desesperadamente los brazos al sol, y en una vertiginosa carrera, huye por las escarpaduras de las rocas, miedosa de todos los ataques, y á cada instante, teme tropezar, caer, chocar con lo desconocido, en las tinieblas...

### III

Los obreros, que picaban mármol, se han marchado...

En «Las Termas,» la alegría de una resurrección.

Marco, sentado en el capitel favorito de Agueda Pía: ésta á sus pies, muy cerca del agua, contemplándole.

Sobre el promontorio los perros. Yendo y viniendo por el sendero, en un estado de vacilación y angustia indecible, Mamá Dolores.

Marco ha dicho:

—¡Cuenta otra vez...!

—¿Qué?—pregunta Agueda Pía—deseando que Marco le repita la orden toda entera.

—La historia de «Las Termas», Agueda. ¡Cuéntala hoy otra vez! quiero saberla bien; ponerla entera aquí.

Y, con un gesto circular y vago, señalaba la obra á medio hacer.

Agueda dijo:

—Va á cansarte. Te la he repetido tantas veces que las mismas palabras han acabado por encadenarse dentro de mi memoria y vuelven invariablemente cada vez que te hago el relato, como en los cuentos de los niños.

—Esa monotonía me encanta todavía más... Cuéntame, Agueda.

—¿Por última vez?

—Por última vez, hoy; te lo prometo.

Ha hincado los codos en sus rodillas: ha hundido su cara entre las manos y está en actitud de profundísima atención...

La tarde cae...

#### IV

«—Verás—dice Agueda Pía.—Mi pobre tío Jorge era la gracia, el ídolo y el sol en la casa, que yo no conocí, de mis abuelos. Conozco estos detalles por mi madre.

»Mi pobre tío Jorge, hermano de ella, se le parecía y no se le parecía. Ella es blanca, Jorge fué moreno; ella es dulce, él era imperioso y violento; ella resiste al dolor, porque está construída para él; mi tío no pudo resistirlo y al primer embate, á la primera contradicción de

las cosas, él, que no había aprendido á sufrir, dobló su cabeza de Dios que estaba hecha para recibir únicamente adoraciones.

Los abuelos de mis abuelos habían hecho el contrabando en este pueblo; sus padres fueron comerciantes; ellos, más fuertes, más educados, más innovadores crearon una industria poderosa: mi tío Jorge, como si prematuramente estuviera cansado de todos los modos y maneras de la sociedad actual, se hizo explorador... Viajaba... Estuvo en relación con italianos, con ingleses, con suecos... Tuvo un barco... Consumió en seis años casi toda la fortuna de mi casa.

El instinto práctico de mi abuelo protestaba contra la inutilidad de aquella vida y de aquel gasto... Las dos mujeres de la casa, mi abuela y mi madre, se encargaban de adormecer los escrúpulos y tacañerías del buen hombre, sacando siempre á flote los caprichos, los antojos y las genialidades del tío Jorge que tenía alma de Infante.

## V

Estaba el favorito en uno de sus viajes cuando casó mi madre.

Yo no tuve la dicha de conocer al padre mío. Me dicen que era dulce, calla-



do, tímido como una mujer: inteligente, paciente y estudioso como un benedicto viejo. Era escritor. Ha habido un tiempo en nuestra tierra en que una reacción, tal vez prematura, pasó, como una racha, encendiendo en ansias de cultura meramente espiritual todas las almas. La generación que precede á la mía, es una generación de enfermos geniales. Se han olvidado de su cuerpo para dar su alma á su país.

Sigamos.

Pudo ser un idilio el matrimonio de mi madre. Pero el destino la tenía escogida de antemano para el sacrificio.»

Hay un temblor en la voz de Agueda Pía cuando pronuncia estas palabras.

## VI

«Entró una noche en la casa de mis Abuelos (mis padres vivían con ellos), regresando de uno de sus viajes, tío Jorge.

Estos bruscos regresos del Infante solían traer el desorden, la luz y la alegría estrepitosa al hogar morigerado y rancio de aquellos dos viejos. Mi padre era antiguo amigo de Jorge y le admiraba.

Se abrazaron.

Jorge no pudo reprimir, al abrazarle, estas palabras melancólicas:

—¡Serás feliz; más feliz que yo, Pablo! También lo mereces más.

Abrió los brazos á su hermana; le llenó la cara de besos... y, sin saber por qué—todos pudieron verlo—se le llenaron los ojos de lágrimas, al besarla.

Mi madre y mi abuela cambiaron una mirada de alarma.

Y aquella noche, cuando todos se recogieron, pasó mi padre al cuarto cuidadosamente y hasta espléndidamente alhajado del viajero, no pródigo, decidido á interrogarle.»

## VII

«Mi tío confesó. Una historia confusa, inquietante; trozos de pesadilla incongruente, zurcidos á oasis admirables de amor y paz idílica... Una bancarrota formidable en un negocio de minas; un idilio en Venecia, un desafío en Mónaco... El juego... Un mes de *vena* y el idilio se reanuda, crece, se hace el objetivo principal de aquella vida... ¿Quién es aquella mujer...? Una boloñesa... No sabemos más... Jorge la llama *Bianca Pía*... Lloro, recordándola...

Mi padre, intensamente conmovido, le consuela, le mima, le insta á proseguir...

Mónaco otra vez... el juego... Pérdidas en la mina, casi el hambre... Pasa por el idilio un viento de tragedia... Una fuga... La vida azarosa, inquieta, á salto de mata, sin brújula, sin camino, sin amparo. La mujer que enferma: la desesperación, el hambre casi.

Y finalmente—una tarde—el recuerdo del hogar paterno: las manos amigas, los corazones que comprenden, las pupilas que siguen y protegen, vigilantes; los labios que consuelan.

Mi padre estrecha la mano á tío Jorge: los dos están igualmente conmovidos.

El hogar... para él; pero... ¿la mujer...?

Y así concluye: han llegado juntos... Ella no pasará la noche en casa; está cerca; en una fonda pobre... Le aguarda, enferma, enferma siempre, la infeliz, la enamorada, la mártir.—¿Qué será de ella?—Es preciso que sus padres se decidan á ampararla...

—¿Verdad que lo harán, Pablo?—No ya por él; por humanidad, por compasión, por piedad, de limosna, ¿verdad?

Y el Infante, el privilegiado, el principesco, el refinado, el curioso, el divino, el risueño, solloza, solloza como un niño, abrazado al cuello de mi padre, incapaz de iniciativa, de acción y de energía.»

## VIII

«Apiñóse la familia como un cañaveral cuando lo azota el viento para resistir á aquel embate enorme...

Quedó el padre anonadado por la catástrofe material; por la deshonor y el descrédito del hijo que, inconsciente como *la Muñeca* de Ibsen, había llegado hasta la estafa criminal en sus zarpazos contra la tormenta. No le quedó corazón para entrar en el drama sentimental del tío Jorge. Estaba anonadado... Metióse en su despacho: trazó números; escribió á antiguos correspondientes, firmó giros, vendió casas, máquinas... No quería saber nada, de nada... Metido con todas sus fuerzas en la rehabilitación moral de su hijo, le habría dejado morir en un rincón, sin verle casi; mientras empleaba las horas del sueño, de la comida y del descanso, en trabajar de nuevo por su nombre.

Pero mi padre y las mujeres no podían abandonar al «favorito». Para ellos, el lado comercial de la tragedia no tenía interés... ¿qué tenía que ver aquello con el dolor de Jorge...? ¡Oh! Bianca Pía debió ser dulcemente feliz aquella mañana cuando Jorge triunfante, risueño, animoso y confortado otra vez en el cariño de los suyos, pe-

netró en el rancio cuarto de la fonda obscura, llevándola, más que un consuelo, una familia: una madre, una hermana, un hermano mayor, juicioso y adorable!

Tomó calor de intimidad aquel cuartito.

Comenzó á cantar sobre los mármoles mugrientos de las dos mesitas, el hervor de las tisanas.

Rodaron, por los sillones anónimos, labores femeninos de lana y estambre, á medio hacer.

Sobre un jarro, en la cómoda, hubo flores, rosas blancas que gustaban á la enferma, y que mi padre cuidaba de comprar cada dos días.

Jorge no se movía del lado de la enferma. Apenas soltaba una de sus manos, al verla adormecida, ella volvía la cabeza, abría sus grandes ojos, de ordinario escondidos por los párpados exangües y le buscaba ávidamente.

Mi abuela recibía al médico: tenía con él los largos diálogos; apuntaba horas, tomaba temperaturas, ejercía de enfermera...

La enferma le sonreía maravillada y agradecida, cada vez que ella, con manos sapientísimas, acudía á darles vuelta y á ahuecar maternalmente sus almohadas.

Con Jorge cambiaba algunas pala-

bras en italiano: con los demás, no sabiendo nuestra lengua, callaba; pero les daba gracias con los ojos y con una sonrisa que les hacía felices y que mi madre, alguna vez, ha creído ver reflejada en mis sonrisas.

Es mi orgullo.»

## IX

«No abundaban los recursos.

Como mi abuelo ignoraba todo aquello y mi padre no creía llegado el momento oportuno para confiárselo, fué preciso que éste hiciera esfuerzos desesperados para subvenir á los gastos crecidísimos que los cuidados de Bianca Pía requirieron. Mi madre cree que entonces contrajo su marido la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro.

Bianca Pía iba convaleciendo... Pasado el invierno, parecía que su cuerpo aterido se fuera desentumeciendo y floreciendo con la primavera.

Un día, mi padre tuvo, en el cuartito de la enferma, cónclave con la familia.

Al parecer los negocios de tío Jorge acababan de entrar, gracias á los esfuerzos encarnizados de mi abuelo, en vías de una solución honrosa.

Esto de una parte, y de otra la rápida convalecencia de Bianca Pía, que iba á salir á la calle de un momento á otro y

que por consejo de todos los médicos no podía dejar de trasladarse al campo para reponerse, volvía á poner sobre el tapete, de una manera aguda, la cuestión sentimental.

Mi madre había sido la encargada de explorar á tío Jorge. Sí, tenían confianzas de que hablase con ella más francamente que con su cuñado.

Había que hablar de matrimonio á la pareja enamorada, si se quería contar con el apoyo de mi abuelo.

Tío Jorge sonrió con una melancolía amarga...

El matrimonio era imposible. Bianca Pía era casada. Su marido muy rico, muy celoso, había jurado matarla... El tío Jorge decía estas cosas con una sonrisa melancólicamente dulce, que ponía al descubierto la doble hilera de sus dientes magníficos y fuertes: una sonrisa de tigre y de cordero, al mismo tiempo.

Mi madre se separó de él, amargadísima. No veía solución posible á aquel conflicto. Se comisionó á mi padre para que tanteara al viejo abuelo, sin cuya eficaz cooperación aquel pequeño mundo de seres alambicadamente enfermos y sentimentales entraba en la catástrofe.

Papá supo insinuarse y aun imponerse al noble anciano, sin presentar de

frente la cuestión... Expuso, ante todo, el caso, á la manera vieja, como el de unos amores contrariados, en Italia... Evidentemente, Bianca Pía había hecho mal en abandonar su hogar; pero, al fin y al cabo, el amor que la movía era disculpable... Además, su larga enfermedad atestiguaba del sentimiento y del trastorno con que dió este paso... Mi padre agarróse á la emoción con que seguía el viejo la relación de las desdichas de su pobre familia, alrededor de la enferma dulce y desconocida, aquel invierno.

—Pero ¿cómo ha sido posible subvenir á tanto...?

—Yo he trabajado bastante...

Y aquel viejo, curvado sobre su mesa de trabajo, se avergonzó casi de que su yerno hubiera tenido que trabajar para librar de angustia á los suyos.

Desde aquel momento, ganado el corazón del patriarca, fué todo lo demás de la conversación como una seda. Y un primer plan de nueva vida se estableció sobre esta base:

Mi padre acababa de liquidar sus negocios personales para sacar á flote los de Jorge. La familia levantaba el campo de la capital de provincia donde estaban y se trasladaba á un pueblecito, orillas del mar, donde paso á paso irían madurando y echando los cimien-



tos de una empresa naviera, bajo la dirección técnica de Jorge, si, al fin, se decidía á trabajar. Bianca Pía casaría con Jorge, obtenido después de la rehabilitación el consentimiento de sus padres.

—Creo que no los tiene, apuntó voluntariamente mi padre.

—¿Pues, entonces?

—¡No sé; no sé bien!—Hay una historia de familia.—Jorge no me habló del todo francamente, en este punto.

—Pues será preciso que hable claro, si hemos de entendernos.

—¡Bah!—concluyó mi padre.—Afortunadamente en el pueblo adonde vayamos no seremos conocidos y podremos prescindir de ciertas formalidades...

—Sin embargo, sin embargo, yo no puedo...

—Ya sé, ya sé, papá; pero quiero decir será más fácil todo.

—¡Más fácil, más fácil!—refunfuñó el viejo—conociendo que iba perdiendo terreno á pesar suyo. ¡Qué ese libertino no crea que, á mis años, va á poder jugar conmigo!

Dió media vuelta y se encerró en su oficina, á liquidar toda su vida de prolijidad y de labor en beneficio del adorado, mimado y secretamente admirado «libertino».

Y estas eran las noticias que mi padre

tenía que comunicar á sus cuatro oyentes, reunidos aquella tarde en cónclave, en el cuartito de la convaleciente.»

## X

«Mi abuelo tuvo el tiempo justo de liquidar sus negocios.

Pudo llamar á su hijo Jorge y enterarle personalmente de sus planes: aprovechó el momento para decirle que quería ir con él á conocer á Bianca Pía...

—Papá, papá, ¡qué bueno eres! Lloraba Jorge como un niño: lloró también el viejo.

Con la emoción de aquella escena no contaba nadie; pero aquella misma noche, una angina de pecho, en tres minutos, acababa con la vida laboriosa y preciosa de mi abuelo.

Y, roto el eslabón aquel, dolorosamente, inevitablemente, se deshizo la cadena.

Asustó á la familia el golpe brusco y al reunirse por la primera vez en la casa común y no en el cuarto de la enferma, aquella noche, velando el cadáver del patriarca, todavía fuerte y enérgico de expresión bajo la venerable albura de su barba lacia, confiesa mi madre que, por la única vez en su vida, miró con una especie de terror supersticioso á Bianca Pía.

Sin embargo, Jorge la quería tanto que, á mi madre, aunque no pudo evitarlo, le dió verguenza de haber tenido aquel miedo momentáneo...

A los pocos días, ordenados los negocios de tío Jorge y al frente la familia de un respetable capital, último resto de la liquidación paterna, trasladóse á este mismo pueblo en que ahora estamos.

Jorge, viendo restablecerse rápidamente á Bianca Pía, en la radiante serenidad de cielo y mar, se repuso con más facilidad que los demás, de aquel dolor.

Dicen que mi abuela estaba fatal... Seguía, vacilante, los pasos de su hijo, como si de aquella renovada vida suya quisiera aspirar, aspirar todo el perfume, antes de morir.

Inútil todo. En aquel mismo otoño, como dicen las buenas gentes del pueblo, *al caer de la hoja*, visitó la familia, por la primera vez, el cementerio, cuya cruz ves desde aquí, acompañando los restos de la pobrecita anciana.»

## XI

«Mi tío Jorge, en la atonía de todos los demás, había tomado la directiva de la pequeña tribu.

Una fiebre de afirmación, de acción, de agitación, de largos viajes volvía á invadirle. Pero le retenían en este rin-

cón las amonestaciones de su hermana, miedosa siempre de las amenazas que, según le contó tío Jorge, había profendido, una vez, el marido de Bianca Pía.

Mi madre es como yo, Marco: retiene la parte dolorosa de las cosas y lleva el cálculo de todos los dolores, como un regulador de todas sus alegrías.

Para entretener los ocíos y las impaciencias de Jorge y, al mismo tiempo, para mayor comodidad de todos, mientras llegaba la oportunidad de volver á lanzarse mi tío á sus empresas, compróse, entonces, á nombre de Bianca Pía, este terreno y empezaron, al mismo tiempo, las dos construcciones que hoy lo ocupan: la casa Blanca y «Las Termas».

Mis padres cuidaban de la casa; Bianca Pía y tío Jorge de «Las Termas» que habían sido idea de este último.

Bianca Pía y Jorge se vieron, por la primera vez de su vida, en Carrara, cerca de Bolonia. Fué, pues, necesario que viniera de Carrara todo el mármol destinado á esta especie de monumento sagrado, erigido á la gloria y al triunfo de su amor.

Tío Jorge conocía algunos arquitectos italianos. Le pareció que uno de ellos comprendería mejor su idea, un poco alambicada, que los arquitectos de nuestra tierra, metidos entonces y ahora

todavía, en un arte de renovación violento y hosco.

Escribió, trató, resolvió finalmente.

Y vino de Italia el arquitecto y—como dice mi madre—la fatalidad con él.

La Casa Blanca estaba ya cubierta cuando comenzaron, en realidad, los trabajos de «Las Termas».

El Arquitecto hacía vida común entre mis padres y mis tíos. La comunidad de patria hizo que se fuera aficionando al trato de Bianca Pía. Era joven.

Tío Jorge amaba demasiado á la italiana y era celoso como lo somos en España.

Un día, después de una conversación un poco brusca con mi tío, el Arquitecto se despidió de todos y partió.

En realidad su misión había terminado. Los obreros trabajaban solos: los planos estaban trazados y medidos: su presencia ya no era necesaria. Pero mi madre dice que pensó aquel día que el Arquitecto era corso y que tío Jorge, néciamente celoso, le había tratado con dureza.»

## XII

«Los otros continuaron.

Cuando, ya casi de noche, los obreros acababan de recoger sus herramientas, Bianca Pía que adoraba como yo este

sitio, solía descender y sentarse en ese mismo capitel de columna donde luego me he sentado yo y donde tu te sientas ahora, Marco.

No tardaba en reunírsele tío Jorge que, por entonces, compartía su cariño y su ilusión á «Las Termas» con los proyectos de una complicada expedición al Polo, en la que Bianca Pía debía acompañarle...

Una tarde, contra su costumbre, tardó tío Jorge en reunirse á Bianca Pía. Esta, aguardándole, en su sitio no vió que iba cerrando la noche, profundamente obscura...

La reptación solapada de una nave sobre el agua le dió un pánico instintivo: vió, entre las sombras, una sombra sobre el mar; de aquella sombra grande, se había destacado otra más pequeña, una lanchita, que bogando á toda furia, venía hacia «Las Termas»...

Bianca Pía debió tener un instante de miedo.

El viejo Chopo, mozo entonces, que, desde una colina cercana, con sus pupilas de hombre semi-salvaje, pudo seguir confusamente la escena, nos ha dado, después, estos detalles.

¿Creyó Bianca Pía que en la menuda barca era su Jorge el que venía á reunírsele?

Cabe pensarlo, porque, habiendo ini-

ciado ya una fuga por el sendero, se arrepintió después, volvió pasos atrás y espero á pie firme, que atracara el bote.

Salieron de él dos sombras: el viejo Chopo afirma que llegó á reconocer, en una de ellas, al Arquitecto corso. Son conjeturas...

Corrió, de nuevo, Bianca Pía; pero ya era tarde. Las dos sombras se apoderaron de ella: sonó una voz terrible, pronunciando en el silencio de la noche estas palabras:

—*¡Bianca Pía, sono io!*

El viejo Chopo echó á correr, llevando la alarma á la Casita.»

### XIII

«Ya Pablo y Jorge habían acudido á «Las Termas», creyendo oír gritos.

A medio sendero, mi padre oyó distintamente el ruido de un cuerpo, hundiéndose en el agua.

Cuando llegaron á «Las Termas», Bianca Pía no estaba allí.

Tío Jorge lanzó un grito estridente y amartilló un revólver, echándose al agua, en persecución de un bote negro que se alejaba á toda prisa.

—*Vi amazzo, vi amazzo...*—gritaba.

Una detonación partió del bote.

Cayó mi padre, con la frente atravesada...

Y hubo un gran silencio: el enorme silencio de las muertes tremendas, solo interrumpido por el golpe furioso de los cuatro remos, que con celeridad pasmosa se iban acercando á la gran nave.

Atravesaba un jadeo la superficie blanda y oleosa de las aguas: rebullían unas espumas y un brazo armado salía del abismo, amenazando al cielo...

Cuando el viejo Chopo, mi madre y Mari-Pepa llegaron á «Las Termas,» sonó una detonación.

Tal vez en el momento de expirar, protesta terrible, el brazo armado disparó á los astros...

Y en aquel mismo instante, con un silbido estridente, viró la gran nave, escapando á toda máquina...

#### XIV

Mi padre estaba gravemente herido.

Sin la tisis que le minaba habría podido sanar de aquella herida.

Pero vivió tres meses nada más. Supo que yo iba á nacer muy pronto. Lloró, sonrió, besó á mi madre, y me bendijo dulcemente. Murió sin amargura.

Se pudo hallar, en la madrugada de la catástrofe, el cadáver de Tío Jorge. Se le enterró junto á su madre. Mi pobre padre le fué á hacer compañía al poco tiempo.



No se encontró el cadáver de Bianca Pía.

Sin embargo, mi padre tenía la seguridad de haber oído, yendo hacia «Las Termas», el ruido siniestro de un cuerpo que se arroja al agua. Acaso las dos sombras del bote, lograron arrancar su presa á las olas y se la llevaron, viva ó muerta, para ejercer en ella el horrible sacrificio de una venganza póstuma y tremenda...

Hay, en el pueblo, la leyenda de que el cadáver de la italiana, en las noches de luna blanca, sube á flor de agua, levantando una fosforescencia ténue, como una neblina...

Pero son leyendas.

Yo nací al mes de cumplirse esta tragedia, como si viniera á dar con mi vida testimonio de ella.

Y mi madre, asustada, atemorizada, pasmada, dolorida, procuró cercarme de todos los cuidados, de todas las prevenciones, de todas las paces, de todos los silencios, de todas las soledades que su corazón, tan combatido por la vida, le hacía desear... Y me puso por segundo nombre, Pía, en memoria de aquella mujer que fué el amor y el dolor; el destino adorado y fatal de nuestra casa.

Esta es, Marco—ya te lo he dicho muchas veces—la historia de «Las Termas».

## XV

Calló Agueda Pía. Había anochecido... Mamá Dolores, sin hacer ruido, se había ido deslizándose por el sendero y estaba á dos pasos de los dos enamorados, sin que ellos la vieran, oculta por una columna.

Al callar Agueda Pía, se hizo perceptible el jadeo en el agua, de una gran nave que iba ganando, muy cerca de las rocas, el pequeño puerto... Había en la nave una luz roja... Llegaba á toda marcha.

Agueda Pía miró aquello y miró á Marco, sobrecogido de terror. Marco Fortis había palidecido...

Ni uno ni otro hablaron.

Cuando pasó la nave cerca de «Las Termas», una voz femenina, cálida y vibrante, gritó desde allí:

—*Marco Fortis, sono io!*

La fortuíta coincidencia de aquel grito, con el otro que había desencadenado la tragedia de «Las Termas», acabó de sobresaltar á Agueda Pía.

Marco Fortis se puso en pie, lanzando una imprecación...

Cuanto á la infeliz Agueda Pía, su madre había tenido el tiempo justo de adelantar los brazos para recibirla en ellos...





## CAPÍTULO ONCE

### I



GUEDA Pía necesitaba creerle.

Marco Fortis le habló con toda sinceridad. Su antigua amistad con Mónica Poldo, su vida al lado suyo, la noche de Venecia, el viaje, las cartas, la renovación que había sentido en su alma el Arquitecto al verla á ella, todo esto contado efusivamente, generosamente, con lágrimas á veces, al otro día de la llegada de Mónica Poldo al pueblecito, sirvió para esplicarle á la mujercita aquel «Marco Fortis, sono io!» que tanto la había sobresaltado por la resonancia ancestral que despertó en su alma.

Calló Marco Fortis, inspeccionando en lo profundo de los ojos, con los suyos velados de emoción, á Agueda Pía.

Le tenía cogidas las dos manos.

Le preguntó:

—¿Estás más tranquila?

Por toda respuesta, Agueda Pía, preguntó á su vez:

—¿Cuándo la conoceré?

—¿Quieres conocerla?

—¿Por qué no...? ¿Te ha hablado ella de mí?

Marco Fortis calló.

Agueda Pía volvió á preguntarle:

—¿Te ha hablado de mí...? ¿De qué habéis hablado?

—De nada: no la he visto todavía—respondió Marco Fortis.

Era verdad. No había querido verla... Desde «Las Termas,» dejando á Agueda Pía en brazos de su madre, el Constructor había ganado, por el sendero, las colinas y estuvo andando errante hasta punta de día, temeroso de un encuentro con la Embajadora.

Penetró furtivamente en el pueblo, in ser visto de nadie; y había venido á las diez de la mañana á la Casa Blanca, deseoso de decidir con Agueda Pía, después de hablarla lealmente, un plan de conducta.

## II

Inconscientemente, la mujercita le reprochó á su amigo aquella importancia que parecía darle á la llegada de

Mónica Poldo. ¿Por qué no había acudido á saludarla, á recibirla, á hablarla, como era natural? No sabía qué pensar de aquella actitud, un poco rara, de Marco Fortis.

Frente á frente de la mujer, aquella otra mujer se hacía astuta, maliciosa; tenía refinamientos y argucias que el Constructor no hubiera sospechado en ella.

Así, por ejemplo, esta calma de que ahora se reviste, esta alegría un poco forzada, esta serenidad no exenta de inquietud con que acaba de decirle:

—¿Por qué no vamos ahora, á visitarla?

—¿Los dos?...

—¡Oh yo vería el barco nada más...! Tengo ganas de ver un barco grande. Mamá Dolores vendría con nosotros... Ella ni siquiera se fijaría en mí...

—No; Mamá Dolores, no me tiene simpatía...

—¿Dicho...?

Marco Fortis era más dueño de sí que en otro tiempo. Agueda le había enseñado á conocerse; á calcular la fuerza de sus sentimientos y á tener conciencia de su poder humano.

No quería que las dos mujeres se encontraran sin saber antes con qué intenciones venía Mónica Poldo.

Y ahora se dió cuenta claramente de

la razón que le había traído tan de mañana á la Casa Blanca.

*Necesitaba* el permiso de Agueda Pía para hacerle á la Veneciana aquella visita ineludible. Y por la primera vez el amor tranquilo y bueno que la mujercita le inspiraba, vistióse dentro de su alma de una tinta grisácea de deber, de cosa marital, solemne, fija: Mónica Poldo, con el amplio sentido que daba á la palabra, habría dicho «provinciana».

¡Mónica Poldo...! ¡Cosa rara...! Este nombre pasaba evocador y potente por el espíritu de Marco Fortis... Tuvo una sincera amargura, un miedo instintivo á inquietudes renovadas; pero vió muy claramente que si *necesitaba* el permiso de Agueda Pía, era porque *deseaba*... ¡oh, deseaba furiosamente! la entrevista con la lejana, con la *renacida* Embajadora.

¿Seguía la mujercita intuitivamente aquellas divagaciones de su amigo?

En todo caso, la expresión de su rostro no lo dejaba conocer.

Estaban sentados en aquel mismo banco de pizarra, desde el cual Agueda Pía conferenció con Talo, la mañana famosa, hace ya meses, en que Marco Fortis llegó al pueblo...

El Constructor observó:

—Nos hemos quedado muy callados...

—Pensaba...—empezó á decir Agueda Pía.

—¿Qué pensabas?

Marco Fortis estaba impaciente por salir de aquella situación equívoca.

—Nada; me dirás que no.

—Veremos; habla.

¿Recordáis aquella devota furia del amor de Agueda Pía, que levantaba en alto, como con ambas manos, el cáliz de su felicidad, para librarlo de todos los ataques, de todos los tropiezos, de todas las amenazas, en una fuga magnífica, sendero arriba, á través de unas rocas ideales?

En aquella fuga desesperada ó delirante, la mujercita acababa de hacer alto.

No se le había roto el cáliz, intacto entre las manos.

Pero ella estuvo á punto de dejarlo caer, para llevarse las manos al costado, terriblemente dolorido.

¿Qué era? ¿Qué le acontecía? No se daba cuenta, la infelíz.

Acaso un áspid le había mordido el corazón.

### III

Y cuidadosa de ocultarle á Marco esta impresión amarga, Agueda Pía, por la primera vez desde que se conocían,



tuvo un fingimiento voluntario al responderle.

—Tengo ganas, muchas ganas de conocer á tu generosa protectora, Marco. Pensaba que podías hacer una cosa...

Vacilaba, vacilaba; había una renunciación á horas tan dulces en todo lo que iba diciendo que no brotaba de sus labios sin esfuerzo.

—... pensaba que tu no debes quedarte á almorzar hoy con nosotros... Vé á verla: almorzarás con ella... La pondrás al corriente de tus cosas, de tus trabajos, de sus encargos... ¿eh?

Marco no se atrevió á contestar: tenía miedo de darle pena á Agueda, cediendo demasiado pronto... La mujercita, suficientemente aleeccionada con el silencio de Marco, prosiguió:

—... y luego, por la tarde, venís juntos á la Casa Blanca. Nos conoceremos; visitaremos los tres «Las Termas»... Con lo que me has dicho del carácter de ella, han de gustarle... ¿No te parece que le gustarán?

Esta impresión, horriblemente amarga y dolorosa, de nuestro propio sér desdoblándose en dos seres diferentes, uno que habla cosas tranquilas y frías; otro que, metido en fuego líquido, apura vergonzosos tormentos inconfesados, no la había experimentado el alma dulce de Agueda Pía hasta el momento aquel.

Oía sonar su propia voz, diciendo aquellas vulgares palabras, como alguien que, metido en una cárcel, entre tormentos espantosos, oyera la copla indiferente ó liviana que canta su propio centinela.

Marco Fortis, encantado, agradecido á aquella feliz disposición de su amada que, con tanta facilidad, le llevaba precisamente á lo que él estaba deseando, se disponía á ceder.

Agueda Pía insistió aun:

—Precisamente Mari-Pepa no ha estado muy feliz esta mañana: almorzarías mal en casa.

Así, con esta inefable modestia, con esta divina vulgaridad, hacía sus primeros sacrificios el alma anónima de Agueda Pía.

Su gesto era no tenerlo.

Marco Fortis pudo creerla perfectamente tranquila, cuidadosa como siempre de los pequeños detalles, de las diurnas atenciones de lo doméstico... ¡Qué distinta de Mónica Poldo...!

Y á cada nueva frase de Agueda Pía, crecían las tentaciones en su alma...

—Vé, Marco, vé; yo justamente tengo un poco de jaqueca esta mañana... ¡Oh, no es nada, nada...! Una horita de siesta ha de aliviarme.

Y como si el Constructor ya estuviera decidido, le alargó la mano, diciéndole con admirable lealtad:

—¿Pero vendréis á ver «Las Termas,» eh?—Los dos; está entendido. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde, ya que tu lo quieres.

—Creo que es mejor, ¿verdad?

—Yo no me habría atrevido á proponértelo, Agueda; pero, puesto que tú lo has dicho, te hablaré francamente, sí, es mejor.

Y un poco nervioso y un poco apresurado—un poco distraído también—volvió la espalda á Agueda Pía.

Esta tuvo aún una exigencia: la última.

Sus manos crispadas se agarraron al último girón de su felicidad que se le disipaba como el humo entre los aires.

—¡Marco...! Marco!

Había tal angustia en estos gritos que el Constructor volvió sobre sus pasos asustado.

Agueda Pía sonrió primero; rió después, rió con una risa convulsiva, que no podía contener, que sonaba como una catarata de oro por aquellas soledades...

—¡Qué cara has puesto...! ¿Te has asustado? Nada, nada; quería decirte que te ibas sin despedirte de Mamá Dolores...

—Como volveré en seguida...

—No; hasta la tarde no...

—Por eso mismo; ya casi es la tarde...

Dieron las doce cuando hablábamos. Tengo un poco de prisa, si he de almorzar con Mónica Poldo.

—Tienes razón... ya es muy tarde. Corre, corre... yo le esplicaré á Mamá Dolores.

Y Marco Fortis, andando ya, risueño:

—Bien, hasta después...

Esta vez, Agueda Pía no pudo contestarle de palabra. Mordióse los labios; quedó muda, agitó unas veces la mano en el aire saludando.

Sin que Marco Fortis lo notara siguióle unos pasos.

El iba deprisa, deprisa como el día aquel.

Salió Mamá Dolores á la ventanita que ya conocemos, gritando:

—¡Agueda, Marco...! ¡El almuerzo!

Vino Agueda sola. Le dió mucha tristeza pensar que Mamá Dolores llamaba á los dos y que acudía ella sola.

Se le velaron los ojos.

Y, tal vez para dar tiempo á que la emoción se le disipara, dirigióse á la Casa Blanca lentamente, lentamente, como si se fuera dejando su corazón por el sendero...







## CAPÍTULO DOCE

### I

**L**A cubierta del yate, blanca, inundada de luz, en estas primeras horas de la siesta... Olor á breas, petróleos, gases, cables, vapor: olor á mundo siglo xx, en una soberana trabazon de cosas refinadas, exquisitas, fervientes y potentes, que tienen el latido somuerto de la máquina en el fondo... El pueblecito, colocado en anfiteatro junto al agua, blanquea como una decoración afortunada y dócil: á la izquierda y metiéndose en el mar, sobre el promontorio, la Casa Blanca que es enana, vista desde allí, y que parece una rara nubecilla pronta á volatilizarse en la gran luz...

Un tapíz indio, entre dos palos, sombrea unos divanes japoneses... En una mesita de laca, laborada y nacarada como un estuche de joyas, pipas, tabaco, cigarrillos, opio... Una lámpara de alcohol pone en el aire fino el lirio vago de su llama.

Sobre otra mesita, de aire fastuosamente oriental, en menudas tazas de oro arde el café turco...

Mónica Poldo fuma un kedive...

Marco Fortis, en su pipa, llena á medias de tabaco, á medias de opio, vuelve á gustar el dejo de sus antiguos días.

Todas aquellas cosas naturales, que hizo tan suyas y que le hicieron tan de ellas cuando habitó estos meses en su seno, recobran, á los ojos de Marco Fortis, vistas desde el yate, entre los aromas del café, del opio y del tabaco, su categoría de mundo inferior, visual á lo más sentimental, decorativo y típico...

Digamos, en honor del Arquitecto, que hace una escepción... Agueda Pía es más que aquellas cosas... Roza con una categoría superior. No se confunde con ellas: es su quinta esencia, es su expresión, su forma definitiva... Si ha podido llevarla estos días en su corazón, como un sentimiento, no le cuesta trabajo llevarla desde ahora en su mente de hombre de hoy, como una idea... La

ama, decididamente la ama y ella es digna de su amor...

—¿Qué piensa V., Marco?

Bruscamente, estas palabras de Mónica Poldo vienen á sacar de su abstracción á Marco Fortis.

—No pensaba nada: me dejaba arrastrar de unas vagas sensaciones.

—¿Dice V. que aquello es la Casa Blanca?

Mónica Poldo señalaba con su brazo, desnudo al tenderlo, la nubecilla blanca sobre el promontorio.

—Sí.

—¿Y Agueda Pía vive siempre allí?

—Siempre...

—Lo que V. llama «Las Termas,» ¿podemos verlo desde donde estamos?

—No...

Marco Fortis sufría con aquel interrogatorio.

Mónica Poldo, comprendiéndolo insistió.

—¿Estaba con V. Agueda Pía, ayer noche, cuando pasó el yate rozando con «Las Termas?»

—Sí.

—Entonces me oyó gritar.

—Es muy probable.

—¿Qué dijo?

—Me despedí en seguida: no hablamos de ello ayer.

—¿Y hoy? ¿Han hablado Vdes?



Todavía Marco Fortis era incapaz de una traición: había estado mirando á Mónica Poldo, como nunca miró á mujer nacida. Los blancos dientes de la semidiosa aparecieron entre la púrpura patricia de sus labios, como una amenaza triunfal. Aquellos dientes habían de morder en el corazón de Agueda Pía con una gula lasciva... Marco Fortis tuvo una compasión infinita de su amiga. Revolvióse contra Mónica Poldo bravamente. Sabía que podía herir furiosamente allí donde no había corazón que sangrara, ni pupilas que llorasen con dulzura. Respiró, como un libertado, al hallarse frente á frente de este enemigo, fuerte, poderoso, recio.

## II

—Mónica Poldo, hablemos de otra cosa.

—¿Qué...?

Apenas si la urbana compostura del modo social quitaba á este monosílabo dicho con un salto de todo el cuerpo la primitiva aspereza de la indignación.

Marco Fortis, con mucha calma insiste:

—Que hablemos de otra cosa, Mónica; la curiosidad ligera que tiene V. por

esta criatura admirable me hace daño. Dejémosla en paz. Hablemos de las cosas que están á nuestro alcance.

En Venecia, Marco Fortis habría sido incapaz de este desplante.

Mónica Poldo calló, recobrándose de un despecho demasiado visible.

En este mismo momento decidía Marco Fortis que era soberanamente hermosa. Sonrió.

—Hablemos de V... ¿no basta?

Una onda de orgullo aceleró la sangre por las venas de Mónica Poldo. Volvióse á mirar á Marco Fortis sorprendida. Resistió él su mirada. Agueda Pía le había acostumbrado tenazmente á la cálida y en el fondo humilde voracidad de las miradas femeninas.

—¿De mí?—recalcó Mónica Poldo, sinceramente sorprendida.

—De V... ¿por qué ha venido aquí...?

—Tiene V. razón... No ha hecho usted nada por mí; no ha cumplido uno solo de los encargos con que salió de Venecia; no habrá vuelto á pensar en nuestra obra, á pesar de mis cartas... ¿A qué he venido, pues...? Pero V. olvida que me rogó V. mismo que viniera.

Puso Mónica Poldo en estas palabras la energía del que exige la realización de un pacto.

Marco Fortis vió el abismo á sus pies. Todas las astucias, todas las malicias,

todos los refinamientos de la hipocresía femenina; todas las menudas artimañas de cartas mostradas á tiempo, de confidencias susurradas, de ardides hipócritas, que puede emplear una mujer para luchar con otra, se le hicieron presentes al escuchar á Mónica Poldo estas palabras. Era siempre Agueda Pía la víctima de aquella lucha. Comenzaba á comprender, mejor dicho, á adivinar, el móvil de la veneciana, al emprender el viaje.

Volvió á odiarla. Y se juró á sí mismo apartar cuanto pudiera á Mónica Poldo de la divina Agueda Pía. No; esta tarde no irían á la Casa Blanca, como ésta le había pedido... Ella no sabía; sufriría, tal vez, sola, esta tarde; pero mañana, cuando él le explicara...

Marco Fortis estuvo muy contento de esta decisión que acababa de tomar porque ya hacía rato le estaba preocupando lo largo de su permanencia en el yate.

El silencio del Constructor dió á Mónica la seguridad de haberle hecho impresión con sus palabras.

—Sí; amigo mío, V. me rogó que viniera y yo, sumisa...

Sonreía.

Marco Fortis, preguntó:

—¿Sumisa...?

—Y obediente, no puede V. dudarlo

puesto que me tiene á su lado; he accedido á su ruego.

¡Sumisa y obediente...! Estas palabras ponen un cerco de llamas al corazón de Marco Fortis... Sabe, por Agueda Pía, ¡siempre ella! qué tesoros de bondad y de amor encierra un alma femenina en la sumisión y en la obediencia...

Se ha puesto en pie. Ahora, un poco apoyado en la mesita, ha avanzado hasta cerca de Mónica Poldo... No se mueve la veneciana... Tiene que levantar los ojos para hablarle á Marco y éste se mira en ellos como en un bronce bruñado...

Marco tiene un plan confuso. Recuerda la especie de unción respetuosa con que mira á Agueda Pía.

¡Qué distinta de esta libertad franca y violenta con que devora á la veneciana con los ojos! Ha adquirido en estos meses un sentido de la vida que antes le faltaba. Conoce los sentimientos... ¡Qué arma en sus manos este conocimiento liberador y fuerte!

### III

—¿Sabe V. por qué le rogué que viniera, Mónica?

—Lo sospecho...

Sintió Mónica Poldo que iba á llegar su entrevista con el Constructor al pun-

to álgido... Tal vez por eso empleó este verbo vago que dejaba á Marco Fortis la libertad de escoger por sí mismo el campo de combate.

—Por piedad á Agueda Pía...

—No lo niego.

—No; créalo V. profundamente. Era necesario que nuestra situación — la nuestra, Mónica, la de V. y la mía — se definiera claramente. La tranquilidad de esta adorable criatura pende de esto.

—No lo entiendo.

—No es preciso, Mónica. ¿Cree V. que la vida es solo un artificio voluntario?

—Debe serlo.

—¡No lo es! La noche de nuestra despedida, en Venecia, creía amarla á usted...

—¡Marco...! V. olvida...

—...creía amarla á V...

Las fuerzas, con las cuales contó Marco, le abandonaban. La veneciana volvió á mirarle al rostro: el Constructor, vaciló: hizo una pausa... Le tomó una mano, que ella tenía á su lado, sobre la mesa.

—... ¡y habría sido una delicia amarla, Mónica...! ¡Oh, V. sonrío! No conoce el amor; no lo conoce como yo, que lo he sentido pasar por mis venas como una embriaguez, hiriendo las ideas, torciéndolas como el sol tuerce las rosas al mediodía...!

Llevóse á los labios la mano de Mónica Poldo.

Ella besó ávidamente. Cuando quiso apartar su boca de ella, la veneciana, con la otra mano, le retuvo todavía... Se puso en pie...

Marco Fortis creyó entonces que había llegado á la cúspide definitiva de su existencia. Al ponerse en pie la mujer, le había atraído insensiblemente á ella... Cuando ella alarmada, retiró sus manos, Marco Fortis, asió de su cuerpo magnífico, sintiendo bajo sus dedos resbalar la seda. Mónica Poldo, irguió su cabeza, defendiéndose... Todavía Marco pudo besarla... El cuello tibio, que rozaron sus labios, y todo el perfume diluído en aquel recodo íntimo, bajo la bóveda combada de la barba, acabaron de dar forma á su deseo.

Al sentirse rechazado, levantó él su frente dura, donde por la primera vez de su vida palpitaba la voluntad.

Ella, á unos pasos de él, le miraba indignada.

—Mónica...

—¡No!

—Mónica Poldo, lo has querido como yo: basta de hipocresías; esto era fatal.

Avanzó...

Mónica Poldo, huyendo de él, ganó una puerta...

Al inclinarse Marco Fortis para en-

trar también por ella, aunque sus ojos, donde la violencia del deseo agolpaba la sangre, veían las cosas muy confusas, recibió la impresión de un bulto blanco, acaso una nubecilla, que sobre la serenidad del mar, movía el aire.

Miró otra vez... No era el mar, era el promontorio. Y sobre el promontorio, la Casa Blanca.

Su corazón dió un salto. Marco Fortis se detuvo: una mirada circular le convenció de que nadie había sido testigo de la escena.

Abandonó la puerta... Volvió á sentarse, ébrio de opio y de deseo, en un diván...

Se pasó la mano por la frente...

Sentía un dolor, un dolor terrible en el alma: allí moría algo, algo que él no quería ver morir, algo melodioso, dulce, musical como un acorde...

#### IV

En la Casa Blanca, mientras tanto, Agueda Pía iba del Pico al sendero, del sendero á «Las Termas,» de «Las Termas» á las últimas rocas que se metían en el mar, impaciente, para observar el yate.

Mujer, había dispuesto sus armas para el combate que esperaba. En su sencillez, en su dignidad primaveral, se ha-

bía repuesto facilmente de sus alarmas de la víspera... Su cariño disculpó la precipitación de Marco, aquella mañana, cuando la abandonó por saludar á Mónica... ¿De qué podía quejarse ella...? La velada anterior, toda aquella mañana habían sido para ella... Marco necesitó que ella misma se lo suplicara para visitar á aquella amiga antigua... Cuando era una cosa tan natural... Pero Agueda le agradece á Marco aquella atención... Las mismas confidencias espontáneas de Marco ¿no eran una prueba de su lealtad...? Y cuando ella le suplicó que viniera por la tarde con la veneciana ¿hizo él resistencia? Ni lo intentó siquiera... Aquí es donde Agueda Pía acabó de serenarse... ¡Oh, no dudaba ella de la sinceridad de Marco...! Pero, aunque hubiera, dudado estaba segura de leer claro en las relaciones de su amigo con la veneciana, desde el primer momento en que los viera juntos... Sabía, sabía ella que su corazón no había de engañarla... Y esperaba el momento en que llegaran ambos, con una impaciencia...! ¡con una impaciencia!

Hasta Mamá Dolores se lo conoció.

Como ella, sin darse cuenta, estaba un poco excitada y su corazón le rebosaba, tuvo forzosamente que explicarle á su madre, de un tirón, de una vez lo que



estaba sucediendo: cómo Marco le había hablado por fin; cómo eran tan felices, cómo ayer, en «Las Termas», le emocionó la llegada de aquel yate... Ya lo vió Mamá Dolores... Pero no había motivo: decididamente no había motivo... Marco Fortis había hablado sinceramente esta mañana: dejó de almorzar con ellos para cumplir aquel deber de cortesía con su protectora... Agueda Pía empleaba gustosamente esta palabra que, no sabía ella por qué, daba cierto carácter de gravedad, de reposo y aun de ancianidad á Mónica Poldo...

—Y ahora la conoceremos, Mamá; vendrá Marco con ella, para enseñarle las obras... ¿No son ellos?

No eran ellos: era una barca que pasó de largo, indiferente.

—Tal vez por el sendero...

Tampoco venían por allí: decididamente estaban en retardo.

Mamá Dolores recuerda que *aquella noche*, cuando su hija le habló por la primera vez de sus amores, tuvieron ambas, á propósito de ciertos detalles, una sospecha misma: que Marco Fortis amaba á otra mujer.

Mamá Dolores no había vuelto á hablar con su hija de aquellas cosas, hasta este momento. La sospecha se había quedado agarrada á su pobre alma enju-

ta sin que nuevas impresiones hubieran venido á disiparla ó deshacerla... Ella no había recibido, como Agueda Pía, la confesión emocionada y temblorosa de Marco Fortis... Además, Mamá Dolores era asustadiza, tímida... El dolor la había acostumbrado al dolor... Interiormente se dijo, uniendo las confidencias de esta tarde á las de aquella noche: «La mujer cuya existencia sospechábamos acaba de llegar: hija mía, estás perdida».

No habló.

Pero, compadeciendo las impacencias de su hija, se puso á andar al lado suyo por el sendero y fué diciendo:

—Yo no he hablado con Marco, hijita mía, es la verdad... Pero, en tu lugar... ¿qué quieres que te diga...? no le aguardaría.

—¿Por qué, mamá?

—Por nada, por nada... Pero, piensa bien... Tú piensas poco las cosas, hija mía. Todo te parece fácil... Todo lo ves hecho en un momento... No; no pasa así. Porque tú tienes curiosidad de conocer á esa señora, ¿crees que ella deseará conocerte...? No es lo corriente en el mundo, hija mía... Tú, como apenas has salido de la Casa Blanca... Y si Marco no tiene con ella intimidad ninguna, ¿cómo quieres que haya podido responderte de que ella vendría, sin ha-

blarle.. ? No, lo más acertado es pensar que hoy no vendrán ya... Marco ha dicho lo que ha dicho por no darte pena... Pero él sabía que no iba ya á volver hasta mañana... O, en todo caso, vendrá solo... Pero eso tal vez tarde; cuando la señora no pueda considerar descortés que se retire... Piensa, hija, que hay en el mundo relaciones y obligaciones inevitables... Marco está obligado á esta señora... No es él; es ella quién dispondrá lo que deban hacer esta tarde... Empieza á conformarte... ¿Ves...? Ya el sol se pone... Sé paciente; sé paciente... Al fin y al cabo, mañana has de tener la explicación de todo...

Iba, en efecto, poniéndose el sol... La infinita melancolía del crepúsculo diluía en el agua y el movimiento insistente y tenaz de las olas, rompiéndose en las rocas, decía nostalgias dolorosas...

Agueda Pía sintió que nuevamente las alas del corazón se le caían... No respondió á su madre...

En uno de sus paseos, al llegar junto á la puerta de la Casa Blanca, dijo, quedándose allí:

—Entro, mamá: noto un poco de frío... Es el otoño...

Mamá Dolores entró también y se hundió en un sillón, junto á una ventana...

Agueda Pía fué á su cuarto... Se había compuesto aquella tarde: mujer, había preparado sus armas para el combate que esperaba... Ahora le daban ira aquellas galas... ¿Cómo debía ser Mónica Poldo...? Se miró al espejo ávidamente... Nada; no le decía nada... Ella no podía resolver...

Dió unos pasos... Abrió una ventana... ¡Qué doloroso gesto el de abrir una ventana, cuando se ha perdido la esperanza...! Agueda miró, sin ver... Era bien cierto, el otoño estaba allí...

—¡Pobre padre mío!—pensó toda llorosa.—También debías recoger con dolor desde estas ventanas la melancolía del crepúsculo de otoño... A tí te traía la muerte... Pero á mí el desengaño... Padre mío... padre mío... tu fuíste más feliz que yo...

Una campana en el oro de la tarde... La oración... Agueda Pía no podía más...

Puso los brazos en el alféizar de la ventana; hundió allí la cabeza negra, como sus dolores; lloró...

—¡Marco! ¡Marco! ¡Marco! ¡Marco...! ¿por qué me abandonas...?

## V

... Y, sin embargo, Marco Fortis tenía la plena sensación de haber nacido, de

tener carne sobre los huesos y hierro en la sangre, exclusivamente para llegar, por sus pasos contados, al momento aquel.

Latían sus dos pulsos con tal furia, que le daban la sensación de dos bocas furiosas mordiéndole en las sienes.

Desde que Mónica Poldo había desaparecido por la puertecita enana en lo interior del yate, todas las potencias y facultades de su sér, como obreros en fiebre, se habían puesto á reconstruirla, á sus ojos, de mil modos diferentes, en mil actitudes dominadoras y obsedantes. La hacía de pensamiento; la hacía de sangre; la hacía de sombra; la hacía de oro; la hacía de nieve: era, á veces, infinitamente pequeña y sus ojos la absorbían y sus fauces la tragaban y le hormigueaba, como si estuviera diluída en el aire, por los dedos, por las sienes, por los carrillos, por los labios... Era, á veces, gigantesca y él entraba armado de hacha en la selva erizada de su cabeza negra... Ella había querido defenderse; levantaba un brazo: quedaba el hacha clavada en una vena y fluía, fluía la sangre espléndida, caliente, embriagadora, ahogándole...

—¡Mónica...!

Toda la vida del Constructor era una pesadilla ténue y ella sola la Realidad...

Agueda Pía surgió entonces... Le tenía una profunda compasión... Marco Fortis sabía que su Agueda Pía había de compadecerle en aquel instante... Era maternal, Agueda Pía, y le enseñaba á amar... Armaba su corazón y le fortalecía, echando en él sangre del suyo... Marco Fortis veía que Agueda Pía iba á morir exangüe; pero no tenía el valor de evitar su sacrificio... Necesitaba de ella para fortalecerse, para *enamorarse*, para triunfar de Mónica Poldo, oponiendo fiebre á fiebre; audacia á audacia; amor á amor; sexo á sexo...

«Gracias, Agueda Pía... Eres mi divina Agueda Pía... Jamás te olvidaré...» Y ella moría... Marco Fortis sentía su corazón fortalecido con la sangre de otro corazón. Sentía su persona confirmada en el influjo que había ejercido sobre otra persona... Aquella muerte le amaestraba en la eficacia del amor...

Partía, furioso como un guerrero antiguo, al encuentro de Mónica Poldo; cuando ella se erguía, él la castigaba, violentándola... Si ella amenazaba y atacaba, Marco Fortis se defendía poniendo entre él y la Amazona en celo, el cuerpo delicado y muerto de Agueda Pía, como un escudo protector...

Había cerrado la noche... Pasaron unos hombres de la tripulación, ha-

ciendo sonar unas cadenas sobre cubierta.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—pensó entre sí Marco Fortis, levantándose del diván en que yacía, como embrutecido.—Esto no es la realidad: esto es el opio... ¿qué me pasa?

Tambaleó, al hallarse en pie... Se pasó instintivamente la mano por las sienes... Miró á su alrededor... En la recia espesura de las sombras, él buscaba algo...

Habría bastado poca cosa. Una sola lucecita blanca irradiando del sitio que él sabía, le habría salvado tal vez en aquel naufragio de su alma.

Pero la tiniebla era cerrada, densa... Le costó orientarse... ¿Habían zarpa-do, mientras le embargaba aquel sopor extraño y navegaban ya por alta mar...? No; las luces del pueblecito, á su espalda, le tranquilizaron...

Pero de la parte hacia la cual miraba, nada... Ni una ventanita iluminada; ni la sombra en la lejana luz, que él conocía... ¡qué dolor!

Surcó una estrella errante el mudo terciopelo de la noche... Fué á morir, precisamente allí... Marco Fortis, italiano, tuvo un estremecimiento: luego lo que él temía iba á cumplirse...

Sonrió, con una amarga risa, donde había la mofa cruel de todas las cosas nobles y puras de este mundo.

Se encogió de hombros... Repitió, en otro tono, «¡qué dolor!»

Y entró por la puertecita, abandonando la cubierta.

. . . . .  
Una racha de aire de montaña triunfal, impetuosa, audaz, rasó el mar en aquel punto... Hizo vibrar todos los mástiles de las embarcaciones surtas á dos pasos; tendió todas las cuerdas; desgarróse, en su marcha huracanada, por todos los obstáculos; se dejó cortar por todas las rocas puntiagudas de la costa y levantó, de un solo impulso, en la paz de la bahía, una sinfonía chillona, descompuesta, sarcástica, de risas, de gritos, de aullidos, de silbidos...

Castañetearon todos los dientes en la boca de vieja de la Noche.









## CAPÍTULO TRECE

### I



EL viejo Chopo que ha sido contrabandista y ha hecho, según dice, la primera guerra colonial, tiene la mano suelta en estas cosas.

Agueda Pía no ha tenido que repetirle dos veces el encargo. Ha comprendido á la primera; y basta.

El no niega que, por las emperezadas calmas de su espíritu, pasa desde que le habló *ñita* Agueda Pía, en el pasillo, en voz baja, mientras su madre se sentaba á la mesa y Mari-Pepa servía la sopa, un viento levantisco de emoción y de aventura... Aquella confianza de *ñita* Agueda Pía, tan callada con todos, abriéndole su corazón y poniéndose

casi en sus manos de aquel modo, le dá, á sus mismos ojos, una especie de prestigio halagador... Pero ha sabido callarse... Ha hecho las cosas como le ha recomendado Agueda Pía, con prudencia, con astucia, á la callada, sin que nadie se enterara, sin que ni siquiera Mari-Pepa pudiera sospecharlo...

Ha llevado el bote á «Las Termas,» amarrándolo á la última columna, mientras cerraban en silencio las señoras...

Se ha sentado luego, sin ruido, en el peldaño acostumbrado; ha encendido su pipa y, cuando Marí-Pepa ha salido para llamarle á la cena, ha podido creer que no había abandonado su sitio de costumbre en todo el rato.

Cenando, ha refunfuñado un poco...

Yago, el viejo caballo de la Casa Blanca, está decididamente enfermo y vá á obligarle á velar, precisamente esta noche en que él está rendido...

Lo mejor sería dormir dentro de la casa, en el cuarto de ambos .. Porque, si duerme en la cuadra y oye quejarse á Yago, no va á dormir bien y...

—Pues en casa no duermes, haragán... ¿Este cariño le tienes al caballo, después de quince años de andar juntos...? Me parece que la bestia bien merece un sacrificio...

—Pero yo...

—Pero tu dormirás en la cuadra, si él te deja; y si no, le cuidarás. Para eso estamos... ¡No faltaba más!

El viejo Chopo accede al fin. Que no se enfade Mari-Pepa: dormirá en la cuadra. El cuidará á *Yago* esta noche. ¡Dios quiera que mañana Mari-Pepa no tenga que cuidarle á él!

—No; no hay miedo... Mala yerba...

—Bueno, bueno...

Se ha hecho el silencio y la obscuridad en la Casa Blanca, poco á poco. Se han cerrado todas las puertas; todas las ventanas... Se ha apagado la última luz; la del cuarto de Mamá Dolores...

Serían las diez y media cuando el viejo Chopo, abandonando la cuadra sigilosamente, con una manta liada á la cabeza, porque acaba de levantarse viento de montaña y es muy frío, andando á pasos planos para no hacer ruido, se ha acercado á escuchar, desde fuera, á la ventana del cuarto de Mari-Pepa.

La ha oído roncar profundamente.

—Ya no hay cuidado. Lo tiene cogido hasta mañana...

Y con el mismo sigilo, dando vuelta á una esquina de la casa, donde el viento, que le dá furiosamente de cara, le hace vacilar, se ha acercado á otra ventana, la del cuarto de ñita Agueda Pía, y con

el canto de una piedrecita ha dado un golpe seco en un cristal.

Agueda Pía debía aguardarle: la ventana se ha abierto... La casa está casi al nivel del terreno y la ventana tendrá de elevación tres palmos escasos.

—¿Duerme Mari-Pepa...? — pregunta Agueda Pía...

—Profundamente: no hay cuidado. ¿Y la señora?

—También: acabo de escuchar.

—Pues, ¿vamos?

—¡Vamos!—responde Agueda Pía.

El viejo Chopo le dá una mano. Agilmente la mujercita salta á fuera. No habían contado con el viento. La ventana no puede quedar abierta... Pierden cerca de una hora sujetándola con piedras, con cuerdas, con viejos troncos, que trae el viejo Chopo de la cuadra.

Finalmente aquello queda fijo...

Ha amainado un poco el viento... La noche es negra, llena de estrellas, la atmósfera límpidísima, barrida por el aire seco... Arrecia el frío.

—Ñita Agueda Pía... La manta para usted... La traje adrede..., dice el viejo Chopo, solícito por abrigar á su joven ama, y aunque los dientes le dan unos con otros.

—De ninguna manera, Chopo... Habrá para los dos... Aguarda.

Pasa su brazo por el hombro del viejo que experimenta una inefable beatitud...

—Cógeme tú á mí también.

El viejo Chopo obedece. Y la manta, que cada uno de ellos sujeta con la mano libre, envuelve aquellas dos cabezas, la del viejo y la de la mujercita, en un mismo calor, en una igual piedad.

El dolor nos hace hermanos.

Los dos cuerpos, hechos una misma sombra, avanzan por el sendero en dirección del Pico...

## II

Suda, á pesar del frío, el viejo Chopo bogando, á recias embestidas, contra el viento. Se ha abrigado un poco con la vela del bote, desarmada porque en aquel vendabal sería peligrosa.

En la proa, tapada con la manta, muda, inmóvil, hierática, como una estatua de la ansiedad, Agueda Pía clava sus pupilas ávidas en la obscuridad, mientras el bote, cortando el agua y el aire, dificultosamente, cruza el puerto en dirección al pueblo...

—¿Dónde vamos antes?—pregunta el viejo Chopo, sin dejar de bogar.

—A su casa—responde Agueda Pía, sin moverse—pero cuida de que no nos vean ni nos oigan desde el yate.

—Vernos, con esta obscuridad, no nos verán; y cuanto á oírnos, como el viento sopla contrario, aunque anduviéramos á tiros no sospecharían nada.

Pasa el bote á unas veinte brazas por delante del yate y va á buscar la punta del puerto opuesta al promontorio...

—¿Saltará la señorita á tierra?

—No, saltarás tú; yo quedo, aguardándote. Aunque la verdad es que este paso ya me parece inútil. Desde aquí se ve la casa claramente. Está á obscuras. El suele tener luz en su cuarto toda la noche, porque lee hasta la madrugada... Casi juraría que no está en su casa; pero...

—Como la señorita diga...

—Pero de todos modos continuemos...

—Continuemos; ya es muy poco.

El viejo Chopo rema todavía cuatro veces y, ya cerca de tierra, vuelve á preguntar...

—¿Entonces yo, qué hago?

—Tu saltas á tierra y subes por la playa hasta la roca aquella que llaman el Pilar... Creo que podrás escalarla...

—De seguro.

—Y desde lo alto del Pilar... ¿ves?

Agueda Pía, tiende el brazo señalando...

... podrás inspeccionar con toda seguridad el cuarto de Marco... Tiene el

balcón abierto: es éste, mira... ¿tienes buena vista, todavía?

—De gato.

—Procuras averiguar si Marco está en su cuarto. Vuelves á bajar y me dices lo que has visto.

—Bueno.

Una maniobra rápida y el bote hace un pequeño ruido, clavándose en la arena de la playa.

—¿Quién?...

Rebulle en el suelo, cerca del bote, un bulto negro, de donde ha salido este grito.

Agueda Pía se esconde, deslizándose dentro del bote.

El bulto negro se pone en pie... Salen de una manta astrosa los brazos de un muchacho que se despereza.

El viejo Chopo, sin saltar á tierra, pregunta:

—¿Eres tú, Raminchu?

—Sí; yo soy. Esperaba al señor... No ha vuelto á casa todavía: ya creía que, con este viento, no volvería de la Casa Blanca... ¿Pasará la noche allí, verdad?

El viejo Chopo toma rápidamente su partido:

—Sí; eso venía á decirte, Raminchu. El señor Marco dice que no le aguardeis...

Ya hacía tiempo que Raminchu y su



familia cuidaban de la casita del Constructor.

—Cerramos, entonces — dijo Raminchu, envolviéndose en la manta y empezando á andar.

—Cerrad...

El viejo Chopo vuelve á empuñar los remos.

—¿Ha oído V., ñita Agueda Pía...?

—¡Todo!

La serenidad que había mostrado hasta ahora, la última y terca esperanza que mantenía entero su espíritu, se desmoronan fatalmente... El viejo Chopo, cuando la muchacha vuelve á descubrirse, ya un poco lejos de la playa, sentándose en su sitio, se asusta de la palidez de su semblante...

—Pues, ¿qué hacemos, hija mía...?

—¡Al yate!

¡No; la duda, no...!

Y mientras el viejo Chopo, incapaz de contrariarla, aunque una voz le dice que, ya en este momento, debería rebelarse, va bogando en silencio, puesta la proa al yate, monstruoso y blanquecino, como una cosa muerta en aquella obscuridad del agua, Agueda Pía, destrozándose las manos, en contorsiones íntimas, horribles, dolorosas, siente que se le llena el pecho de sollozos...

## III

...La primera impresión de Marco Fortis, al abandonar la cubierta del yate y penetrar por la puertecita en su interior, fué de reposo.

Había luz, en la especie de pasadizo, reluciente y blanco donde se internó.

Aquel pasadizo iba á desembocar, en línea recta al otro lado del yate, por medio de una puerta exactamente igual á la que el Arquitecto había franqueado.

Detúvose un instante Marco Fortis, procurando recobrase de las alucinaciones que, en la obscuridad, le habían perseguido. Penetraba la luz hasta lo más profundo de su alma, ejerciendo en toda su máquina sensual y espiritual el efecto de un sedante...

Ahora volvía á estar muy cerca de Agueda Pía... Formulaba, con toda claridad, propósitos sensatos y ordenados.

Buscaría á Mónica Poldo; se escusaría de su arrebató; le rogaría que tuviere piedad de *ellos*, que abandonara el pueblecito. Se despedirían lealmente, como dos potencias que capitulan, después de una guerra...

A la mañana siguiente, sin pérdida de tiempo, acudiría Marco Fortis á la Casa Blanca... Le hablaría á Mamá Do-

lores, cariñosamente, como un hijo; y Agueda Pía y él serían felices...

Un resplandor ingénuo de comedia goldoniana que iba tomando su aventura, hizo sonreír al Constructor.

Anduvo un poco... Le habría gustado tropezar con alguien, que anunciara su visita á la señora... Necesitaba marcar, desde el principio, la frialdad y la solemnidad que pensaba darle á esta entrevista...

Pero el yate parecía abandonado... Aquel pasadizo tenía en su pared central una enorme puerta que daba acceso á un gran salón de gusto oriental... Nadie allí tampoco... Luz, mucha luz y nada más...

Retrocedió el Arquitecto, salió de nuevo al pasadizo, ganó de nuevo la puertecita estrecha, volvióse á hallar sobre cubierta... Nadie.

Parece que el destino se empeñara en contrariarlo... Y ni la fuga le era posible, á menos de escapar á nado; pero este gesto le resultaba poco airoso.

Ya volvía á encontrarse en el salón oriental, cuando pensaba estas cosas...

Tendióse en un diván... En un rincón un péndulo, cuyo tac-teo monótono acabó por hacérsele insoportable... Se levantó... Dió unos pasos; arrastró una mesa, esperando hacer ruido y que alguien acudiera... Nada.

Finalmente, y en una especie de eclipse de su voluntad, *sin querer hacerlo que hacía*, pero haciéndolo con una calma perfecta, dióle vuelta al pomo de una puerta, laborada y tallada en rico sándalo oriental, y hallóse en el cuarto de Mónica Poldo, frente á frente de ella.

Instintivamente, como la había abierto, cerró Marco Fortis aquella puerta y se guardó la llave, sin decir palabra.

Mónica Poldo no pareció inmutarse.

#### IV

Marco Fortis *vió* que Mónica Poldo, después de clavar en él una mirada indiferente le había vuelto la espalda y proseguía, frente á un espejo, arreglándose, porque tal vez se le descompusieron en la pasada lucha, sobre la frente color de leche, las ondas abultadas y crujientes de su larga cabellera negra ..

*Vió* aquellos dos brazos que, al levantarse en el aire, quedaban desnudos, dándole el horror de las espadas en la luz y los *vió* que se combaban como dos serpientes ambarinas, enmarcando el rostro... *Vió* que Mónica Poldo había vestido levemente la estatua esplendorosa de su cuerpo, de un *interior* livianísimo de seda verde Nilo, holgado, ténue, que amenazaba rasgarse á un movimiento...

*Vió* que había en el cuarto poca luz... *Vió* un lecho... *Vió* que estaba cerca Mónica Poldo de aquel lecho... *Vió* que él se había levantado... *Vió* que iba á pasar algo terrible... Cerró los ojos...

Un doble grito... Obscuridad, obscuridad absoluta... La sangre, en calientes oleadas de deseo, le inyectó los ojos... Obscuridad, obscuridad suprema y total de alma, de voluntades, de sentidos... Sus brazos oprimían y eran oprimidos; su boca besaba y la besaban... Y en la negrura de carbunclo de todo el mundo desaparecido y muerto, latía solamente como un regulador de la fiebre universal su corazón de hombre que finalmente llegaba á plenitud; y en la ausencia suprema de toda idea, de toda preocupación, de toda duda, de todo conocimiento, sus labios besaban, besaban, besaban sin fatiga aquella boca plena, harmoniosa, sangrienta, que sonreía y se entreabría en la beatitud...





## CAPÍTULO CATORCE

### I



UBIMOS?

—No; esperemos...

Hacia aquella parte estaba la escalerilla lateral del yate. Sólida; elegante, bien trabada: los peldaños de cautchú negruzco; la baranda de latón, recubierta de caoba bruñida.

Agarróse Agueda Pía con ambas manos á la baranda aquella para detener el bote, sin que este hiciera ruido, en los costados de la nave grande.

No había nadie sobre cubierta á aquellas horas... Debían ser las doce de la noche, escasamente... Tampoco había ninguna luz en el pueblo.

Agueda Pía, agarrada como estaba

con ambas manos á la escalerilla, pensó que sería dulce quedarse colgada allí, como el despojo de un naufragio, sacudida por los vendabales de todas las latitudes, barrida y golpeada por las olas de todos los oceanos, perdiendo poco á poco la vida, la sangre, la carne, los huesos, en un sacrificio anónimo y tremendo de toda ella, mientras el yate llevara una marcha triunfal por los caminos radiantes del amor y los felices de dentro, en un beso interminable habitaran perpétuamente el paraíso que ella no había de pisar jamás...

Una convulsión intermitente la sacudía á intervalos, alarmando al viejo Chopo.

—Ñita Agueda Pía... ¿qué hacemos aquí?

—Espera, por amor de Dios, viejecito mío, espera un poco...

Al pobre Chopo se le hacía agua todo el pecho: callaba. Volvía el sollozo, un poco más agudo.

—Ñita Agueda... Hace frío... V. está enferma... ¡Si en casa se enteran!

—Un momento nada más; quiero ver si le oigo...

Se empeñó en que dieran vuelta al barco... Bogando silenciosamente, sin meter apenas los remos en el agua, como el Chopo solía hacerlo, allá, en sus juventudes, cuando salía en la bar-

ca del fuego á la pesca con hornilla, pasaron arrimados al yate por sus dos costados.

Nada...

—¿Qué hora sería...?

De unas ventanitas circulares, hacia el centro del yate, chorreaba luz...

Agueda Pía no apartaba sus ojos de aquel resplandor. Sus pupilas adquirían una fijeza de maníaca.

Ella también *veía* y no pensaba... En los grandes momentos de la vida, el acorde intenso de todas nuestras facultades nos lleva á un punto de *videncia* tan agudo, que algunos moralistas, tal vez superficiales, han confundido con la inconsciencia. No hay tal. Lo que pasa es que estamos todos nosotros en conciencia activa: no hay reflexión, no hay juicio.

Estos estados duran poco ó duran mucho. Cuando el individuo sale de ellos no podría dar cuenta del tiempo que ha empleado en su abstracción. En realidad, ha vivido más allá del tiempo. Y en su frente, al recobrase de su enajenación, ha dejado una huella fatal, una raya que no llega á ser arruga, la Eternidad.

## II

Atravesó un bulto negro por la cubierta del yate... En lo interior había



estado vibrando largo rato un timbre eléctrico...

Sobresaltóse Agueda Pía...

En seguida notó que la ofendían y la repugnaban aquellos ruidos, aquellas trazas de vida normal, regulada y doméstica en lo interior del yate... Prefería el silencio de antes... La especie de misterio solemne que la obscuridad y el vendabal daban á su fatalidad... Y es ahora, cuando quiso alejarse á toda prisa de aquel sitio...

Empuñaba los remos el viejo Chopo... Agueda Pía, bruscamente, le sujetó la mano, ahogando un grito...

Habían aparecido, sobre cubierta, dos figuras...

¡Ellos...!

En la línea circular de la bahía, á lo lejos, en el horizonte, lívida y blanca, rayando apenas los bordes de agua, el alba relucía...

Parecía el filo de una inmensa hoz, tendida sobre el mar... Sintió Agueda Pía, el frío liso y tajante de aquel filo, segando brutalmente el lirio de sus ilusiones y esperanzas...

—Ellos! Ellos! Ellos! Apártate, Chopo!

Parecía loca; había tanta furia en sus miradas que el fidelísimo criado se transfiguró... Botó dentro de su espíritu en pereza, con furia juvenil, el contrabandista de otros tiempos...

—Ñita Agueda Pía, quieta ahora. ¡Deje hacer!

Había soltado un remo. Buscó, entre la faja y la carne, con mano temblorosa, un rato breve...

Unos hombres de la tripulación descolgaban una lancha...

Las dos figuras, muy unidas, hablando en voz baja, tranquilas, se acercaban á la escalerilla...

El viejo Chopo, había colocado el bote detrás de ella y se agazapaba en la sombra, esperando... Tenía la mano derecha cerrada detrás de su espalda y en la mano radiaba, fino, con la cabeza chata y puntiaguda de víbora, su cuchillo marinero...

Agueda Pía estaba en el momento culminante en que iba á decidirse su destino: toda la inextricable madeja de los humanos sentimientos se reducía para ella, en este momento capital, á dos extremos: la venganza, el perdón...

Aquel dominio sobre su propio destino en que las circunstancias la ponían, dióle repentinamente una gran calma... Sintióse ella fuerte pudiendo escoger: vió fuerzas en su corazón para el dolor... Tal vez no estaban los demás en este caso... Decidió.

—No, Chopo, suelta, suelta!...

Le había arrancado el arma de las manos...

Volvióse el marinero... Un ruido leve en el agua, un pequeño remolino junto al bote: el cuchillo había desaparecido entre las olas...

Agueda Pía, con dolorosa calma, añadió:

—Volvamos á casa: esto ha concluido, Chopo...

### III

El viejo se había agarrado á los remos con ira... Toda su alma ponía en apartar á su divina dueña de aquellos sitios de condenación... El viento arreciaba... Del primer impulso fué á parar el bote á cinco brazas del yate...

Y como el bulto de este se hacía confuso, Agueda Pía levantóse sobre su asiento y se apoyó en los hombros del viejo, para ver hasta el final...

—¡No!—dijo repentinamente, con una queja suavísima.

Dejó el Chopo de bogar: volvióse á ver: adivinó...

Las dos figuras estaban sobre la plataforma de la escalerilla; el alba incierta empezaba á darles luz en aquel alto... Estuvieron un rato mirándose, muy juntos... Tenían sus manos enlazadas, en la sombra; pero sus cabezas emergían en la titilación poética del alba.

Agueda Pía, seguía gimiendo...

—No; no; por piedad, ¡que yo no lo vea!...

Era fatal.

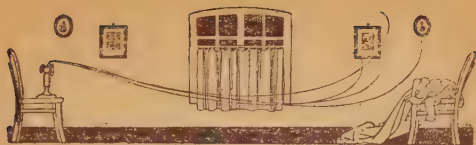
Las dos cabezas se unieron... Las dos bocas...

—¡Oh!

Rompió á llorar Agueda Pía, con un desconsuelo intenso, intenso.

El viejo, horrorizado, como si presenciara una profanación horrible y siniestra, tomó en sus manos callosas y temblantes, la cabeza sedaña y fina de su ama... Le ofreció su pecho... Hizo esfuerzos desesperados para contener sus propios sollozos... No lo logró... Y mientras Mónica Poldo y Marco Fortis, crueles en la plenitud de su felicidad, sin sospechar el mal que hacían, renovaban en aquella paz del Mediterráneo padre, el gesto inmortal de los amantes de Verona, Agueda Pía y el viejo marinero, abrazados también, juntando lágrimas á lágrimas, lloraban, lloraban los dos, ella por sus amores muertos y él por verla llorar, allí, en aquel frío de la madrugada, sin otro amparo que el de sus pobres brazos miserables, á ella, tan delicada, tan buena, tan pura, y tan sola, tan sola, tan sola en el gran mar de Dios...





## CAPÍTULO QUINCE

### I

**E**L frío, las emociones de aquella noche horrible, y sus remordimientos al llegar á la Casa Blanca, ya con luz, fueron las causas de aquella enfermedad.

Digo sus remordimientos al llegar, porque Agueda Pía los tuvo muy grandes.

Su madre, durante su ausencia, había despertado. Acudió, como tantas noches, desde las confidencias de Mari-Pepa, á la puertecita del cuarto de su hija. No la oyó respirar. Golpeó la puerta y nadie contestaba. Llamó, pero fué en vano... Salió á fuera; vió la ventana entornada: quitó las piedras, las maderas, las cuerdas: el cuarto vacío...

Loca, loca, sin pensar que iba á medio vestir, echó por el sendero; llegó al Pico; descendió á «Las Termas»...

Llamó, llamó, llamó...

—¡Agueda! ¡Agueda Pía! ¡Hija! ¡hija!...

Las ráfagas de viento de montaña se llevaban la voz lejos, mar adentro, en dirección contraria al pueblo; ni Agueda Pía, ni el viejo Chopo pudieron oírla...

Y aquello duró tres horas mortales... Cuando el alba clareó, cuando, al revolver de una roca, los pies desnudos y sangrientos, la ropa mojada hasta la cintura y pegada á sus piernas tambaleantes, vió á lo lejos la barca de su casa, donde le parecía descubrir el bulto de su hija, tuvo que apretarse el corazón con ambas manos, temiendo que el brusco salto que acababa de dar iba á partírselo.

—¡Hijaaa!

—¡Mamá...!

Sí... ¡Ella...! ¡Ella...! Había visto bien... Tuvo tentaciones de arrojarle al agua, para reunírsele más pronto... ¡No...! Había un sendero, de rocas erizadas que conducía á una roca saliente... Iría allí... ¡Hija, hija mía, creía haberte perdido para siempre...! ¡Mi vida, mi vida, mi amor, mi pobre, pobre hija...!

Tropezaba; caía, volvía á levantarse,

magullada, mojada, sangrando, en aquella carrera arriesgada, peligrosísima, espantosa, que diez veces puso su vida en peligro.

Agueda Pía—olvidados sus dolores—le gritaba:

—Mamá, por Dios, que llego; que estoy bien; no te apures, no te canses; espera, espera.

Inútil.

El viejo Chopo bogaba desesperadamente. Al cabo de tres minutos de angustia, mamá Dolores, llegaba á la roca saliente; el Chopo arrimaba allí la barca...

—¡Nena, Nena, Nena mía!

Se confundieron hija y madre en un abrazo terco, nervioso, ansioso, inexplicable...

No hubo preguntas; no hubo reproches: tapadas con la misma manta, abrazadas las dos, el viejo las condujo á tierra.

—¡Nena!—iba diciendo Mamá Dolores—¡Nena, Nena mía!

Desde la noche de las confidencias no le había dado este nombre.

¿Qué secreta intuición le avisaba de que su Nena acababa de resucitarle?

## II

Todos temieron por la señora; pero fué Agueda Pía la que cayó en cama,



con fiebre, con fiebre y delirio, aquella misma tarde...

Le dolía el costado. El pobre médico rural habló de pulmonía... La Casa Blanca amortiguó sus ruidos; entornó sus ventanas, cerró sus puertas, en una piedosa atmósfera de recogimiento y de fervor en que todos trabajaban y se desvelaban por la enferma.

Hacia la noche, cuando Agueda Pía, encendidas las mejillas con el acceso de la fiebre, pareció adormecerse en un sopor pesado y sordo, Mamá Dolores llamó al viejo Chopo, llamó á Mari-Pepa, y allí mismo, en el corredor, de pie bajo una lámpara, con la puerta de la enferma entornada nada más, para oirla si algo ocurría, se hizo explicar los sucesos de la noche.

El viejo Chopo, lealmente, lo habló todo...

Mamá Dolores no pareció sorprenderse de nada... Lo esperaba...

Cuando acabó de hablar el viejo Chopo, llorando casi y haciendo llorar á Mari-Pepa, cosa rara, añadió:

—Y ahora, señora, si obré mal, me maten; esto me pidió la señorita y esto hice, creyendo servirla. Me habría pedido mi vida y del mismo modo se la habría dado... crean, crean...

No pudo acabar, Mamá Dolores le tranquilizó:

—Vamos, vamos, amigo mío, no te apures. ¿Quién te echa nada en cara? Lo pasado ha pasado y es mejor... Ahora á cuidarla...

Se internó en el cuarto.

Apuntemos que Mari-Pepa, desarmada por las lágrimas de su marido, no tuvo un solo reproche para él...

—Bueno, bueno. ¡Cálmate! ¿No oyes que la señora ha dicho que es mejor...?

Respiró el Chopo.

### III

A la mañana siguiente, con mucho misterio, Mari-Pepa entró á decirle á la señora que aguardaba Marco Fortis en el comedor.

Salió Mamá Dolores: correcta, fría...

—Sí; la enfermedad era cierta... El médico habló de pulmonía ayer... Afortunadamente fué una alarma.

—¿...?

—La enferma muy abatida... Muy abatida...

—¿...?

—Puede durar—dicen los médicos...—De todos modos, Mamá Dolores no está tranquila. La fiebre aumenta considerablemente...

—¿...?

—No; la enferma no debe ver á nadie:

es mejor... Necesita reposo, tranquilidad, silencio...

—¿...?

—Gracias; muchas gracias... Marco Fortis no debe molestarse... Con mandar á Raminchu...

El Arquitecto se despide... Nota algo hostil; algo que le deja sin palabras en las contestaciones secas, precisas de Mamá Dolores...

Sale á fuera... El yate blanco, en la mitad del puerto, le dá en los ojos como una renovación... Decididamente, la Casa Blanca es triste; triste y enco-gida...

Dá unos pasos...

—Pero es que no ha visto á Agueda Pía... Agueda Pía no le habría hablado con aquella hostilidad. ¡Oh, no!

Y en el tumulto de su corazón siente levantarse como una necesidad absoluta, imperativa, precisa, la voluntad de hablar, de hablar, siquiera otra vez con Agueda Pía.

#### IV

... La enferma abre unos ojos grandes, grandes y maravillados en el silencio sin ritmo de su cuarto blanco... Frente á su cama irradia la ventana grande que debe estar abierta... Debe estar abierta todavía... Ella tiene una vaga idea de

haberla dejado así... ¿Por qué no trae otra cuerda el viejo Chopo? No; los troncos no sirven... Ni ese tampoco, aunque sea tan grande, tan grande, que, al arrastrarlo, las ramas secas que salen de su costra todavía, parecen una selva que se mueve...

---

Agueda Pía deja hacer... No sabe porque razón ha de ser el viejo Chopo quien le vista este traje blanco y resplandeciente de las desposadas... Oye, por la puerta entornada de su alcoba, rumor y cuchicheo de voces amigas... Sí; ya acaba... Va á salir, va á salir para la ceremonia... ¿Quién le manda estas flores...? Marco Fortis... Quiere salir: es inútil que el viejo Chopo la retenga; sale, corre... ¡Marco! ¡Marco!... ¿Por qué flores, y no besos?... El corre, corre, corre también... «Las Termas»... Un yate negro, negro y largo como un ataúd gigante, se aleja á toda máquina... Y sobre la cubierta, Marco, la mano en el aire, que le dice adios...

---

Ella ha muerto. Ha muerto y oye distintamente, al lado suyo, dos bocas que hablan: la una junto á su oído izquierdo; la otra más suave, más ardiente, y que le parece más desconocida, pegada al derecho... «¡Mónica!», grita una

de aquellas bocas... El nombre, como una onda de fuego, pasa por el cuerpo muerto de Agueda Pía... «¡Marco!», responde la otra boca... Agueda está á punto de resucitar... «Te amo»... «... te adoro»... «... siempre»... «... vida» «... amor, amor, amor»... Besos...

¡Pobre Agueda Pía!

---

Ella está dentro del alma de Marco Fortis... ¡Qué tremenda obscuridad!... Pero ella con un bisturí raro, que tiene la forma de un cuchillo marinero, se va abriendo las venas: hace, con las gotas de su sangre, randas de globos rojos, de ascuas encendidas que ponen una luminaria en aquella obscuridad... Marco baja al fondo de sí mismo, á ver el encandelamiento general... «¡Agueda mía! ¡El abismo es un altar...! Quiero hincarme de rodillas y quiero colocarte en él...» ¡No, no; pobre Marco, no es posible! Yo no tengo sangre ya: ¡me muerdo...! Otra, otra, otra... Y esta que viene á colocarse en el altar, es Una de la boca de púrpura, de los ojos negros como la tentación y como el crimen, del cuerpo grande y lleno de delicias como la vellutada alubra de los cisnes...

---

Los velos blancos otra vez... La desposada entra en la Iglesia... Todos es-

cuchan, todos hacen coro, hay muchas luces, el Sacerdote oficia... Agueda Pía tiembla en un deliquio de felicidad... Pero el Sacerdote, repentinamente, aparece rodeado de nubes, con túnica color de púrpura, el triángulo de la Divinidad sobre su cráneo... Mira enfurecido... ¿Agueda Pía, qué pretendes, ciega?... ¿Qué amor horrendo es éste?... Marco Fortis es tu hijo, ¡tu hijo!... Las gentes repiten: «su hijo, su hijo, su hijo»... Y Agueda Pía sonríe... Es verdad... Al proceloso tumulto de su amor, sucede, en su alma, un orgullo maternal... El alma de Marco Fortis, como una criatura recién nacida, está en sus brazos, bebiendo leche virgen de sus pechos virginales...

Paz; una inmensa paz...

## V

La fiebre y los recuerdos riñen aquellas batallas, dentro del pobre espíritu de la enferma durante largos días, fuera de los límites del tiempo...

Una mañana, Agueda Pía, como si despertara de un sueño pesadísimo, ve á su madre, sentada en una silla, junto á la cabecera de su cama... Tiene una sensación de frío... Debe ser el invierno... Su madre la observa ansiosamente...

Ella encuentra á faltar algo. — No sabe; no sabe bien; pero ha perdido algo, en aquella travesía de millones de años por los países del sueño...

—¿Ha aparecido, Mamá?

—¿Qué, hija mía?

—No sé; no sé que he perdido.

—Vamos, vamos, Nena, duerme, reposa, reposa un poco todavía.

Agueda Pía cree recordar.

—¿Y Marco?...

Su madre se ha puesto en pie; la arropa; por toda contestación se lleva un dedo á los labios cerrados imponiéndole silencio.

—Duerme, descansa, descansa: el médico lo manda!

Es un sopor delicioso. La luz entra velada por las cortinillas de la ventanita blanca. Agueda Pía entorna un poco los ojos para que su madre la crea dormida... Pero no dormirá: no quiere dormir más...

Se imagina que la vida se ha suavizado deliciosamente entorno de ella... Está enferma: todos tendrán piedad de ella en esta inefable debilidad del hilillo de vida que arde en sus entrañas. Todos pasarán por su lado reteniendo hasta el aliento para no apagar aquel pábilo inseguro... En su infinita pequeñez, en su debilidad absoluta, Agueda Pía se considera el centro de la aten-

ción universal... El sol para ella, el mundo para ella, las rosas para ella, la música lejana de las aguas para ella, su madre, la casa... ¡todo para ella!

Mueve una mano... Esta camisa de batista fina, fina, con los volantes livianos en el pecho y en las mangas... ¿Cuándo se la han puesto?...

Procura recordar... Su madre insiste:

—Quieta, Nena mía, quieta... ¿estás mejor?

Agueda sonríe.

—¿Qué te duele?

—Nada; mamá; nada.

No puede dolerle: Agueda Pía no siente su carne. Le parece estar hecha de aire ó de luz, de una materia suave, impalpable, sin vértebras, sin ganglios, por donde pasa la vida como un viento suave, insistente, ligeramente tibio.

—Mamá ¿volvió á encontrar su cuchillo el viejo Chopo?

—No; calla, calla, Nena.

—¡Pobre! ¿Le compraréis otro, verdad...? El no quería hacer ningún daño, ¿sabes...?

Se incorpora, un poco agitada.

—... ¿sabes, mamá...? ¡Fuí yo; fuí yo sola! Lo recuerdo bien: ahora empiezo á recordarlo... ¡Qué noche, mamá, qué noche!

—Vamos, vamos, quieta...

—No, qué noche, qué noche; acerca



escucha... ¡Ah...! Me duele, sí, me duele, aquí, mamá; me duele mucho aquí...

Llora: se lleva la mano al costado...

La crisis se ha realizado: ha vuelto el dolor, la vida.

Agueda Pía está salvada.





## CAPÍTULO DIECISEIS

### I

**C**omo estaba convenido, Marco Fortis envió todos los días, mañana y tarde, á Raminchu, á preguntar noticias de la enferma, á la Casa Blanca.

Mónica Poldo sonreía, un poco irónicamente, de esta póstuma atención del Constructor; pero la comprendía.

Marco Fortis, aunque sin llegar á formulárselo plenamente, celebró al principio aquella enfermedad de Agueda Pía, que venía á dejarle en libertad de acción, cuando más dudas se agolpaban en su espíritu. Mónica Poldo era enteramente suya.

Trazaban planes... El divorcio... La vida en común... ¿Cómo había tardado

tanto Marco Fortis en darse cuenta del amor de Mónica Poldo...? El Arquitecto no sabía contestar á esta pregunta; pero, en el fondo, sentía plenamente que la respuesta era una sola.

Recordaba el soliloquio suyo aquel del Patio de los Naranjos, en la paz de Córdoba.

Agueda Pía, con el dulce influjo de su piedad sensual y humana, le había abierto el corazón: le había enseñado á amar; le había revelado esto inefable, inexplicable, pero definitivo, real, que es el amor... Agueda Pía había llevado á cabo esta enseñanza á costa de ella misma. Como las abejas dejó en el corazón de Marco Fortis la miel que ella no había de gustar; como las aves, hizo el nido en que no había de abrigarse...

Ni Mónica Poldo, ni Marco Fortis habrían dado con el camino que debía juntarles... Este camino blanco, perfumado, ideal, lleno de sol, de ruido de aguas, de risas serenísimas, había sido el alma de Agueda Pía...

En ella se reunieron, bebiendo de ella por igual, cordialidad y humanidad, los dos amantes trágicos...

El alma anónima había estado conservando, á través de los siglos, á través de las civilizaciones, la lavadura humana, que Eva madre sintió dentro

de sí, la tarde paradisíal del crimen sacratísimo.

Y Marco Fortis sentía impulsos de seguir adorando, como si fuera una diosa, á la pobre criatura, castamente sensual, que le hizo amante...

Diosa... ¿porque no...? Se descogía de sus meditaciones un ambiente bíblico: pensaba en el versículo estupendo. «Y Adán fué dando nombres á las cosas: y las cosas fueron suyas»... ¡Nombre! ¡Nombre...! ¿No estaba en esta palabra toda el ansia de expresión de su alma, exquisitamente civilizada y potente...? Nombre, cosa concreta, limitada, poseída... Nombre, personalidad, riqueza del alma de Mónica, riqueza de su propio espíritu... Pero los nombres solos se rehuyen, se esquivan; se rechazan... No tienen fusión posible...

Y Marco volvía á pensar en lo anónimo... Lo anónimo es de Dios... Sí; divina Agueda Pía... Ahora, los mitos paganos de su raza brotaban en un florecimiento auroral... Náyades, ninfas, faunos, satiresas... Dyonisos... Y reconocía, en el gesto animador de Agueda Pía... — animador, no dominador — el mismo influjo que en aquellas míticas divinidades... Agueda Pía, ninfa, diva, beata Agueda Pía...

Sobre su mesa de trabajo, mientras Mónica Poldo, al lado suyo, estaba en

pie, alta, un poco más caída y humanizada de actitud que en su palacio de Venecia; mientras, de cuando en cuando, le pasaba la mano por la recia espesura de sus cabellos y, apoyando la palma en su frente, le levantaba bruscamente la cabeza para besarle en los labios, Marco Fortis pensaba:

—Ha pasado lo que tenía que pasar. Los dioses divinizan á los hombres, pero no deben unirse con ellos... Un hombre divinizado es más que un semi-dios...

Cogió ambas manos de Mónica Poldo; las llenó de besos, la miró en los ojos lealmente, plenamente.

—Cuando Agueda Pía deje el lecho —dijo— cuando la enfermedad haya pasado y pueda hablar, iremos á verla, amiga mía; iremos los dos, ¿sabes...? A darle gracias por nuestra felicidad...

Mónica Poldo le abrazó.

Interiormente se dijo:

—¡Siempre será un niño!

## II

Vino, después del dolor, entre las brumas de la convalecencia, la resignación... ¡Oh, la palabra expresa poco, y expresa demasiado! ¡Resignada! Agueda Pía estaba resignada de antemano... Su gesto, enormemente lleno de virtud

era el de una absoluta conformidad con el destino... Es así como la levadura humana no desaparece de la tierra... Consolada no lo estaría nunca: el dolor era su atmósfera: la levadura es agria...

Pero aquel dolor suyo se le hizo familiar: lo aceptó, como la figura de su cuerpo, como el color de sus cabellos, como el sol, como el agua, como las cosas de la tierra...

No hablaba de Marco Fortis á su madre... No bajó en todas aquellas semanas á «Las Termas», donde sabía que él seguía trabajando... A lo más detenía á Raminchu alguna tarde cuando llegaba á preguntar por ella...

—¿Qué hace el señor?

—Trabaja... trabaja siempre ahí bajo...

—¿Y la señora italiana...?

—No le deja nunca...

—¿Qué?

—No le deja nunca, ñita Agueda Pía.

La mujercita se lo repetía muchas veces á sí misma, para fortalecerse en esta idea. «No le deja nunca, no le deja nunca, no le deja nunca». Hasta poder decirlo sin lágrimas en los ojos...

### III

Bruscamente, una tarde... ella esperó la puesta del sol en el sendero: había

mar de fondo y el destartado puerto ofrecía tan poca seguridad á los barcos anclados en él, que la tripulación del yate comenzó á hacer maniobras para amarrarlo y asegurarlo más...

Agueda Pía se distrajo, siguiendo desde lejos aquellas manipulaciones que rompían un poco la monotonía ordinaria del paisaje...

No vió venir á Marco Fortis, que, acabando de trabajar en «Las Termas», y reconociendo que era arriesgado con un bote mezquino atravesar el puerto, volvía, andando, al pueblo.

Bruscamente ella y él estuvieron frente á frente.

#### IV

Habló primero Marco Fortis...

—Señorita Agueda Pía...

—Buenas tardes, Marco... Me he sobresaltado un poco... No pensaba ahora *en usted*...

—¡Ya está... V. mejor?

—Sí; ya estoy bien; del todo bien, no ha sido nada... Gracias.

—¿Ha sufrido usted mucho, Agueda Pía?

—Un poco; pero ya pasó... ¿Sigue usted acordándose de «Las Termas?»

—Ya están terminadas... ¿no ha vuelto V. á verlas?

—Todavía no... Ya iré, algún día...

—Agueda...

El acento de Marco Fortis es infinitamente suplicante: la mujercita responde con afectada indiferencia.

—¿Qué?

—No; por piedad, Agueda Pía, no; no debe V. tratarme así. Es demasiado buena, es demasiado grande, es demasiado generosa, V., Agueda Pía, para tratarme de este modo... ¿Me guarda V. rencor?

—¿Por qué...?

No había remedio... ¿Qué esperaba Marco Fortis...? ¿Poder seguir con Agueda Pía, dulcemente, sobre-humanamente, el íntimo monólogo que él lleva dentro de su alma transfigurada, desde que recibió su influjo santo...? No; desgraciadamente no. Agueda Pía no es capaz de comprenderle. Los dioses no hablan: influyen.

Es un dolor.

El Constructor comprende que aquel diálogo supra-terreno, supra-normal, lleno de supremas devociones, de religiosidad exquisita, de agradecimiento, íntimo, íntimo, indecible, no podrá tener lugar jamás...

El alma anónima de Agueda Pía, había cumplido su obra... Pero Agueda Pía no podría saber jamás hasta qué punto el Constructor, no amándola, la



adoraba; no besándola, era suyo; no teniéndola en sus brazos, la llevaba como una hostia dentro de su alma...

Es un dolor... El amor ignorará eternamente sus beneficios: tal vez es más ciego por eso, que por las desdichas que causa.

## V

—No intento sincerarme, Agueda Pía.

—No es necesario, Marco: no le culpo á usted.

—Pero de todos modos, crea V. que, si no merezco su piedad, tampoco soy de los hombres con quienes se liquida, despreciándolos...

Estaba conmovido...

Agueda Pía no podía más...

—¡Oh, no Marco, ya lo sé!

Le tendió las manos: las estrechó fervorosamente Marco Fortis: luego atrajo á sus brazos el cuerpo candoroso de la virgen: no opuso ella resistencia: cayó la cabeza divina sobre el hombro del Constructor.

—¡Marco, Marco, véte, véte!

Le parecía que su vida iba á extinguirse: al mismo tiempo en sus labios, como una llama suave, titilaba un hálito... Marco Fortis, religiosamente, con todo su espíritu, con toda la devoción que había puesto en el diálogo

aquel imposible, con toda presciencia de futuros estados de amor, hasta ahora no vividos, besó á la amorosa...

No hubo palabras después...

Marco Fortis, pálido, pálido y lloroso estrechó largamente las manos de Agueda Pía... Siguió andando...

Esta, al quedar sola, se llevó las manos á los labios: quiso guardar aquel *calor*. Estaba aturdida.

Pero en la herida de su corazón acababa de caer como la gota de un bálsamo quintesenciado, raro, desconocido y eficazísimo, el beso de Marco Fortis.

Ella no se daba exacta cuenta.

Pero le parecía... le parecía... que con aquel beso—y fuera la vida lo que fuese—quedaba en ella, por los siglos de los siglos, por encima de los tiempos, para siempre, el alma singular de Marco Fortis...







## EPILOGAL



EL Constructor—devotamente—en el silencio de su taller esculpía...

Mónica Poldo—un libro entre las manos—bajo el ventanal le contemplaba...

Habitaban una casita nueva, con jardín, en la alta Bruselas, bajo la terraza del blanco y frío monumento á la Justicia. Habían paseado su idilio, entre el escándalo de Europa, durante seis meses por las grandes capitales. El conde Poldo—correcto—interesó el divorcio; hizo don gratuito al estado de los edificios levantados por el Arquitecto, á nombre suyo, en tierra Itálica, y solicitó de su país una misión de con-

fianza para el Asia. No se supo, al poco tiempo, nada de él.

Ganó, en Bruselas, á la enamorada pareja un ansia de trabajo y de reposo.

Aunque ya no se tratara de levantar aquella epopeya pétrea que, en las antiguas provincias, eternizara la idea del Imperio, todavía, Marco Fortis, al volver á la labor, sintióse lleno de esta idea.

Y era una cosa grande y sencilla aquel grupo central que estaba esculpiendo, para el futuro «Monumento al Imperio», que había de levantarse cerca de Florencia en la cumbre de una colina, recientemente adquirida por Mónica Fortis.

Tres figuras. La central, monstruosa, rígida, inflexible, imperial, torturadora, emerge de un bloque metálico, encendido como una ascua; es un busto nada más y medio torso; no tiene brazos; solo la boca contraída, las pupilas dilatadas, la frente recia de pensamientos, le sirven para imponer el espantoso enigma de su fuerza: la cabellera es corta, ni femenina, ni hombruna, el busto aquel no tiene sexo, no tiene más que espíritu de fuerza. En el bloque metálico de donde emerge la singular estatua aquella, hay una gruta: una concavidad vacía donde el metal comido

de un corrosivo químico, toma indefinibles entonaciones verdosas y azuladas. En el suelo de la gruta aquella, una mujer desnuda: tendida. Tiene abierto el costado, de donde fluye la sangre en anchos coágulos... Forma un arroyo la sangre; desciende lamiendo el bloque y evoca floraciones delicadas, suavísimas, gloriosas, al pie del monumento. Finalmente, colocado delante del bloque metálico, que le sirve de fondo, teniendo á su derecha la gruta verde de la mujer yacente, y llegando con la cabeza hasta el violento torso del Imperio, el hombre, el artista. Está en actitud de soberana violencia: á sus pies, el arma con que acaba de sacrificar á la mujer divina: en sus manos, furiosamente levantadas en actitud de ofrecimiento, el corazón de su víctima: sus ojos fijos en los astros... El busto del Imperio, más alto que las manos del hombre, más alto que el corazón de la mujer, parece aspirar un perfume de sangre... La obra es grandiosa y de ella se desenvuelve un trágico sentido. Nunca Marco Fortis, en sus veleidades de escultor, había llegado á tanta significación.

Mónica observa:

—La mujer muerta se parece á Agueda Pía...

—Sí—dice Marco Fortis—tu lo habías dicho en tus tiempos de crueldad: «Provincia».

---

Agueda Pía suele, como siempre, en las siestas, bajar á «Las Termas»... Su madre la acompaña... «Las Termas» están acabadas y las dos mujeres no se cansan de mirarlas...

—¡Si el pobre Jorge pudiera verlas! —dice Mamá Dolores.

—¡Pobre Jorge!... ¡Habría simpatizado tanto con el pobre Marco Fortis!

Y las dos perdonan: Mamá Dolores al hermano pródigo que devastó su vida: Agueda Pía, al violento y extraño Constructor que desoló su alma...

Y en el ritmo aquel de columnas, deliciosamente blancas, un poco desengañadas, un poco monacales—almas anónimas, hermanitas de los pobres—siguen ambas y seguirán eternamente guardando el tesoro humano: aquel beso pacífico de los pobres boyerizos de la Etruria que, según Marco Fortis, remediaría, si no lo hubiéramos olvidado, las tragedias de hoy.









## DEL MISMO AUTOR

ODAS.

LAS VENDIMIAS.

ÉGLOGAS.

ELEGÍAS.

EL PASTOR, poema dramático.

BENVENUTO CELLINI, biografía dramática.

LAS HIJAS DEL CID, leyenda dramática.

(Ediciones de «El Cuento Semanal»)

LA CARAVANA.

LA «MUESTRA».

CORNEJA SINIESTRA.

## EN PRENSA

VENDIMIÓN, poema.

LA PASIÓN DE MISTER CASTLÉ.

DOÑA MARÍA LA BRAVA, romancero dramático del siglo xv.



## TRADUCCIONES

De Eça de Queirós:

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS.

De Booker T. Washington:

SALIENDO DE LA ESCLAVITUD.

De Ch. Baudelaire:

LAS FLORES DEL MAL.

## EN PRENSA

De Guerra Junqueiro:

«OBRAS COMPLETAS», cinco tomos.

De Wilhelm Meyer-Förster:

EL PRÍNCIPE CARLOS ENRIQUE



ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO EN BAR-  
CELONA, EN LA CASA EDITORIAL  
DE EDUARDO DOMENECH,  
CONSEJO DE CIENTO, 321,  
EL DÍA 2 DE MARZO  
DE 1909.















863.59 M35C



a39001



008160072b



41725



